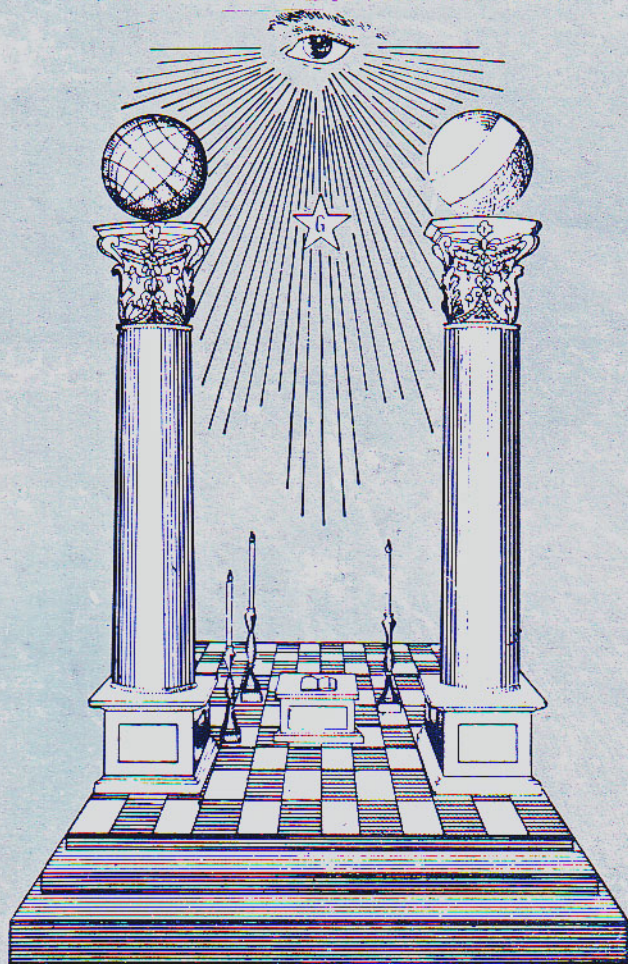
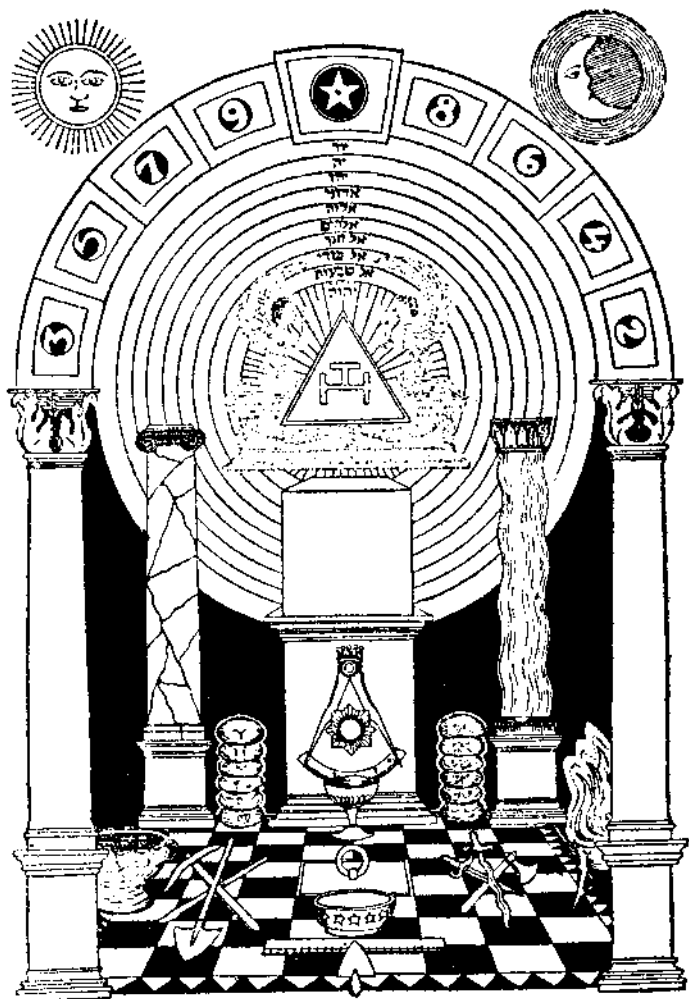


ALDO LAVAGNINI
(MAGISTER)

MANUAL DEL GRAN ELEGIDO



KIER



LA MASONERÍA REVELADA

**MANUAL
DEL
GRAN ELEGIDO**

EXCELENTE Y PERFECTO MASÓN

**ESTUDIO INTERPRETATIVO
DE LOS GRADOS MASÓNICOS**

POR
ALDO LAVAGNINI
(MAGISTER)

CUARTA EDICION



EDITORIAL KIER S. A.
Av. SANTA FE 1260 - 1059 Buenos Aries

PREFACIO

Al igual que el tomo anterior de esta Serie, este Manual se da a luz veinte años después de haber sido originariamente preparado, por haber sido el original manuscrito destruido por el fanatismo de un gobierno sectario, encarnizado enemigo de nuestra Orden Augusta, que con la fuerza se impuso inhumanamente sobre las aspiraciones liberales de su pueblo, y que sólo con la misma violencia continuada ha podido permanecer en el poder.

La historia de este siglo, cuando se escriba en el próximo milenio, hará plena justicia a ese aventurero reaccionario y a su memoria, cuyo presunto prestigio descansa en la opresión sistemática, en la traición habitual de amigos y enemigos.

El Poder de la Luz, que es el verdadero Poder Divino, no puede, sin embargo, reprimirse por mucho tiempo: tarde o temprano penetra las opacidades más densas y reacias, así como el Sol en todos los mitos y en la diaria realidad es invariablemente vencedor en su lucha constante contra las nubes y las tinieblas.

Todo pueblo esclavizado acabará por sacudir su yugo cuando se agoten a la vez su paciencia y vilipendio: ser libre es, pues, derecho y deber de todo ser humano, que en la Verdad y por medio de la Verdad puede constantemente encontrar su más plena y completa Libertad.

No hay tiranía que pueda extender su poder sobre la Verdad, por más que se esfuerce en ocultarla, falsearla y adulterarla, levantando los ídolos y entronizando los errores, en los que se apoya y trata de sostenerse. Más poderosa que cualquier explosivo, más duradera que el poder librado del átomo, la Verdad en su inmanencia es nuestra perenne esperanza, brindándonos el Poder de la Fe que en Ella pongamos.

Esta Luz de la Verdad que buscamos y la que se nos revela en cada Grado Masónico, resplandece en este grado —que corresponde a

los grados 12º, 13º y 14º del Rito Escocés— a través de los símbolos transparentes de la Bóveda, del Santuario y de la Palabra Verdadera, que necesitamos hallar y guardar en nuestro propio corazón.

Busquemos, pues, con tenaz diligencia, esa Verdad y su Poder, sabiendo que nada puede exteriormente resistir a su consciente y silenciosa afirmación íntima. Nuestra Orden logrará imponerse en dondequiera cuando haya verdaderos y perfectos masones, quienes "conozcan la Palabra" y sepan decirla oportunamente y sin miedo, con Inteligencia, Discernimiento y Confianza.

La Verdad de la Libertad y la Libertad de la Verdad potencialmente y en realidad siempre nos pertenecen: sólo el temor y la ilusión pueden temporalmente alejarnos de la conciencia de su plena posesión.

"A César lo que es de César, a Dios lo que es de Dios". Al Poder Temporal sus propias creaciones efímeras: el Poder Real sólo pertenece a la Eterna Verdad.

AL GRAN ELEGIDO, EXCELENTE Y PERFECTO MASÓN

Este grado tiene su símbolo más característicamente significativo en la Piedra Clave de la Bóveda Sagrada, que es también la del Arco Real del Magisterio. Así como esta *pedra* excede naturalmente a las demás, en virtud de su propio corte y función, cerrando perfectamente ya sea el Arco o la Bóveda, de los que mantiene la Unidad y Cohesión, así igualmente, como Gran Elegido, excede al Perfecto Masón, al ocupar dignamente el *primer lugar* —primero entre sus iguales— en la Logia Masónica.

Por lo tanto, naturalmente se refiere a la Veneratura, aun cuando no sea ésta de ordinario considerada indispensable para poseerlo, o necesario el grado para la misma, dada la actual falta completa de conexión entre los cargos simbólicos y los grados llamados *filosóficos* o superiores.

De todos modos, la Piedra Clave de la Bóveda o Arco, siempre representa vuestro propio *ascenso íntimo*, en la realización efectiva del Ideal Masónico, así como del Magisterio simbólico que habéis tratado de desarrollar como Maestros Secretos y Elegidos. Si, además de ello, sois realmente en la actualidad, o habéis sido, la Piedra Clave de la Bóveda o Arco de vuestra propia Logia, con ello ocupáis, dentro del Edificio Eterno de la Orden, y de la Gran Obra que ésta lleva a cabo —tratando de interpretar y realizar los designios del G. . . A. . . Creador—, el lugar y la función que este grado especialmente indica.

Manifiesta el mismo la *perfección del Magisterio*, definida y subrayada por sus varios elementos simbólicos, acompañando la elección ideal de lo mejor que el Perfecto Masón hace en su propio corazón, así como debería acompañar su propia elección exterior, en la Logia simbólica, al cargo de *primero entre sus hermanos*. Os incumbe, por consiguiente, el deber de demostrar esta calidad de Excelente y Perfecto Masón con la correspondiente capacidad y el esfuerzo de contri-

buir, como verdadera *piedra clave*, a la solidez y seguridad del Edificio Masónico.

Si habéis llegado, sin embargo, a poseer este grado antes que el oficio al que corresponde simbólicamente, hallaréis en la comprensión de su significado la mejor preparación para ocuparlo dignamente, cuando para ello se os depare la oportunidad. Vuestra íntima preparación indudablemente allanará ese camino.

La comprensión de la Verdad, representada por la *palabra verdadera*, que en este grado y por su medio se encuentra, descendiendo "en las entrañas de la tierra" (o sea en el misterio de la Constitución Espiritual de la Materia y de todo el mundo fenoménico), es suficiente para indicaros su importancia filosófica. No menor es su manifiesta importancia educativa, por cuanto alegóricamente os indica que, a semejanza de Adonhiram, Stolkin y Johaben, habéis de descender a las profundidades de vuestro mismo Ser, para hallarla realmente.

Así igualmente os será posible conocer también su *justa y perfecta pronunciación*, o sea hacer que el conocimiento teórico y simbólico se haga un *conocimiento vital operativo*, manifestando el Vivo Poder que debe acompañarlo.

Representando la Palabra la Suprema Verdad y Realidad, no debe extrañarnos que entre el mismo Pueblo de Israel —tan sólo *simbólicamente* "elegido"— estuviera su pronunciación prohibida y rodeada de misterio: su real pronunciación sólo puede ser conocida por los *iniciados* en su comprensión. No puede, por ende, esa Palabra ser sacada a la luz de la profanidad, sino que tiene que permanecer en la Cripta Secreta o Bóveda Sagrada, pues es en la única que puede hallarse.

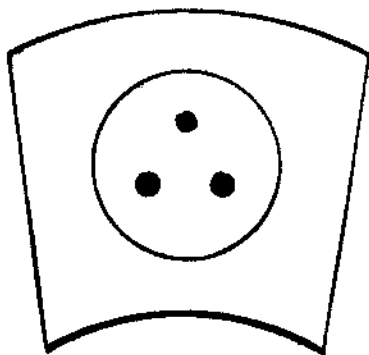
La importancia de este grado —último y supremo entre los que se jactan de origen o creación salomónica— es evidente por los dos puntos citados:

- 1) de que constituye simbólicamente el Masón que lo posea la Piedra Clave del Arco o Bóveda del Edificio Masónico;
- 2) de que en el mismo se trata de conocer y reconocer la *palabra verdadera*, lo mismo que su perfecta pronunciación.

Sobre estas dos columnas descansa su intrínseco inmenso valor que nadie habría de disputarle, demostrando a la vez lo equivocado de la práctica abusiva, demasiado corriente en nuestros medios. Conferirlo *juntamente* al grado cuarto, Lo cual les resta a ~

gran importancia, defraudando a los recipiendarios de la posibilidad de su mejor comprensión.

Preparándonos para estudiarlo debidamente, nos es menester vivir la Leyenda del descubrimiento del Templo de Henoc y en el de la Palabra o Verdad Suprema, inscrita simbólicamente en un Delta o Triángulo Masónico, que constituye su natural representación geométrica.



Esta leyenda no es extraña a las tradiciones rabínicas, a pesar de que difiere de éstas, así como el Hiram masónico, por su carácter exquisitamente *iniciático*, difiere del bíblico "hijo de una viuda de la tribu de Neftalí, experto en toda clase de obras", pero sobre todo especializado en las fundiciones metálicas.

Sería ingenuo e infantil buscar la *verdad histórica*, según la entendemos modernamente, dentro del tiempo y lugar que se les asignan, y que realmente trascienden. En la misma Biblia hebrea muy poco hay de historia, y mucho más de leyendas anteriores, nuevamente disfrazadas. Por eso necesitamos leerla *con la escuadra y el compás* sobrepuestos.

Lo que realmente nos concierne, como *buscadores*, es la viviente y eterna Verdad, que planea sobre las ilusorias circunscripciones y limitaciones de Tiempo y Espacio, al igual que el Aguila jupiteriana, símbolo de la comprensión trascendente.

Así como Hiram representa el Arquitecto Iniciado, que trabaja

en sabia armonía con el Plan Evolutivo, cuya realización se hace la medida exterior de su comprensión interior, así igualmente la Cripta o Bóveda Sagrada, el Aureo Delta y la Gran Palabra son distintas expresiones de una misma búsqueda de la Suprema Verdad. Tanto a ésta como a aquél, necesitamos hallarlos realmente *dentro de nosotros mismos*, como la viviente realidad de nuestro Espíritu Eterno, arquitecto omnisciente de la Vida Individual y del Cosmos.

Con lo cual sólo nos queda invitar al Gran Elegido y Perfecto Masón, que quiere hacer *filosóficamente efectiva* la cualidad simbólicamente recibida con el nombre y los distintivos de este grado, a efectuar con nosotros la excursión y el descenso, que lo harán capaz de dar a la *pedra perfecta* del Magisterio la forma peculiar y las cualidades que el mismo grado representa.

PRIMERA PARTE

EL GRADO DE GRAN ELEGIDO Y PERFECTO MASÓN Y SU IMPORTANCIA COMO "PIEDRA CLAVE" DE LA ORDEN

Este grado, que naturalmente corona los de Maestro Secreto (o Perfecto) y de Elegido, es considerado como *quinto* en los sistemas de siete a nueve grados. Tanto en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, como en el Rito Primitivo de 25 grados que lo precedió, está integrado por la Cuarta Clase, comprendiendo los tres grados que llevan los números de 12º, 13º y 14º y los nombres de Gran Maestro Arquitecto, Real Arco, Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón.

Su importancia resulta no solamente de su contenido simbólico y filosófico, sino también del hecho de ser *quinto* (incluyendo los tres simbólicos) entre los que no pueden darse por comunicación. Por consiguiente, debe siempre considerarse irregular y abusiva la práctica extendida de conferir este grado junto con el de Maestro Secreto en una misma tenida, o poco después. Aun cuando nada pueda objetarse al olvido de los grados intermedios de *Elegido*.

Es, pues, este grado efectivamente quinto o sexto en todos los Ritos, o sea segundo o tercero, respectivamente, después de los tres simbólicos. Con el nombre de Sublime Escocés tuvo el quinto lugar en el Rito Escocés Primitivo de 10 grados, fundado en 1780 por la Logia de los Filadelfos de Narbona. Con el de Escocés y Sublime Escocés fue considerado como sexto, respectivamente, en el Rito Escocés Reformado en 7 grados, y en el Rito Escocés Filosófico de 18 grados. Es igualmente quinto en el Rito Francés, con el mismo nombre de *Escocés* que, según dijimos, fue desde un principio título genérico de todos los grados superiores a los simbólicos, para luego denotar el Rito u organización que los administrara.

Considerada inicialmente como sinónimo de la *perfección* del Magisterio Masónico, la calificación de Escocés (a la cual, a veces, se quiso anteponer la de *irlandés*) se ha conservado en el Rito Escocés en los nombres de los grados intermedios entre 18º y 30º: Sublime Escocés (19º), Escocés Trinitario (26º) y Gran Escocés de San Andrés (29º). Pero, también se le llama *Gran Escocés de la Perfección*, de Jacobo VI, o de la Bóveda Sagrada, al mismo grado 14º, además que *Gran Elegido*, *Perfecto* y *Sublime Masón*, en sustitución del Gran Elegido, Antiguo Perfecto Masón del Rito de Perfección en 25 grados.

Cabe notar, por fin, que se trata en substancia de una ulterior elaboración del Grado del Arco Real inglés, que en el siglo XVIII fue uno de los motivos de disensión entre los Antiguos y los Modernos, para después ser reconocido y admitido por la Gran Logia Unida como *complemento* del de Maestro.

LA BÓVEDA SAGRADA

Entre los elementos simbólicos característicos de este grado, posiblemente el primer lugar le pertenece al lugar subterráneo de las reuniones, en las entrañas de la tierra, totalmente fuera del dominio de la apariencia y del alcance de los profanos, quienes, como es sabido, no saben alejarse de la consideración superficial, para descender en la comprensión de la íntima, secreta y vital *profundidad* engendradora de las cosas.

Ya se trate del Templo oculto y misterioso que el séptimo patriarca hizo construir, antes del Diluvio, en las propias entrañas del Monte Moria, o de la cripta que Salomón construyó igualmente debajo del Templo, o de la llamada bóveda de Jacobo VI, en este lugar *secreto* y *sagrado* tenemos un símbolo de la mayor importancia, que a la vez representa un progreso notable e inevitable, en *intimidad* y *profundidad*, sobre la Cámara del Medio del Tercer Grado y el Santuario del Grado Cuarto.

También en el grado de Elegido, que hemos tratado de *reintegrar* en el Manual anterior, tenemos este lugar secreto, primeramente representado por la Cripta en que se reúne Salomón con el rey de Tiro y los Maestros que fueron *elegidos* para la misión consabida. E igualmente en la *gruta* en la que se desarrolla el punto final de la mística

tragedia, que representa el triunfo de la Luz de la Verdad sobre el error y la ilusión: la inercia *tamásica* de la subconsciencia.

La analogía puede retroceder hasta la Cámara del Medio del tercer grado, así como al Cuarto de Reflexión que antecede a la iniciación del profano como Aprendiz. Pero, según lo dejamos dicho, hay una clara *progresión en profundidad*, paralela con el mayor acercamiento a la Verdad, que simboliza la Palabra de cada grado.

Y, en todo caso, se trata de un lugar en donde no se entra la primera vez sin esfuerzo —*crecido* en cada grado— y en el cual la estancia ocasional llega a ser definitiva y habitual. En plena analogía con el estado místico del Silencio, en el cual únicamente puede percibirse la Verdad.

GRAN ELEGIDO Y PERFECTO MASÓN

Gran Elegido es uno de los nombres de este grado: aquel que lo relaciona con el precedente grado, o grupo de grados, que acabamos de estudiar en esta Serie de Manuales.

Por su nombre este grado se identifica, pues, en parte, con el 11º del Rito Escocés, atributo de los Ministros de Salomón, Jefes y Príncipes de las doce tribus de Israel, lo que quiere decir, dominando perfectamente las doce facultades personales, después de haber vencido la Ignorancia, el Fanatismo y la Ambición, en sus distintas formas.

Pero la primera base del grado que consideramos debemos buscarla realmente en los grados 5º y 6º del mismo Rito Escocés. *Maestro Perfecto* es, pues, fundamentalmente lo mismo que *Perfecto Masón*, aun cuando tratemos de diferenciar a este último con los atributos calificativos de Excelente y Sublime. En ambos casos se trata de un Maestro Masón *acabado*, por haber finalmente logrado la comprensión de la Palabra Verdadera, que perpetuamente buscan los Maestros *simbólicos*.

Y que así sea lo demuestra el hecho que la conoce, por ser la Palabra del Grado 5º la misma que se busca y encuentra laboriosamente, junto con su perfecta pronunciación, en los grados 13º y 14º, aun cuando misteriosamente se ha vuelto a perder u olvidado en los intermedios.

El lugar misterioso en que se traslada el cadáver de Hiram —la Tradición Esotérica, Verbo Divino o Palabra, que se había conseguido *levantar* en el grado tercero— después de haber embalsamado su corazón, para guardarlo perpetuamente como Sagrada Reliquia, no difiere

sino por el color y los adornos de la Bóveda Secreta o Cripta Sagrada del grado 14º, que igualmente se encuentra debajo del *Sanctasantórum*.

Estas y otras analogías, que fácilmente resaltan en la comparación de los rituales, parecen comprobar que el Maestro Perfecto debió de ser originaria e intencionalmente, en un sistema de cinco o más grados, el mismo que ahora estudiamos, aun cuando la consecutiva multiplicación de los grados hizo *transportar* en él algunos de los símbolos que pertenecen al grado cuarto, del que así llegó a ser un complemento. Entre ellos el color verde de la tapicería.

GRAN MAESTRO ESCOCÉS

Pasando ahora a los tres grados escoceses que más nos interesa examinar, y que este Manual especialmente quiere ilustrar, anotamos desde un principio que no son sin importancia y del todo casuales los números 12º, 13º y 14º que llevan estos grados. Sino que, en el simbolismo aritmósófico que precede a la serie numérica, indican perfectamente el Camino que conduce a la realización del Perfecto Masón —al igual que Hércules— en el *dominio zodiacal* del número 12, al que sigue su *regeneración*, y finalmente el *perfecto equilibrio* de la Sabiduría, representado por los dos Septenarios, y también personificados por Salomón e Hiram, rey de Tiro.

El número 12 es, además, muy apropiado para caracterizar al Maestro en la Perfecta Arquitectura: tanto el número como el nombre que lleva lo harían especialmente apto para caracterizar el *último* y *final* grado masónico, en lugar de referirse simplemente a uno de los intersticios del Rito, comparativamente insignificantes.

Con el número 12 efectivamente llegamos a un término o finalidad: al fin del Ciclo Zodiacal, representando un grado determinado de *perfección* en la Gran Obra Individual y Cósmica, análoga al Ciclo Anual que se cumple con una revolución del Sol o de la Tierra.

Este grado de perfección relativa se manifiesta primeramente en la edad, bastante elevada en comparación de los grados que preceden y muchos de los que siguen. Aun cuando resulte de los números 3 y 5, esta edad es igual al número triangular que resulta de las nueve cifras, lo cual indica claramente un grado elevado de Maestría.

A pesar de que la marcha sea casi idéntica a la de Aprendiz, la

batería también expresa el término de un Ciclo, pero distinto de la dodecada, mientras la joya, en forma ya sea de cuadrado, octágono o cubo, es una evidente alusión a la Geometría *constructiva*. Se le añaden a veces cinco columnas, o cinco estrellas, representando los cinco órdenes de Arquitectura, y siete instrumentos que se consideran especialmente arquitectónicos.

En este grado también suele tener un papel eminente el símbolo de la Estrella Polar, con sus inevitables acompañantes, las dos Osas, siendo parte de la una, mientras la otra facilita su localización. Evidente alusión a la necesidad primaria de una *ajustada y perfecta orientación*, para que todo edificio y labor, ya sea material o moral, masónica o social, esté primeramente en armonía *con el plan universal del G. A.*, lo cual le permite cumplir adecuadamente su función y llenar su cometido.

Al igual que sus otras particularidades, el signo y tocamiento varían según los rituales. El signo hace alusión a los planes constructivos, de los cuales los Grandes Arquitectos deben especialmente ocuparse. En cuanto al tocamiento evidencia la necesidad de una perfecta *simetría* en todo edificio, lo cual, como en las dos mitades del cuerpo humano y los dos sexos que las exteriorizan, significan *complementaridad* más bien que *igualdad*.

Esta complementaridad la hallamos en todo organismo o simetría bilateral —que es una regla casi universal sobre nuestro planeta— reflejándose en el organismo social en los dos polos constituidos por la *autoridad* legisladora y el *poder ejecutivo*, que son algo así como la mano izquierda y derecha, respectivamente. La primera llenando su cometido según descansa en la Verdad, y la segunda cuando nunca se aparte en su acción de la Virtud.

Las horas de trabajo son las *de la luz*, como para los grados de Elegido, y de su mayor extensión que respectivamente representan las Estrellas de la Mañana y de la Tarde: Lucífero y Héspero. Los dos extremos del día que, una vez más, subrayan la Ley de Simetría.

Las tres Luces representan a Salomón, con sus dos favoritos y ministros, Adonhiram y Johaben, ocupando dos puestos *simétricos*, e Hiram, Rey de Tiro, los acompaña en calidad de Orador. El cortinado blanco con llamas rojas de la Cámara de este grado, de por sí mismo es índice de *serenidad y elevación de la mente*, cualidades indispensables para poderse ocupar de la más correcta y adecuada

solución de los más vitales problemas sociales, junto con el *ardor* que patentiza el Amor y el Entusiasmo indispensables para llevar al cumplimiento todo Plan Ideal.

EL GRADO XIII

Tanto el número 11 como el número 13, por medio de una nueva unidad añadida al Ciclo de Perfección respectivamente de la Década y de la Dodécada, son especialmente aptos para indicar el inicio de un Nuevo Ciclo o de una nueva tarea: una forma de *renovación* el primero, que se establece en equilibrio relativo con el número 12. Mientras el 13 es más apropiadamente el símbolo de la *re-generación*, en virtud de la cual la Vida Inmortal se renueva en su manifestación y en sus mismos cimientos.

La letra M que le corresponde representa en las lenguas semíticas *las aguas* (*Mim* o *Maim*), atributos simbólicos de la Madre Cósmica, y emblemáticas tanto de la Vida en sí misma como del plasma vital, y particularmente de las aguas de la Generación.

En el Agua, efectivamente, todo se disuelve, y de ella todo *renace*, como la Venus Anadiomene, desde los cristales a los continentes, desde la vegetación de la tierra a la reproducción animal y humana, desde la Memoria al Tiempo, dimensión necesaria de todo *devenir*.

El número 13 es, por lo tanto, suficientemente apropiado para un grado que recuerda la memoria y las tradiciones, y conmemora el descubrimiento de las reliquias de los tiempos anteriores al Diluvio y de las civilizaciones que desaparecieron, debido a su edad, su corrupción y degeneración, así como los cataclismos que éstas naturalmente atraen y fomentan.

En este grado se encuentra, pues, después del cumplimiento del Templo Salomónico, de una manera providencialmente fortuita, *la verdadera palabra*, según la había grabado el mismo patriarca Henoc en un Delta de oro, simbólico de su incorruptibilidad, y evidentemente representando la misma Tétrada Pitagórica.

En él se persigue, pues, *en profundidad*, la misma búsqueda efectuada primeramente en la Tercera Cámara simbólica *en las direcciones de la luz*, en el grado de Maestro Secreto dentro del Sepulcro de Hiram y con el estudio de la Ley Divina, y en el grado de Elegido,

extendiendo el alcance de la búsqueda en la persecución de los tres compañeros que se habían refugiado fuera del dominio de Salomón en la costa del mar.

REAL ARCO

Este grado es uno de los más antiguos. Efectivamente, un grado de este nombre existía en Inglaterra ya en la primera mitad del siglo XVIII, habiendo sido recibido en él Lorenzo Dermott en 1746. Ya se había transportado a los Estados Unidos en 1753.

Sin embargo, la búsqueda o encuentro fortuito que en el mismo se realiza se efectúa, en el *anterior* grado inglés, en la época de Zerubabel, relacionándose con el *segundo templo* su ocultación, habiendo acontecido de propósito en la época salomónica. Lo cual no deja de relacionarse lógicamente con la *pérdida de la palabra* que siguió a la muerte de Hiram, que él mismo pudo haber previamente ocultado en ese lugar secreto y desconocido, en su calidad de Arquitecto del Templo.

En las siguientes versiones francesas, elaboradas en la segunda mitad del mismo siglo y a fines del mismo incorporadas al Rito Escocés *antiguo* y *aceptado*, tanto el hallazgo como su previa ocultación varían en el tiempo. Aquélla se efectúa en tiempos de Salomón, después de la muerte de Hiram, y ésta es atribuida al patriarca Henoc, en previsión del diluvio que había de verificarse siglos después.

La verdad es que nuestros mismos tres héroes, Johaben, Stolkin y Adonhiram encuentran, como en el cuento de Aladino de las Mil y una Noches, debajo de las fundaciones del templo y en el propio lugar del *Sanctasantórum*, una gran piedra de mármol con una argolla metálica. Evidentemente, ésta tuvo que ser de bronce y no de hierro, tanto por la época como por haber resistido más de dos mil años tradicionales, que en realidad representarían un período de tiempo mucho mayor.

Levantándolo con gran esfuerzo, descubren el secreto pasaje subterráneo que, de una manera más o menos complicada, conduce a una bóveda misteriosa oculta en las entrañas de la tierra, en la que se encuentra, entre otros objetos, la *verdadera* Palabra, grabada en una piedra de pórfiro blanco, de forma tetraédrica, o bien en un Delta de oro. Dicho hallazgo es expresado por las siguientes palabras latinas, cuyas iniciales se inscriben en el collar del grado:

Regnante Salomone Rege Sapientissimo Thesaurum Pretiosissimum Sub Ruinis Invenierunt Adonhiram, Johaben, Stolkin, Anno Mundi 2995.

En otras versiones del grado al nombre de Adonhiram se le sustituyó el de Zabulon o Jabulom.

Los números que aparecen en este grado, sin caracterizarlo, son 5, 7 y 9, refiriéndose a la batería, la edad y el número de las luces. Estas últimas recuerdan los nueve *nombres divinos* (o palabras sustitutas), así como los nueve arcos sosteniendo el Templo de Henoc o Bóveda Sagrada.

Por supuesto, el triángulo con el Nombre Inefable, y el escotillón encima de la bóveda, por el cual únicamente puede penetrarse en ella, se recuerdan en el mandil y collar del grado, de color rojo carmesí. Este color es el que, por otra parte, predomina en los adornos distintivos de los grados escoceses, también llamados *rojos*.

REAL ARCO INGLÉS

A veces se le llama erróneamente *Arca Real*, confundiéndolo con el inglés *Royal Ark* (que guarda relación con el grado de Noaquita escocés), palabra y significado obviamente distintos de *Royal Arch*, que se corresponde con el homónimo escocés.

Según lo dejamos dicho, un grado de este nombre existía y se trabajaba en Inglaterra, Escocia e Irlanda, desde antes de la mitad del siglo XVIII, siendo el único grado superior que tuvo cierta fortuna en el Reino Unido, y sin duda el primero que fue transportado a América.

Consideramos lo más probable que se trate de un grado autóctono, más bien que importado de Francia, considerado como conveniente y útil complemento de la Maestría, y como tal reconocido por la misma Gran Logia Unida de Inglaterra, en 1813.

Originariamente este grado, en armonía con el simbolismo muy específico de la *Piedra Clave* del Arco y de la Bóveda, sólo admitía a los Venerables en función y Past Masters, a raíz de lo cual la cámara o conjunto de los miembros tenía el nombre de *capítulo*, o sea Junta de los Jefes.

Como tales fueron insignidos y trabajaban en este grado sin diferencia, tanto los Maestros de las Logias que reconocían la autoridad de la Primera Gran Logia de Londres, como aquellos de las Logias

que no la reconocían y que ésta llamaba *irregulares*, y posteriormente, tanto los masones *modernos* como los *antiguos*. Comulgando éstos, a veces, en el mismo Capítulo, sin duda contribuyeron a favorecer la reunión de las dos Grandes Logias que se efectuó en el siglo siguiente.

La escasez comparativa de los candidatos y miembros, que obviamente dificultaba las sesiones, hubo de favorecer la admisión de todo Maestro Masón que lo deseara y fuera considerado elegible. Así fue como el Grado de Arco Real ha quedado en Inglaterra y Escocia como una especie de *cuarto grado* o de complemento de la Maestría.

Sin embargo, en Irlanda, con este mismo fin, se consideró conveniente y necesario intercalarle dos grados intermedios y previos, llamados *Excelente* y *Superexcelente Masón*. Al pasar a América los grados se hicieron tres: *Mark Mason*, *Past Master*, *Most Excellent Master*, o sea Maestro de Marca, Maestro Pasado y Excelentísimo Maestro. Así se ha originado el llamado Rito de York en siete grados. Es interesante examinar separadamente estos tres grados antes de pasar adelante.

MAESTRO DE MARCA

Un grado de este nombre también parece haber sido trabajado en Inglaterra hacia el último cuarto del siglo XVIII. Aun cuando a veces se le considera, por sus propias peculiaridades, como intermedio entre el *Compañerismo* y la Maestría, siempre se otorga en realidad a los Maestros Masones, de manera que su lugar es el mismo del Maestro Secreto, siendo su simbolismo algo más sencillo.

En una de sus formas se presenta la leyenda de un pariente de Salomón, de nombre Cavelum, encargado de presidir a los trabajadores del Templo antes de la venida del Maestro Hiram a Jerusalén, el que fue víctima de su propio descuido al caérsele encima la Piedra Clave de la Puerta del Norte, habiendo apenas llegado y presenciándolo el mismo Maestro Hiram. Por lo cual Salomón, en signo de duelo, ordenó que esa puerta fuera murada para siempre. Deduciéndose que, cuando se atentó contra su propia vida, el Maestro Hiram no pudo contar con ese camino de salida, que los tres compañeros tampoco hubieran podido vigilar.

Aparte de ese relato, que no podía tener mucha aceptación, el grado hace primeramente hincapié en la *marca* característica que cada Maes-

tro del Arte tiene que grabar en cada piedra labrada por él, examinada y considerada como idónea, por medio de la *escuadra* que juzga de su total y completa rectitud. Sin embargo, una piedra de esa clase, perfectamente apropiada para el cuerpo de la construcción, no podía servir para *cerrar el Arco*, o sea ocupar el lugar de Maestro Arquitecto, aun cuando fuera temporalmente.

De aquí la desgracia arriba referida, de la que fue víctima el temerario que quiso cerrar el arco con una piedra simplemente *justa y perfecta*, según el criterio común y corriente, pero inapropiada para esa finalidad peculiar y capital.

Sin embargo, el candidato, habiendo labrado una piedra de forma particular que se le había grabado en la memoria, sin conocer su oficio, encuentra que su piedra, aunque perfectamente trabajada, es rechazada, por ser sus ángulos diferentes: unos más y otros menos de 90°. Aun cuando la piedra se desecha, se le admite por su celo y buena voluntad.

Pero, cuando más tarde, levantándose un arco, la obra tiene que suspenderse por falta de piedra apropiada, se busca la que antes se había rechazado, y al Maestro, que fue quien la trajo, se lo recibió solemnemente, de una manera análoga al Maestro Secreto cuando lleva la urna con el corazón del Maestro Hiram.

La misma Piedra Clave figura en la joya, con un círculo llevando las iniciales inglesas H. · W. · S. · S. · T. · T. · K. · S. ·, que quieren decir: *Hiram hijo de la Viuda envía ésta al Rey Salomón*. Lo cual indica al candidato como potencialmente apto para substituir simbólicamente al maestro Hiram en la dirección de una Logia.

Se prescriben para estos grados los antiguos trajes hebreos, *reales* para las tres luces y de *oficiales* para los demás dignatarios.

MAESTRO PASADO

En este grado, que corresponde a los de *Elegido* escoceses, al candidato se le confiere simbólicamente la calidad de *Venerable*, tanto para el objeto de que pueda ocupar efectivamente la Veneratura de una Logia simbólica, como también para capacitarle para la obtención de los dos grados subsecuentes, para los cuales estaba originariamente prescrita esta calidad y función.

Por lo tanto, la recepción es esencialmente una *instalación* sim-

bólica, en la que ocupa la Cátedra del Oriente sólo temporalmente, después de haberse tomado el juramento correspondiente, y previamente a la comunicación de los medios de reconocimiento.

En otras palabras, la calidad de *Past Master* es conferida como un grado aparte, de una manera simbólica y honoraria, independiente de su efectiva o eventual posesión.

Por lo demás, este grado se diferencia del anterior por el color rojo escarlata de la Cámara —en vez de ser blanco y negro o verde—, siendo las vestiduras las mismas de la cámara anterior. Las exigencias relativamente complicadas del grado de Maestro de Marca también se reducen a lo mínimo.

En ambos grados los *signos* hacen referencia a la oreja derecha, simbólica del *entendimiento*, difiriendo el número de los dedos que se le aplican. El tocamiento pone en primera línea los dedos generalmente menos importantes, lo cual puede hacer alusión a la Cadena Masónica, cuya fortaleza y resistencia es la de sus más débiles anillos.

Se hace, además, hincapié sobre la Educación Masónica, consistente esencialmente en el estudio y en el justo equilibrio entre la Libertad y la Ley, así como la justa relación entre ambas. La Ley exterior limita, pues, la Libertad, mientras la Ley interior no la rija y dirija recta y constructivamente. En la medida en que la Ley interior es reconocida y seguida, en esa misma medida se aumenta automáticamente nuestra Libertad de la Ley exterior, implícitamente comprendida y regida por la primera.

MUY EXCELENTE MAESTRO

Conmemora este grado la feliz conclusión de la construcción del Templo Salomónico, con su consiguiente dedicación e inauguración, colocando en su lugar el Arca de la Alianza y todas las demás "cosas que David su padre había dedicado", y en medio de una hecatombe de bueyes y ovejas ofrecidos en sacrificio, según cuenta el segundo Libro de las Crónicas (5, 6, 7).

La colocación de la Piedra Terminal del templo, o *Cap-stone*, que simboliza el fin de la construcción, se representa por medio de un Arco levantado en medio de la Cámara, después de los siete viajes preliminares y su búsqueda consecutiva.

A la colocación de la Piedra Clave del Arco sigue la traslación

del Arca de Alianza que los hermanos, en traje de levita, traen de afuera, reproduciendo el transporte que se habría verificado efectivamente en el año 977 A. C.

Después de la investidura y proclamación de los recipiendarios, el Muy Respetable Maestro, representando a Salomón, ofrece una versión conveniente de la plegaria reproducida en el Capítulo Sexto del Libro citado, al término de la cual, por medio de un artificio oportuno, se hace que el fuego parezca descender del cielo y encenderse por sí mismo encima del ara. Pues, según las mismas Crónicas (VII, 1):

"Y como Salomón acabó de orar, el fuego descendió de los cielos, y consumió el holocausto y las víctimas, y la gloria de Jehová hinchó la Casa. . .

"Y como vieron todos los hijos de Israel descender el fuego y la gloria de Jehová sobre la Casa, cayeron en tierra con sus rostros en el suelo, y adoraron confesando a Jehová: ¡Qué bueno es Él, y Su misericordia dura para siempre!"

Lo cual, naturalmente, recuerda el Signo de Adoración y Admiración, mudo testimonio del descenso del Fuego y de la Gloria trascendente de Shekinah, la Gracia de la Divina Presencia, que, sin embargo, *se encuentra en dondequiera* permanentemente, y tan sólo espera que la visión del hombre, obcecada por los sentidos externos, se refine y se levante para percibirla íntimamente.

Representa, por lo tanto, este grado, al igual que el escocés de Perfecto Masón, al Maestro Acabado, con el cumplimiento y exaltación de su Obra. Lo cual le autoriza a *viajar a otros países*, para seguir levantando Templos a la Verdad, por medio de la adquirida *virtud*, que es el más digno y deseable *salario* que pueda uno recibir.

Esta última y directa invitación ritual puede significar muchas cosas: entre ellas la calidad de *masón libre*, que así automáticamente adquiere, habiendo dignamente ocupado el primer lugar en su Logia, y perteneciendo a la Orden permanentemente como *miembro de honor*.

Empero, la que explícitamente se anota, con su colocación, es la referencia simbólica al Templo de la vida actual, al igual que el Templo que representa a la Orden, característicamente *incompleto* en los tres grados simbólicos, debido a la *perdida palabra* de la comprensión de su real sentido y finalidad. Esta, sin embargo, sólo se

revela en el grado subsecuente y *sagrado* de Real Arco (Holy Royal Arch).

Es, pues, también una especie de anticipada despedida para el Eterno Oriente, siguiendo el mismo camino abierto por el Gran Maestro Hiram, a semejanza del dios védico Yama y del Osiris egipcio: la preparación para *la otra vida* espiritual, habiendo dignamente llenado las tareas inherentes en la actual existencia terrenal.

Desde un punto de vista más profundo, en armonía con la Doctrina Iniciática de los antiguos Misterios, también reflejada en la enseñanza pitagórica, como igualmente en las creencias orientales, deberíamos hablar de *las otras vidas*. Pues el llamado Oriente Eterno sólo puede significar la vida subjetiva íntima, separada por un tiempo más o menos largo —pero no definitivamente— de su manifestación objetiva, hasta el término de un largo Ciclo en cuyo medio todos nos encontramos.

Mientras tanto, se hace hincapié en su obligación de *ilustrar* a los demás masones en el conocimiento efectivo de la Doctrina Simbólica que, en sus respectivos grados, se les ha impartido alegóricamente.

PERFECTO Y SUBLIME MASÓN

Después de este paréntesis y excursión en la presentación llamada *yorquina* de la misma Perfección masónica, llegamos al grado que más especialmente nos interesa, cuya denominación escocesa más aceptada es la de Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón. Se relaciona este grado con el de Real Arco —que puede considerarse como su primera parte— por el supuesto conocimiento de la *verdadera palabra*, encontrada en aquél. Lo cual justifica la sincrónica atribución de dicho hallazgo a la época salomónica, más bien que al Segundo Templo, al que está dedicado el próximo *Manual* de esta serie.

En su natural evolución histórica, este grado ha recibido varios nombres, que actualmente pertenecen al pasado: *Gran Escocés Masón*, *Caballero Escocés de Perfección*, *Caballero de la Bóveda Sagrada* (asociada a veces con el nombre del rey Jaime VI), *Gran Elegido Antiguo Perfecto Masón*, *Gran Escocés Elegido*, *Gran Elegido Antiguo Perfecto Maestro*.

No menos variados han sido históricamente sus motivos rituales, prevaleciendo en ellos la preocupación dominante relativa a la trans-

misión de la Tradición Masónica, sobre todo en Palestina, desde la época salomónica a la de las Cruzadas. Así como ésta fue propagada en una forma más libre, por medio de los tres grados *operativos*, su más verdadera esencia y sentido quedaron relativamente ocultos, y de esta manera preservados, precisamente, por los insignidos con este grado, relativamente *secreto y sagrado*.

Dejando de lado las modalidades más o menos fantásticas de esta legendaria transmisión de la *perfección masónica*, que habría tenido lugar ininterrumpidamente en los alrededores del Templo, hasta que los cruzados la trajeron a Occidente, la forma ritual más aceptada del mismo grado nos presenta una vez más la escena familiar de la corte del Rey Salomón, formando una Gran Logia, con la intervención propicia de Hiram II de Tiro, en calidad de Diputado Gran Maestro.

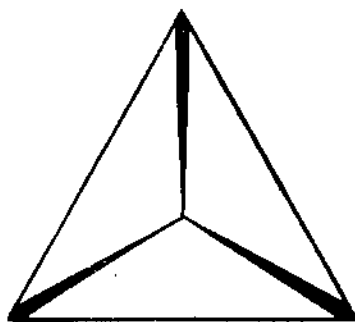
La perfección se expresa, desde luego, en la forma especial, cúbica abovedada, del Templo, y en sus 12 dignatarios y funcionarios: cuatro luces y ocho asistentes. Esta *bóveda secreta* del Gran Misterio masónico está tapizada de rojo, según conviene a una Corte Real, con doce columnas blancas laterales, y está alumbrada por un total de 24 luces. Por lo demás, lleva prominentes —junto con el altar, la piedra cúbica con el Nombre Inefable, y las dos columnas de Henoc— los símbolos familiares del culto hebreo: el Arca de Alianza con el candelabro de siete luces, el altar de los perfumes y el de los sacrificios; los doce panes de la proposición y la copa con el vino, y el mar de bronce sostenido por los bueyes enparejados. Por fin, una artesa con la mezcla, el hacha, puñal y espada, los tres instrumentos que sirvieron para descubrir la bóveda y levantar la piedra de mármol, tapando el escotillón.

En la disposición de la iluminación se destacan los cuatro números místicos cuya combinación caracteriza este grado, y que son precisamente los números impares que siguen a la Unidad dentro de la Década, siendo la suma justamente 24. La edad, la marcha y la batería también expresan estos números y sus combinaciones.

Una variación del adorno de la bóveda consiste en nueve pares de columnas, sosteniendo nueve arcos; o bien simplemente nueve columnas, dispuestas de 3 en 3, respectivamente al Norte, al Oeste y al Sur, cada una de las cuales lleva grabado uno de los nueve Nombres hebreos de la Divinidad, con excepción, naturalmente, del Nombre Inefable.

Objeto de los trabajos es precisamente el estudio y la correcta pronunciación —mística y mágica a la vez que filosófica— de esta Gran Palabra Creadora, *perdida* en su ignorancia, y que la Sabiduría y la Inteligencia han podido recobrar, como Sol brillante entre el Compás y el Arco, representando el círculo.

Esta Joya coronada, emblema del Poder de la Sabiduría, identifica desde luego la Palabra en la correcta, justa y perfecta relación entre el Centro y el Círculo, también simbolizada por cuatro números, y las figuras geométricas que, respectivamente, le corresponden.



GRAN ELEGIDO ESCOCÉS

Aun cuando este grado del Rito Francés ocupa el quinto lugar, es actualmente interesante e histórico por remontarse a fines del siglo XVIII, y resulta, por lo tanto, anterior a las formas más recientes del que acabamos de describir sumariamente.

Hallamos aquí los mismos números místicos 3, 5, 7, 9, precediendo la marcha, algo difícil de llevar a cabo si no se dispone de lugar suficiente. Aun cuando se llame *Bóveda* —*secreta* al abrirse los trabajos y *sagrada* al cerrarlos—, el lugar de las reuniones representa el Templo de Salomón *perfectamente acabado*, subdividido en dos partes por una cortina de cuatro colores, que refigura el Velo que cubre el Sanctasantórum, con el Arca de la Alianza, el Candelabro de siete

luces y la piedra cúbica con el Delta Radiante, conteniendo el Nombre Sagrado, sobre una columna de mármol rojo. La tapicería es igualmente roja, con festones carmesíes.

Al lado del número 9, que expresa la edad, se hallan su múltiplos, el cubo y la cuarta potencia de 3, respectivamente. El mandil es blanco y hay dos bandas: una por cada espalda, cruzándose, de dos distintas tonalidades, del mismo color rojo.

La joya es un triple triángulo de oro, símbolo que en el Rito Escocés se ha elevado hasta un grado superior. La joya del Rito Escocés es aquí atributo exclusivo de los Grandes Oficiales.

La Leyenda ha sido simplificada y modernizada, y nada tiene que ver con el Patriarca Henoc, sino que representa únicamente la conclusión lógica de la de Hiram. Estando éste a punto de sucumbir bajo los golpes de sus asesinos, tomó la resolución de despojarse del triángulo de oro que llevaba al cuello y arrojarlo a un pozo próximo a la puerta oriental del Templo que se estaba construyendo.

En los días subsiguientes al crimen, tres de los Maestros que, por encargo de Salomón, lo estaban buscando, al pasar cerca del pozo, se fijaron en algo luminoso que como una joya brillaba en el fondo de aquél. Descendió uno de ellos, con la ayuda de sus compañeros, quienes lo bajaron por medio de una cuerda, y pudo así reconocer y traer a luz precisamente lo que trataban de encontrar. Grande fue su regocijo, así como el de Salomón, a quien se lo llevaron inmediatamente. Éste, al verlo, dio un paso atrás, haciendo instintivamente el *signo de admiración*, a la vez que pronunciaba las palabras: ¡Gracias a Dios!

El mismo Delta fue después incrustado sobre un pedestal o columna triangular, y cubierto por una piedra de ágata, convenientemente tallada, para protegerlo. Luego se lo depositó en una cripta construida debajo del Santuario, velado por nueve luces constantemente encendidas.

La recepción en este grado es algo complicada, comprendiendo nueve puntos distintos, que comienzan con un sacrificio análogo al de Abraham, para terminar con la consagración. La búsqueda y el descubrimiento del Delta se efectúan en un estado de esclavitud simbólica, después de lo cual, en premio, se le devuelve al recipiendario la libertad.

EN EL RITO EGIPCIO

En el Rito llamado *egipcio*, sucesivamente amplificado con el nombre de Memphis-Misraim, todos los grados que van del nº 14 al 33 pueden considerarse como distintas versiones del único grado de *Escocés* o *Perfecto Masón*.

El grado 14º de *Escocés Trinitario* se diferencia muy poco del de Maestro. La marcha y la batería se han reducido, y su símbolo fundamental es un triángulo, reproducido por el signo y por la joya, colgada ésta de una banda tricolor. Sus palabras son familiares y conocidas en los grados simbólicos.

El grado 15º de *Escocés Compañero* se diferencia por el signo, que relaciona el hombro izquierdo con el muslo derecho. La banda es roja y las palabras son igualmente conocidas. La edad es el cubo de tres.

El grado 16º de *Escocés Maestro* tiene la misma banda roja y joya triangular, subiendo su edad hasta el cuadrado de nueve, lo cual, por supuesto, implica la necesidad de bajar sucesivamente.

En el grado 17º de *Escocés Panissière*, al signo de Maestro se contesta llevando la mano derecha a la frente. En lugar de banda se usa un collar tricolor y la joya sigue siendo un Delta triangular.

En el grado 18º de *Maestro Escocés* se repite el segundo signo, conocido en los dos grados anteriores, habiendo un progreso en el toque y un descenso en la edad, que baja nuevamente al cubo de 3.

En el grado 19 de *Escocés de las tres J.*. (que significan *Jordán, Jaho, Jakim*) se completa el signo pasando de la frente horizontalmente a la cintura, como para formar un triángulo, terminándose con las manos cruzadas ante el pecho.

Más importante es el grado 20º de *Escocés de la Bóveda Sagrada*. Hay tres signos y tres toques en que se combinan los de Maestro con otros adicionales. La Palabra Sagrada es *la verdadera*, la edad el cuadrado de siete, y la batería corresponde a la suma de los cuatro números.

En el grado 21º de *Escocés de San Andrés* hay siete signos y cuatro toques, la edad es el cuadrado de 9, la marcha y la batería igualmente hacen hincapié en el número 9, y la joya es un triángulo conteniendo otros tres, que cuelga de una banda morada. La palabra verdadera se ha olvidado y fue nuevamente substituida.

En el grado siguiente 22º de *Pequeño Arquitecto* la edad ha bajado nuevamente al cubo de tres, hay nuevos signos, un toque conocido, y la palabra convencional *Gomel*.

El *Gran Arquitecto*, grado 23º, tiene 90 años sin signos ni toques; la batería corresponde al número 12, y lleva banda blanca y mandil verde con tres estrellas formando un triángulo. Su palabra es *Ramah*.

En el siguiente grado 24º de *Arquitectura*, la edad sube hasta 120 años. Con su signo se recuerdan las figuras geométricas o polígonos regulares. Sus palabras son las hebreas *Urim* y *Thummim*. El toque se ha simplificado, el mandil es blanco, la banda es un collar azul y la joya un globo de oro.

En el grado 25º de *Aprendiz Perfecto Arquitecto*, la edad es nuevamente el cuadrado de nueve; los signos, toques y batería son conocidos, lo mismo que la palabra de pase, que es la sagrada de *Compañero*. Sus palabras sagradas son enteramente convencionales, y su joya un círculo en un triángulo colgado a la banda roja y azul.

El grado 26º de *Compañero Perfecto Arquitecto* hace su signo sobre la nariz del lado derecho y la cadera izquierda, el toque es conocido y la edad ha descendido a tres veces siete: suma de 5, 7 y 9. Las palabras son variaciones de la de *Compañero*.

En el grado 27º de *Maestro Perfecto Arquitecto*, la edad es nuevamente la cuarta potencia de 3, el signo pone en relación la frente con el vientre, el toque es poco diferente del escocés, y la batería, como para el grado anterior, es de 15 golpes, pero repartidos de distinta manera. Sus tres palabras representan tres grados sucesivos de comprensión, y son, por otra parte, muy conocidas.

En el siguiente grado 28º de *Perfecto Arquitecto*, la mano se queda en la frente, al hacer el signo; el toque es casi idéntico; la edad es la misma, y sólo la batería ha descendido, simbolizando la edad en sus dos cifras. Banda roja, mandil blanco, joya triangular con un círculo y las letras J. A. que corresponden a las Palabras del grado.

El grado 29º de *Sublime Escocés* reproduce con poca diferencia el anterior grado 21º, distinguiéndose por su signo, que consiste en levantar al cielo el dedo del medio de la derecha, y por la batería de dos veces seis.

En el 30º grado, llamado *Sublime Escocés de Heredom*, la edad *desciende* de 81 a 7 años, a la vez que la batería llega a 15. El color rojo predomina en los adornos, y su Palabra trata de conjugar en tres personas la del *Compañero Masón*.

El grado 31º se llama *Gran Real Arco*, reproduciendo sin diferencia apreciable el homónimo escocés. La Logia es, pues, una bóveda sostenida por nueve arcos en cuya cumbre se halla el escotillón, por el cual penetra la luz que alumbrá el local. En el frente del arco está grabado en letras de oro uno de los nombres divinos, comenzando con *Yod, Yaho y Yah*. La Palabra Sagrada es el décimo y *verdadero* Nombre.

En la joya, en forma de triángulo o medalla de oro, se recuerda como fecha del descubrimiento el año 2995, desde la supuesta creación del mundo, que naturalmente corresponde a la época salomónica.

El grado 32º, llevando el nombre de *Gran Arca*, se refiere naturalmente al Arca de Alianza, más bien que a la de Noé. Su signo de reconocimiento trata de reproducirla simbólicamente, con ambas manos. Las palabras recuerdan al progenitor de las doce tribus israelitas. Azul, blanco y amarillo son los colores de sus adornos.

La misma Arca de la Alianza es el símbolo central del 33º grado, que lleva el nombre de *Sublime Caballero Elegido*. El Arca ocupa el trono del Oriente, levantada sobre siete gradas, debajo de un pabellón dorado. La estrella de cinco puntas, representando el Microcosmo, está debajo del Arca, y ante ella brillan las siete luces simbólicas de todas las octavas del Macrocosmo.

El Maestro que preside la Logia tiene su asiento debajo de las gradas, revestido con el hábito blanco y la túnica verde del Gran Sacerdote, y la cabeza cubierta con un velo. Los demás oficiales visten túnica sencilla.

Las Tablas de la Ley, extraídas del Arca, descansan sobre una mesa, con un puñal encima. Hay, además, en medio de la sala, el Altar de los Sacrificios y el de los Perfumes.

La edad, siendo el cuadrado de 5, se relaciona con el símbolo de la Estrella. En cuanto a la Palabra Sagrada, es la que caracteriza al pueblo hebreo en su calidad de *inmigrante*, con relación a los que anteriormente habitaban ese territorio.

LA MASONERÍA DE CAGLIOSTRO

No debe confundirse esta multiplicación de los grados masónicos que lleva el nombre de Memphis-Misraim (o sea de *Memphis de Egipto*), con la homónima masonería de Cagliostro, que estableció

su Logia Madre en Lyon, en 1781, con el nombre de *Sagesse Triumphante*. En cuanto al anterior, no hay noticia acertada de su existencia antes de 1805: debe, pues, considerársele como filiación del Rito Escocés, en concurrencia con éste.

Ese Rito que Giuseppe Balsamo parece haber iniciado primeramente en París, y que tuvo como tercer asiento Estrasburgo, tiene también la prerrogativa de haber sido el primero en proclamar el derecho de la mujer a la Iniciación, en paridad con el hombre. Comprendía únicamente los tres grados de Aprendiz, Compañero y Maestro, caracterizados por el calificativo adicional de *egipcio*. A los hombres se les pedía generalmente haber sido primeramente iniciados y exaltados al grado de Maestro Masón, para ser admitidos en este Rito modificado. Algo semejante se hizo, por otra parte, en diversos ritos, como en la primitiva Orden Martinista, comprendiendo los tres grados de *Aprendiz Cohen*, *Compañero Cohen* y *Maestro Cohen*¹.

El recipiendario se enfrentaba en el Cuarto de Reflexión con el símbolo de la Pirámide, con una caverna en su base, guardada por un anciano representando al Tiempo. Después de habersele hecho patentes los *peligros* de ese Camino Filosófico, semivestido y despojado de sus metales, era conducido al Templo, cuya puerta se le abría al dar siete golpes. De rodillas ante el trono, había de jurar Secreto, Fidelidad y Obediencia, después de lo cual el Maestro, vestido de túnica blanca, le confería el grado y lo interiorizaba de sus signos y la Palabra Sagrada *Elohim*.

La alocución del Orador delineaba el siguiente amplio programa de estudios:

- 1) Filosofía Natural, concebida como mística boda del Sol y de la Luna;
- 2) Filosofía Sobrenatural, o sea el conocimiento de los atributos de la Divinidad;
- 3) las dos Columnas como símbolo de estas dos Filosofías o estudios complementarios;
- 4) la fundación de la Masonería por el Rey Salomón;
- 5) los *instrumentos* simbólicos de la Masonería;
- 6) significado y propiedades de los *siete metales*;
- 7) conocimiento de las Naturalezas Espirituales:

¹ Palabra hebrea que significa *Sacerdote*.

- 8) invocación de la Divinidad;
- 9) los *siete* *Ángeles* que rigen y corresponden a los siete planetas;
- 10) el Hombre como *imagen* de Dios;
- 11) salud y enfermedad en el hombre;
- 12) el uso de las Fuerzas Ocultas;
- 13) cómo se aumentan el Calor y la Humedad Primordial (es decir, la *electricidad* y el *magnetismo* vitales);
- 14) la fijación de lo volátil y la volatilización de lo fijo (o sea la Alquimia Mental);
- 15) el Camino Secreto del Bien.

Después de *tres años* el Aprendiz podía ser elevado al grado de Compañero, en el cual se lo admitía vestido de blanco, siendo recibido por doce Maestros en la Logia alumbrada por doce luces en círculo. Al Oriente, encima del trono, había una estrella de siete puntas con el Nombre Divino en el centro, y el de los Siete Ángeles en sus puntas. Debajo estaba un círculo con un corazón pintado en el medio, y un templo dentro del corazón, para indicar que el Masón debe construir el verdadero Templo en su corazón.

También había un cuadro representando a un Masón luchando con Mercurio, alusión al dominio del pensamiento, necesidad básica de todo progreso. Otro símbolo de este grado era la *rosa*, emblemática de la Esencia o Materia Primordial. Los trabajos se abrían al canto de *Veni Creator Spiritus!*

En el grado de Maestro, el Trono, situado al Oriente, era suficientemente amplio para que lo ocuparan los dos principales celebrantes, representando a Salomón e Hiram, rey de Tiro, respectivamente vestidos de blanco y azul. Otros doce Maestros debían estar presentes. La batería era reducida a un solo golpe y la Logia se abría con el *Te Deum*, seguido por una invocación a Jehová y a los Siete Ángeles. Después de la Apertura de Trabajos se introducía una *paloma* —niño o niña vestido de blanco—, encerrándola en la Tabernáculo, para consultar con su intermediario a los Siete Angeles. Además, el Maestro de Ceremonia recorría el Templo trazando con la espada un círculo en correspondencia de cada punto cardinal; luego trazaba con yeso otro Círculo Mágico en el Centro, esparciendo incienso al Norte, mirra al Sur, ceniza de laurel al Oriente y de mirto al Occidente.

Dos Maestros introducían al candidato, que se ponía de rodillas

en el medio de este círculo central, al ser recibido por el Rey Salomón, quien soplabá sobre él tres veces, después de las rituales recitaciones y aspersiones.

El cuadro de este tercer grado representa al Ave Fénix sobre una pira flameante, después de la cual estaban una espada, un caduceo y una guadaña quebrada, símbolos del *vencimiento* del Tiempo y de la Muerte por medio de la *regeneración*.

OTRO RITO EGIPCIO

Anterior a los anteriores es, empero, el Rito Egipcio en siete grados, fundado en Alemania en 1770, con el nombre de *Krata Repoa*, palabras misteriosas que parecen más bien una sigla o anagrama. Nada se sabe históricamente sobre este Rito, fuera del hecho de su existencia y de sus características simbólicas. Por lo cual, prácticamente, hubo de olvidársele muy pronto.

Los siete grados llevaban el nombre de *Pastóforo*, *Neócoro*, *Melanóforo*, *Cristóforo*, *Balahate*, *Astrónomo* y *Profeta* o *Safenat Paneah*.

El candidato debía dirigirse primero a una gruta y luego a la *Puerta de los Hombres*, en donde se le interrogaba, antes de hacerle pasar por las pruebas de los elementos. Al superar éstas satisfactoriamente, se le hacía jurar, previa exposición de las Reglas de la Orden, y se le hacía finalmente subir una escalera de siete gradas, cada una de las cuales tenía sus símbolos y enseñanzas.

Confiriéndole este primer grado de *Guardián del Umbral*, se le daba la Gran Palabra de Pase AMORM, que se le decía significaba *discreción*, entregándole una medalla para llevar encima.

Para ser admitido en el grado de *Neócoro* se necesitaba un ayuno preliminar, después del cual, servido por dos hermosas mujeres en una gruta, debía saber resistir la tentación sensual, demostrándose casto y prudente. Tampoco debía dejarse amedrentar por las serpientes que lo esperaban en la Sala de Recepción. Recibía la investidura del grado con un caduceo, alegórico del movimiento del Sol, y una Palabra de Pase que tenía el doble sentido de *vida* y *serpiente*.

En el tercer grado, representando la Puerta de la Muerte, era conducido ante el sepulcro de Osiris y se le preguntaba si había contribuido a ese crimen. El Rey de Egipto le ofrecía una corona de

oro que, sin embargo, debía rechazar, después de lo cual aquél, simulando ofensa, lo golpeaba con un hacha y lo mataba simbólicamente. Se lo sepultaba y se lo transportaba después al Santuario de los Espíritus, en donde el mismo Carón se apoderaba de él para llevarlo al Juicio de los Muertos. Las Palabras de Pase *Monac Caronmini* se referían a esta experiencia.

Simbólicamente se quedaba en este grado, entre los muertos, por 18 meses, después de lo cual tenía que enfrentarse, acompañado por el *Tesmóforo*, a la Batalla de las Sombras, en la que acababa por sucumbir, pasándosele una cuerda al cuello, para conducirse ante la asamblea, en donde se le levantaba para imponerle más pruebas. Así acababa por recibir el grado de *Cristóforo*, y la palabra de pase *Jas*.

En el quinto grado, de *Balahate*, se representaba la batalla de Horus con Tifón, simbolizando la de la Industria con el Fuego, que domina su violencia para luego utilizarlo. *Chimía* era su palabra de pase.

En el sexto grado, cuyo título completo era el de *Astrónomo ante la Puerta de los Dioses*, se le conducía encadenado ante la Puerta de la Muerte, abriéndose en una caverna llena de agua, en donde contemplaba los sarcófagos de los que habían traicionado a la Orden. Después de un nuevo juramento, se le instruía sobre el origen de los dioses y el gobierno de los pueblos, así como también sobre la Astronomía. Los primeros debían estar representados en otros tantos cuadros, cuyo significado se le iba explicando.

El Demiurgo y el Rey, presidiendo estos grados, luego le conferían el título, con la palabra de pase *Ibis*, simbólica de Vigilancia.

El séptimo y último grado representaba al *Hombre enterado de los Misterios*, completando su educación iniciática para todas las funciones y cargos, tanto públicos como políticos, potencialmente capacitado para ocupar cualquier lugar en la Orden. Se le presentaba al candidato una serie de cuadros representando la vida humana, y al terminar sus pruebas se le ofrecía una mezcla de vino y miel, evidente símbolo de la *ambrosía* o Néctar Celestial. Se le rasuraba la cabeza y se le vestía de túnica blanca. A la recepción seguía una procesión llevando los emblemas de la Orden. La joya era una Cruz, indicando los cuatro puntos cardinales, y la palabra de pase *Adón*, que en los idiomas semitas significa *señor*.

LOGIA REAL Y GRAN LOGIA

Habiendo pasado en reseña los grados y ritos que directa o indirectamente se relacionan con el tema de este Manual, nos queda por decir algo sobre la Cámara en que se reúnen los Sublimes y Excelentes Maestros y su posible identificación con la organización más o menos democrática que administra, dirige y regula colectivamente el trabajo de las Logias. Aun cuando en la práctica actual y en la opinión corriente se consideran como dos cosas enteramente distintas.

La calificación de *real*, como atributo distintivo especial de algunas Logias, se encuentra varias veces en la historia del Simbolismo, como equivalente de Madre Logia o Gran Logia, cuando menos un siglo antes de la constitución de la primera Gran Logia de Londres. Entre las Logias que tenían prerrogativas y función directiva sobre las demás en su región, se recuerdan en Inglaterra, y sobre todo en Escocia, las de Kilwinning, San Andrés, Aitcheson, Edimburgo, Dundee, Perth, Dumferline, Glasgow. Estas formaban en el siglo XVII un conjunto organizado y disciplinado: en sus tradiciones se encontró después la base para justificar la introducción de grados adicionales a los tres simbólicos, lo cual se hizo en Inglaterra especialmente bajo el patronazgo de la Gran Logia de los *Antiguos*.

Este atributo de REAL, relacionado con la función *regidora* o directiva, tiene, por otra parte, su base simbólica en el carácter *regio* de Salomón e Hiram, rey de Tiro, que con Hiram Abí fundaron y presidieron tradicionalmente la legendaria Gran Logia Real, en conexión con el Templo de Jerusalén.

Aun cuando esta identificación carezca de todo fundamento histórico (en el sentido moderno de la palabra), la idea de relacionar el Gobierno de la Orden con los grados que particularmente reconocen y exaltan las funciones directivas electivas dentro de la Logia Azul, merece en nuestra opinión una mayor atención y mejor consideración, que la ligereza con la cual se acostumbra desecharla de antemano, calificándola de *antidemocrática*. Como si en la Masonería no debiera efectivamente realizarse esa perfecta fusión de las llamadas *autocracia* y *democracia*, que hace efectivo, "justo y perfecto" el Gobierno de la Verdad (Salomón) y de la Virtud (Hiram).

Vano resulta, por lo tanto, hablar de *unidad* de la Orden, y de una labor efectiva y eficiente, social y humana, en armonía con

sus finalidades, mientras no se realice universalmente una *integración* apropiada de los tres grados llamados simbólicos con los fundamentales y esenciales, entre los superiores, que erróneamente se consideran como *independientes*. Independencia que se traduce en comparativa ineficiencia, tanto de los unos como de los otros.

Las consideraciones históricas que militan en favor de tal independencia carecen de valor determinativo, por cuanto la Masonería debe ser *progresista* a la par que tradicionalista: la Tradición —y los tres grados tradicionales— siempre necesitan permanecer y quedar como sólida fundación, para elevar sobre ella un edificio en el cual la *estructura* tenga plena correspondencia con la *función*. Así, sobre el pasado debe elevarse y descansar el futuro, como la planta de la semilla, cuyo potencial latente llegará en tal forma a su mayor eficiencia y desarrollo.

Lo cual de ninguna manera significa que la Gran Logia necesite estar supeditada, por disciplina, al Supremo Consejo, según ambos existen actualmente, acatando humildemente sus dictados y subordinándole su legítima autoridad y relativa soberanía. Sino que, más bien, los dos o tres grados esenciales en que se termina la Leyenda Hiramica y se relaciona el Templo de Henoc con el de Jerusalén encontrándose finalmente la *verdadera palabra*— deberían ser apropiados y quedar, con sus Logias Capitulares, bajo la jurisdicción de la Gran Logia, dado que en ellos se encuentra precisamente la *forma* más apropiada para su propia *función* coordinadora y directiva de la labor de las Logias individuales.

En cuanto a los demás grados, cuyo simbolismo, significado y función natural tratamos en los siguientes Manuales, deberían considerarse, por su intrínseca calidad, como más espirituales, y menos sujetos, limitados y determinados, en lo que se refiere a su colocación, a consideraciones administrativas y demás, de orden profano. Por supuesto, la organización llamada Supremo Consejo necesita modificarse radicalmente, lo cual se hará, claro está, en la madurez de los tiempos, por medio de la *palabra sagrada* de la Comprensión.

SEGUNDA PARTE

LA RECEPCIÓN DEL GRAN ELEGIDO, EXCELENTE Y PERFECTO MASÓN

Del Santuario a la Bóveda hay una distancia equivalente a la que separa al primero de la Logia simbólica, de manera que la Cámara del Cuarto Grado, contraparte positiva de la Cámara del Medio, representa el punto de partida de una etapa de progreso que encuentra en la Bóveda su culminación más apropiada. En ésta, pues, resplandece en toda su gloria la Divina Palabra, de la cual en el Santuario sólo pudo encontrarse *la primera letra*, a la vez que los tres primeros grados únicamente nos ofrecen sus substitutos.

Pero el Maestro que se ha esforzado por penetrar *el secreto de la Vida* en todos sus aspectos individuales y cósmicos, necesita ser previamente *elegido* como primero entre sus hermanos, haciendo efectiva la calidad atributiva de Venerable, para que su progreso teórico en el Grado Cuarto, manifestándose como enseñanza e iluminada dirección, le abra el paso en el más oculto Misterio de este grado, simbolizado por el descubrimiento que se hace de la Tradición Prediluviana, fielmente preservada en las entrañas de la Tierra Madre. Cuando menos, así debería serlo en una Masonería Integrada e idealmente organizada, según podemos esperarla en el futuro, cuando sea efectivamente representativa de la Tradición de los Misterios.

No podemos, pues, adquirir ni conservar permanentemente nada que sea valioso, sino en la medida y por la virtud de nuestra acrecida voluntad y capacidad de dar. Es ésta una Ley Divina a la que todo progreso efectivo necesita sujetarse. Particularmente en el progreso en Sabiduría —que es fundamentalmente progreso *en comprensión*— necesitamos en cada paso manifestar y ser coherentes con la Verdad que conocemos, para realmente poseerla, lo cual efectivamente signi-

fica ser *poseídos* por Ella. Aun cuando la posesión de nuestra alma por la Gran Luz, alumbrando nuestra Voluntad, nada nos quite de la Libertad que no conocen los que sean esclavos de los valores y posesiones materiales y ficticios.

La Luz que aclara el Santuario, cuando sea verdaderamente *comprendida*, es más suficiente para hacer de todo Maestro simbólico aventajado, un Maestro Secreto, anciano y relativamente *perfecto*. Pero los diez talentos que, en virtud de su edad más avanzada, llegan a poseer ese grado, necesitan ser utilizados y empleados sabiamente en una actividad masónica verdaderamente *constructiva*, y no ocultados en la tierra de la inercia pasiva. En la medida de nuestro progreso, en armonía con la Marcha masónica, adelantando la aplicación *recta* con el ajustado discernimiento en la dirección de la Luz, nos haremos capaces de descubrir lo que la misma Tierra nos oculta en sus entrañas, esperando revelárnoslo cuando nuestro progreso nos haga digno de ello, y capaces de su mejor utilización.

Habiendo encontrado el Corazón de Hiram, o sea el Ideal animador de la vida, en la tumba del concepto material de ésta, que la hace espiritualmente impotente; habiendo igualmente perseguido en sí mismo las tendencias enemigas del hombre, que tratan de apoderarse de lo mejor que hay en nosotros, para malgastarlo y destruirlo, necesita ahora llevar consigo ese Puro Ideal, poniéndolo sobre el Ara de sus pensamientos. Está, pues, ese mismo Ideal enteramente capacitado para dirigirnos y guiarnos sabiamente; pero de ninguna manera podría *servir* nuestras pasiones y deseos, nuestra ambición personal y nuestras mil y una vanidades.

Según así lo entendemos y hacemos, está abierto ante nosotros y se nos franquea el Camino hacia la Bóveda, que simboliza la máxima *elevación* de la más profunda y genuina *humildad* del corazón: la libre y plena expresión de lo Divino (o sea la Palabra Verdadera) en nosotros, a condición de que sepamos sacrificarle todos nuestros instintos y tendencias inferiores, que, en último análisis, son lo único que puede detenernos o cerrar el paso para nuestras mejores realizaciones.

LA PIEDRA CLAVE

Tema fundamental del grado es la identificación del Gran Elegido con la *pedra clave*, transformación de la Piedra Cúbica y de la Piedra Cúbico-piramidal, y como éstas símbolo de la *perfecta maes-*

tra. Este elemento arquitectónico indispensable para levantar el Arco, capacitándolo también para sostener el peso que se le sobreponga, se metamorfosea, en la ceremonia de recepción —integrada con los elementos que, en el Rito Escocés, suelen atribuirse al grado anterior—, en el escotillón que es preciso levantar para descubrir el místico Templo oculto en las entrañas de la tierra; y finalmente se confunde con el Cubo de Ágata, que trae en su cara superior el Áurco Delta, con el Nombre Sagrado que simboliza y revela.

Estos tres aspectos de la misma Perfección del Magisterio pueden prácticamente identificarse con los grados 12º, 13º y 14º del Rito Escocés, sumariamente descritos en páginas anteriores. Aun cuando en este rito no se le dé la importancia que tiene en otros, es claro que el *levantamiento* de la Piedra Clave a ningún otro grado mejor pertenece de derecho que al 12º. No necesitamos hacer hincapié sobre la correspondencia del escotillón con el grado 13º, y del Cubo de Ágata que representa el *Mysterium Magnum* con el 14º.

El Maestro *elegido* pisa por primera vez al umbral de la Bóveda Secreta, en la que se halla reunida la Gran Logia, con el objeto de que se le reconozca y confirme su idoneidad para llenar la función de Piedra Clave, lo cual sólo puede significar la de Venerable Maestro de una Logia simbólica.

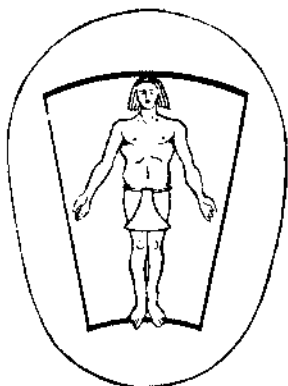
En algunos rituales de estos grados se evidencia, de una manera especial, este simbolismo de la Piedra Clave, como base de la ceremonia de recepción. Sin nombrarla explícitamente, se reconoce la falta (por consecuencia de la muerte de Hiram) de esas piedras, cortadas y labradas en forma tal que se ajusten a las exigencias de la Arquitectura, en la que el Arco es elemento fundamental.

Para ese fin, el Rey Salomón abre un concurso entre los Maestros, figurando el recipiendario —o los recipiendarios— entre ellos. Si sale victorioso será nombrado Gran Maestro Arquitecto, contribuyendo en suplir el lugar dejado vacío por el Arquitecto del Templo. Claro está que esta Piedra, representando al Elegido, ha de ser especialmente escogida, y luego labrada y cortada según el dibujo especial que corresponde a esa función *vital* y *central*, enteramente análoga, en la arquitectura, al corazón de un organismo animal.

Cuando por su corte, o por su calidad intrínseca, no se ajustara perfectamente a las demás piedras del Arco, y más especialmente a las dos con las cuales estará más directamente en contacto —significando las otras *luces*—, esa piedra bien podría quebrantarse o que-

brantar las demás de menor solidez, bajo la presión de la parte del Edificio que necesita sostener.

La forma especial de la Piedra Clave recuerda el ovoide del Aura Humana —que es también la forma más probable del satélite de nuestra Tierra—, resultando de la armónica combinación de las dos gravedades *terrestre y celeste*, cuyo centros están en la base de la espina dorsal y en la cabeza, respectivamente. Entre ambas se encuentra la Gravedad Individual, cuyo centro natural es el corazón.



Ámbas atracciones, que corresponden al Padre y a la Madre de nuestra propia manifestación individual, conjuntamente deforman y alargan en sentido vertical el Círculo teórico e ideal de esta última: es el *único* de los individualistas que tan sólo en su ignorancia puede hacer abstracción de los dos Principios Generadores y Sostenedores, con los que necesita establecer la *perfecta armonía*, base necesaria de todo progreso efectivo y duradero, y de la misma existencia.

A semejanza de las plantas, cuya raíz corresponde analógicamente a la cabeza del Ser Humano, la relación entre las dos partes y Centros de Atracción está aparentemente invertida durante el desarrollo embrional intrauterino. Pero, en ambos casos, los pies y los órganos procreadores igualmente se dirigen hacia la *madre*, que, en el caso de las plantas, corresponde más bien a la atmósfera y a la Luz que la compenetra.

Como Lucifer y como Efestos, cayendo del Cielo de la Pura

Esencia y Conciencia, para enclavarse, arraigarse y manifestarse en el mundo de la atracción molecular, el hombre viene al mundo vegetativamente con la cabeza hacia abajo, para levantarla después progresivamente, pasando rápidamente por la etapa animal, representada por el equilibrio horizontal entre los dos polos. Hasta cuando, desarrollándose y floreciendo la *individualidad* en la personalidad, logre, con la postura vertical, esa forma característica del Aura Humana, que hace patentes la Inteligencia Autoconsciente y el Libre Albedrío, y por ende la capacidad de *elegir* el Destino Divino, que es el Plan de Progreso del G. . . A. . para el hombre, en su *mayor armonía constructiva* con la Naturaleza Madre y sus Leves.

La Piedra Clave del Arco simboliza así, por medio de su corte y disposición, la clara afirmación del dominio de lo superior sobre lo inferior: el predominio de la Gravedad Individual y Espiritual, sobre la atracción terrestre, material y pasional, que prevalecen en quienes estén más aferrados por las circunstancias, intereses y condiciones exteriores. Esta ha de ser, tanto por su forma como por su propia constitución íntima, la *calidad arquitectónica* del Maestro elegido para ser *primero* entre sus hermanos.

PROFESIÓN DE FE

La contextura íntima de la piedra necesita probarse, lo cual se hace pidiéndole al candidato su *profesión de fe* religiosa, masónica y política. A diferencia del testamento indispensable para ser admitido en la orden, esta confesión más precisa y significativa de los ideales que nos hemos formado, acerca de los valores más esenciales, vitales y *constructivos* de la existencia, debe hacerse en un cuarto rojo, que puede compararse con el horno en que se cuece la arcilla, debidamente formada y forjada según las necesidades de su empleo. Y particularmente nos recuerda los ladrillos con los caracteres grabados en sus caras, según acostumbraban hacerlo los caldeos y los demás pueblos en inmediato contacto con éstos.

La *fe* individual, forjada y madurada con la experiencia y las pruebas de la vida, necesita *cocerse* por medio del entusiasmo y de la pasión: aquel *ardor* interior que sólo hace posible la realización de las grandes cosas, y que no debe confundirse con la pura y simple ambición personal; y menos con la vanidad, que suele extinguirse co-

mo Narciso contemplando en el agua su propia imagen, cuya fascinación lo atrajo al abismo.

Las tres velas sobre la mesa, en ese cuarto, se refieren obviamente a los tres aspectos de esa confesión ideal, que a veces se representan por tres libros: la Biblia, la Constitución del país y la de la Gran Logia, o de la Orden en general. No deben, empero, estos tres símbolos humanos, necesariamente limitados en su entendimiento e inspiración, confundirse con la Realidad de la Ley de la Vida —divina, natural y humana—, de la que sólo pueden darnos un reflejo.

Como las tres estrellas que forman la lanza del Carro de Botes u Osa Mayor, estas tres interpretaciones de la Ley Cósmica, por cuanto son intrínsecamente diferentes, sólo pueden, por su naturaleza, moverse perpetuamente en armonía con las necesidades del progreso humano individual y social, en derredor de su fulcro natural, que es en último análisis nuestro propio EJE de rotación, representado en el cielo por la Estrella Polar. De modo que ésta es la única que, representando la Verdad y Ley Eterna, que es la Ley del Ser o *dharma*, puede realmente ofrecernos la *perfecta orientación*, que en vano buscaremos en el laberinto de las diferentes interpretaciones exegéticas, teológicas y casuísticas.

Por consiguiente, la Profesión de Fe, más que por su carácter e importancia intrínseca, debe tomarse en cuenta en virtud de su capacidad *orientadora* de nuestra vida y actividad, y formadora de nuestro carácter. No importa mucho cuál religión profesemos y cuál sea la Ley que, en lo particular, nos rige; cuál sea nuestro ideal político o nuestra solución de los problemas sociales y económicos. Pero sí tienen suma importancia nuestra propia sinceridad e integridad, la fidelidad a nuestros propios ideales y la observancia de los principios que acatamos; y, por ende, nuestra capacidad de permanecer firme y coherentemente en el lugar y puesto que nos corresponde, cumpliendo, en la medida de nuestras posibilidades, con las obligaciones y responsabilidades que hemos asumido. Sobre todo, que sepamos reconocer nuestra propia *misión* en la vida, haciendo de ella nuestro propio Camino y Meta.

Así pues, nuestra Profesión de Fe es esencialmente el índice de nuestra *fidelidad*, y por ende, de nuestra capacidad de proseguir firmemente en el Camino que ha de conducirnos a descubrir la *verdadera palabra*, o sea la Verdad.

Muy oportuno es, por lo tanto, recordar el ejemplo del Gran

Maestro, quien nos dio pruebas de perfecta integridad y coherencia, aceptando voluntariamente la muerte prematura, más bien que fallar a sus obligaciones, revelando *prematuramente* lo que no debía. Para cada etapa de la existencia, para todo grado y fase de desarrollo y progreso individual, hay, pues, una Palabra diferente, una distinta revelación de la Suprema y Única Verdad: todas por igual necesitamos *saberlas* respetar, ateniéndonos, en lo que personalmente nos concierne, a la que, en particular, hemos descubierto y recibido.

CAMINO DE LA VERDAD

Una vez probada, por medio de la Profesión de Fe, la consistencia y solidez de la *pedra individual*, es preciso asegurarse de la perfección de su *corte*, adecuado a su finalidad, por cuanto obedece a su propio Ideal Geométrico y lo hace manifiesto.

Esta segunda fase está simbolizada por el *viaje* o Camino que conduce al místico descubrimiento de la Palabra, por medio de un esfuerzo individual sabiamente dirigido, con la ayuda o guía de quienes lo recorrieron antes. Aun cuando esté sembrado por las piedras de las ilusiones, que son los ídolos que los hombres se han formado; por los guijarros de nuestros propios errores, y por la tierra arenosa de las falsas creencias que fácilmente se adhiere a nuestros pies desnudos, este camino es todo *sagrado*, ni más ni menos que aquel por el que tuvo que andar Moisés al acercarse al zarzal ardiente.

La Verdad es, pues, oculta en toda apariencia, y la Pura Esencia Sagrada y Divina de la Vida se encierra para revelarse en todas nuestras experiencias, y por ende, debajo de las mismas especies de lo que de ordinario se considera como profano y vulgar. Ésta es la razón por la cual nuestros pies necesitan estar *desnudos*: de otra manera estaríamos incapacitados para penetrar y reconocer el místico *secreto* que la Tierra Sagrada de la Vida nos esconde en sus entrañas a través de las edades, para revelarlo a nuestra madurez espiritual.

El Camino de la Verdad es el mismo Camino de la Vida, y el hecho de que en ésta encontremos o no aquélla, o bien nos acerquemos o alejemos de ella, no depende tanto de la particular naturaleza del terreno, más o menos favorable para su búsqueda fructífera, sino de cómo lo pisamos, de la íntima actitud de permanente *aprendizaje* o *disciplina* que simbolizan los pies desnudos. Cuando, por miedo de

herirnos y lastimarnos, o por temor de ensuciarnos, nos ponemos gruesos zapatos, nuestra sensibilidad disminuye a tal punto que dejamos de reconocer, apreciar y aprovechar la enseñanza que cada experiencia pueda y debe revelarnos.

Cuando nos damos cuenta de la naturaleza *sagrada* de toda senda, vereda y camino, y lo reconocemos al dar cada uno de nuestros pasos, nos quitaremos cuando sea necesario ese calzado del entendimiento puramente material. Entonces, las experiencias de la vida, más bien que lastimarnos, nos revelarán progresivamente el Secreto de las Eclades: la omnipresencia imperecedera de un Principio y Propósito *infinitamente sabio, benéfico y amable* que quiere guiarnos hacia la expresión y realización de nuestras más altas posibilidades. Así las experiencias más humildes pueden ofrecer oportunidades para buscar y hallar la Divina Presencia, simbolizada por el Nombre Inefable, geoméricamente grabado en la Piedra Cúbica de nuestra propia Perfección Ideal.

La purificación de las intenciones y de los sentimientos que nos animan al atravesar el Camino Sagrado, está, además, indicada por la túnica blanca del recipiendario, verdadero *candidato* para una vida más noble y desinteresada, en perfecto aplomo con sus íntimos ideales. Así como la roja cintura que la sostiene patentiza el ardor inextinguible que hace posible y efectivo todo progreso, saciándose con los cinco elementos de la mezcla, que sólo pueden apagar el hambre y la sed del alma: Verdad, Justicia, Rectitud, Amor y Paz.

EL ANILLO DE BRONCE

Un anillo —el *anillo de bronce* del escotillón— será el primer indicio de la Verdad que buscamos y que se oculta debajo de nuestros pies. En otra forma, este mismo símbolo se entregará al neófito, como recuerdo perpetuo, al terminar su recepción.

Todo anillo es un emblema *unitivo* y, filosóficamente, representa la Lógica, o sea la facultad correlativa de la Inteligencia, que asocia las ideas selectiva y racionalmente, buscando y reconociendo las causas invisibles en los efectos visibles, las leyes que rigen y gobiernan los diferentes fenómenos, la constitución íntima y *realidad esencial* del mundo sensible.

Este anillo tuvo que ser *de bronce* a fin de poderse conservar a

través de los tiempos y de los cataclismos naturales y sociales que se han verificado en épocas anteriores a la actual. Si hubiera sido de hierro, como lo dicen algunos rituales, de ninguna manera habría podido llegar desde la época de los patriarcas antediluviano, hasta la época salomónica de su descubrimiento, a pesar del carácter simbólico de la leyenda, que no puede ser más históricamente verdadera que la de la muerte de Hiram.

El bronce tiene, además, un significado iniciático muy peculiar, además del hecho conocido de su uso predominante en las civilizaciones prehistóricas, hasta cuando el uso del hierro vino a sustituirle en la mayoría de sus primitivos empleos. Entre los siete metales principalmente conocidos desde los tiempos antiguos, el cobre forma, con el estaño y el azogue, un *ternario central*, justamente intermedio entre los más apreciados y preciosos, y los que se consideran como inferiores y vulgares.

Por su durabilidad puede compararse con el oro y la plata, aun cuando no sea igualmente capaz de conservar por mucho tiempo intacto su brillo. A diferencia del hierro, su misma oxidación favorece su conservación. Es, además, el más apropiado para combinarse con los metales nobles y fortalecerlos, y a su vez aumenta notablemente su consistencia aleándose con el estaño: los antiguos hasta sabían templar esta aleación. Pudiendo, hasta cierto punto, compararse con el oro y la plata, forma con éstos un ternario de nobleza, y a la vez puede considerársele como la quintaesencia unitiva de las virtudes de los cuatro metales inferiores, y la superación de sus debilidades.

Por último, representa el cobre la más iniciática y elevada entre las siete *virtudes*: la Caridad o Amor. Como tal, tiene un lugar preeminente en el simbolismo masónico, según ya lo vimos también en el *MANUAL DEL MAESTRO*, siendo adicionalmente el símbolo más apropiado de la misma Tradición Iniciática, y de su capacidad de conservarse y transmitirse a través de las edades y civilizaciones sucesivas.

EL PATRIARCA INICIADO

El símbolo del Tiempo, al que el anillo hace también referencia, transporta cíclicamente al recipiendario a aquella época patriarcal llamada también Edad del Bronce o Dvápára Yuga, que precedió a la

actual Edad del Hierro o Kali Yuga, sirviendo de transición entre la una y la otra un cataclismo variadamente interpretado y conservado por distintas tradiciones, y generalmente conocido por Diluvio Universal.

El *séptimo* entre los diez patriarcas antediluvianos —que podemos considerar como Reyes Divinos, o como caracterizaciones de diez divisiones o períodos sucesivos de esa Gran Era Humana— es, pues, notablemente distinto de los seis que lo preceden (Adán, Set, Enos, Cainan, Malalel, Jared), así como de los tres que le siguen (Matusalén, Lamec y Noé). El mismo número *siete*, correspondiendo al séptimo día del descanso iniciático, o Magisterio de la Gran Obra, ya de por sí indica un grado de *perfección* relativa logrado en aquel período, y por ende, un grado mayor de conciencia del Ser o Realidad Suprema.

Pero lo que más nos ilumina sobre el particular es el nombre de HENOC, que se traduce por “iniciado, dedicado, consagrado, maestro”. También son características las leyendas que a él se refieren, así como el Libro apócrifo que se le atribuye, y la misma importancia que generalmente ha tenido en la tradición semita.

No podemos tomar al pie de la letra la cronología hebrea, manifiestamente abreviada, según lo cual habría vivido sobre la tierra exactamente 365 años (entre el año 622 y 987 de la era supuesta de la Creación del Mundo). Sin embargo, ese número simbólico de la división de la revolución anual de la tierra por su rotación diaria también contribuye a diferenciarlo tanto de sus predecesores como de su descendientes. Sobre todo cuando se nos dice que no murió en realidad, sino que “caminó con Dios y desapareció porque lo llevó Dios” (Génesis, V, 24).

De acuerdo con la tradición masónica, que forma parte de la leyenda de este grado, estando Henoc sobre la cumbre del Monte Moria tuvo una sublime visión, en la que su conciencia fue arrebatada y llevada a los *nueve cielos*, en el último de los cuales pudo lograr el conocimiento de la íntima esencia o verdadera pronunciación del Nombre Sagrado. Volviendo a la *tierra* de la conciencia vigílica, quiso expresar esta visión en un recuerdo permanente e imperecedero. Así dispuso que se hiciera, debajo de ese mismo lugar, un Templo *secreto y subterráneo*, comprendiendo nueve bóvedas sucesivamente dispuestas una debajo de la otra, en las entrañas de ese monte. Transparente analogía que tiene su perfecta correspondencia micro-

cósmica en los mundos o visiones de la Realidad que se *abren* por medio de los centros dispuestos a lo largo de la espina dorsal.

Su hijo Matusalén fue el encargado material de la obra, aun cuando desconociera los motivos que tenía su padre para levantar ese edificio recordativo. No se menciona el contenido y destino especial de cada una de esas bóvedas o cuevas, en comunicación una con otra por sus aberturas superiores o por una escalera de caracol. No debieron, empero, estar vacías, tampoco simbólicamente, y es de presumir que se refirieran a distintas etapas o épocas de la humanidad, simbolizadas por los mismos patriarcas.

La última de ella es, sin embargo, la que en este grado absorbe toda la importancia, de manera que las anteriores tan sólo constituyen el camino que se necesita atravesar para llegar a ella, en lo más profundo de la montaña. Es ésta el penetral o santuario más secreto en el que Henoc quiso depositar su más valioso secreto iniciático, para las más iluminadas épocas venideras, ocultándolo a sus mismos directos descendientes.

EL TEMPLO SUBTERRÁNEO

La Verdad —el Tesoro Inefable e imperecedero que buscamos— no se encuentra nunca, pues, en la superficie, sino que constituye la *esencia profunda* de todas las cosas. Para reconocerla, necesitamos penetrar en sus entrañas, debajo de las sucesivas capas o apariencias disorías de las que se reviste la íntima y Eterna Realidad, en las contingencias del tiempo y del espacio.

Habiendo llegado al último anillo de sus lógicas conclusiones, no debe el buscador de la Verdad poner aquí las columnas que marcan el *non plus ultra* de las humanas posibilidades de conocer y saber. Sino que necesita asir y pegarse a ese anillo con toda sus fuerzas, y tratar de levantar por medio de él la pesada piedra que cierra y abre la puerta del Misterio, que es la Realidad misma.

La Piedra Clave del Arco, formada y substanciada por nuestro desarrollo moral e intelectual, suma de nuestros pensamientos, creencias, deseos y aspiraciones, se ha hecho ahora el escotillón de la Bóveda que es preciso *levantar* para poder penetrar en ésta, y hallar así la revelación que siempre nos espera, en la justa y perfecta madurez de los tiempos. Revelación que nuestras creencias y conceptos ordi-

narios y materiales, dominados por la doble ilusión y contraste entre lo objetivo y subjetivo, precisamente nos ocultan.

Trepando, por medio de nuestros esfuerzos mentales, hasta la cumbre del monte de la *abstracción* —el monte Meru o Moria— podemos llegar a la mística visión que el mismo nombre del monte simboliza. Pero el logro de esa visión, como el viaje de Occidente a Oriente, es tan sólo una parte de nuestra finalidad: la visión alcanzada sobre la sumidad de esa elevada facultad racional ha de ser después traducida y expresada en los términos de nuestra conciencia e inteligencia terrenas, para que tenga un valor permanente y sea una conquista realmente efectiva.

De aquí la necesidad de *construir dentro de nosotros* —a semejanza de Henoc— el Templo Subterráneo en el que encerramos y guardamos, para nuestros propios regresos terrenales, el recuerdo, testimonio y síntesis de la misma visión trascendente, haciéndose además semilla de una vida renovada, dedicada a su perfecta expresión.

Las nueve bóvedas en correspondencia con los nueve cielos son, en nuestro organismo, los *centros* dispuestos verticalmente a lo largo de la espina dorsal —siete o nueve, según el modo de contarlos—, en correspondencia con las nueve etapas concéntricas de nuestra personalidad. En cada uno de ellos hay para nosotros una revelación particular de la Realidad.

Pasando de su significado microcósmico a la realidad objetiva, el Templo de Henoc parece indicar y sintetizar en sí todos los templos subterráneos o hipogeos, muchos de los cuales existen todavía, y no pocos esperan ser descubiertos, para revelarnos lo que ignoramos del largo progreso humano, tanto en las épocas de la historia conocida como en la prehistoria desconocida. Algunos de estos milagros endotectónicos pueden admirarse en la India. Pero la leyenda de este grado se refiere principalmente a los que quedan todavía relativamente inaccesibles, que son los que guardan el recuerdo auténtico de las pasadas civilizaciones, esperando que llegue la hora en que pueden y deben aparecer ante los hombres.

La misma palabra *templum* tiene su etimología más probable en la raíz *tama* o *teme*, de donde el sánscrito *tamas* y el latín *tenebrae*, *tenebrae*, que tienen el mismo sentido de oscuridad, significando "lugar oscuro", lo cual puede referirse tanto a las grutas o hipogeos como a los bosques sagrados. Todo templo conserva y refleja algo de ambos elementos, de los que representa la natural evolución.

LA PIEDRA CÚBICA

Descendiendo a las entrañas o *infiernos* del Monte de la Revelación, encuentra el Iniciado el místico tesoro que para él se conserva a través de las edades, al que también se hace alusión en el Cap. II del Apocalipsis: "Al que venciere daré a comer del maná oculto, y le daré una piedra blanca, y en la piedra un nuevo nombre escrito, el cual no conoce (por su calidad de *inefable*) sino aquel que lo recibe"

Una vez más encontramos la Piedra Cúbica, símbolo del grado de Perfección que el Iniciado logra realizar, bajo la forma nueva de un Cubo de Ágata transparente y luminoso, que lleva incrustado indisolublemente el Delta Sagrado, como elemento central y más importante del Tesoro de Henoc. Piedras análogas o semejantes, a las que se atribuye valor sagrado, las encontramos con frecuencia en la Biblia y en las demás tradiciones religiosas, desde la que sirvió de altar a Adán a la que hizo de almohada a Jacob, cuando tuvo el sueño de la Escala. Moisés se habría llevado esta piedra de Egipto, y la misma u otra semejante habría sido puesta en el Templo de Salomón, para sostener el Arca en el *Sanctasantórium*. Desde los *linga* consagrados a Shiva, de los que hay todavía muchísimos en la India, a las *hermas* del mundo helénico y romano. Desde las piedras sacrificiales de todas las religiones antiguas a la piedra sagrada en la Caaba de La Meca.

Una de las versiones de la Palabra de Pase del Compañero, que se usa también en este grado, es *seibo lithon*, o sea "honro la piedra", igual a lo que hizo Jacob al ungir y adorar la piedra mencionada, generalmente símbolo de la misma Tierra o Madre Divina, cuya Sabiduría Geométrica está representada por la forma cúbica, a la vez que el ágata hace patente la hermosura que refleja su innata pureza.

Como *obra* intrínsecamente perfecta, debido a la igualdad y simetría de todos sus ángulos rectos y de sus doce aristas, la Piedra Cúbica es, sobre todo, emblemática de toda *perfecta y adecuada realización*, síntesis natural de todo lo que puede hacerse, conseguirse y efectuarse, tanto en el mundo material como en el mundo intelectual y moral, en un campo puramente espiritual, o bien social y político. Por la misma razón, sirve de zócalo o pedestal apropiado a las demás obras, desde la columna a la estatua, así como de piedra fundamental o angular de todo edificio, para el que sirve de cimiento y simiente.

Identificándose con el ara, dentro de la Logia, se hace emblema-

tica de la Tradición, que coloca encima de ella el Libro Sagrado; y sirve de base sólida y permanente para todas las aspiraciones y anhelos que, como Llama Sagrada, arden y se proyectan en el *punto geométrico* que, como vértice de una pirámide virtual, la corona.

Para nosotros, los masones, la misma Piedra Cúbica sigue siendo sobre todo el emblema perenne de esa *perfección individual*, eternamente ideal e inasequible, que constantemente se persigue y requiere, y que a la vez continuamente se eleva ante nosotros, como la cumbre de un Everest, cercana y lejana a la vez. La Perfección que está en nosotros, como el Delta que revela la pureza adamantina del ágata, con el Verbo que es otro emblema de la misma. Y las nueve bóvedas que es preciso atravesar representan las capas sucesivas, exteriores e interiores, de nuestra propia personalidad.

Con esta piedra cúbica, en lo más íntimo de su ser, se identificará el Candidato en su propia *individualidad*, habiendo previamente reconocido su propia *personalidad* en la Piedra Clave, y su inteligencia en el escotillón de la bóveda.

EL DELTA SAGRADO

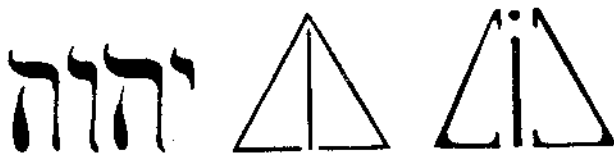
Lo que en este grado diferencia el símbolo por demás familiar de la *piedra cúbica* es, primeramente, según lo hemos anotado, la materia purísima, transparente y luminosa que lo constituye; y después, el Delta de oro incrustado en su cara superior, con la que se identifica, como realización cuaternaria o tetrágona del *ternario*, expresión de la Tétrada Divina o Tetragrama.

El oro, emblema de perfección e incorruptibilidad —aun cuando la perversión humana lo haya prostituido en su por demás legítimo empleo como patrón monetario, hasta su práctica desaparición—, representa la *materia prima* en que se expresa la Suprema Trinidad, reflejo o polarización relativa de la Esencia Una. Lo cual se halla indicado por las piedras preciosas que en el Delta deletrean el Nombre Sagrado.

Cuál sea realmente este último, y cuál la lengua en que más fielmente se expresa como PODER inherente en el mismo sonido —de aquí la importancia de su correcta pronunciación— es cuestión puramente secundaria. Así como los hindúes, desde tiempos inmemoriales, lo expresaron en el Pranava —la Palabra *perdida* por los demás pue-

los indoeuropeos—, así igualmente los pueblos semitas lo expresaron a su vez en diferentes formas, monosilábicas, bisilábicas o trisilábicas.

Lo que, para nosotros, tiene más importancia es que el Delta mismo constituye su natural expresión *geométrica*, lo cual puede aplicarse tanto al Pranava hindú como al Tetragrama hebreo.



Los tres vértices del triángulo equilátero, en correspondencia con los tres puntos masónicos, son, pues, las tres letras del mismo *tetragrama* o Tétrada Sagrada, según la expresión pitagórica, que siguen a la primera (el punto o *yod* central) y la manifiestan en las tres direcciones, representando las tres dimensiones del espacio que se encuentran en cada uno de los ocho ángulos triedros del cubo.

La letra primera y central, en correspondencia con el *centro* del triángulo (en que se encuentran las tres líneas perpendiculares a sus lados, dividiéndolos igualmente a la vez que los ángulos opuestos), es también la única que el Maestro Secreto llega a conocer y reconocer, y que por otra parte resume en sí las otras, que nacen de su prolongación y amplificación. Es como el punto que contiene potencialmente las tres dimensiones y todo el espacio, así como el Ser comprende y es toda su creación. Es la Unidad *absoluta y total*, de cuya aparente división y diferenciación nace la multiplicidad relativa, comparativamente imperfecta y ficticia.

La línea perpendicular que pasa por ese Punto, juntando el vértice del triángulo con su base, es la línea vertical de todo crecimiento y evolución, juntando el Cielo con la Tierra y la Tierra con el Cielo: el *Vau* que se halla en medio de las dos *Hes*. Es la actualidad que procede del Pasado y manifiesta el Futuro, así como toda Acción se halla interpuesta entre la Causa y el Efecto, siendo a la vez la una y el otro.

A su vez, tanto el Pasado como el Futuro y la Causa como el Efecto, las dos mitades de todo organismo simétrico como de toda experiencia humana, son las dos partes complementarias y relativas de la Unidad que las trasciende, contiene y completa; los dos aspectos

opuestos y necesarios de toda existencia relativa que acompañan y delimitan, como el nacimiento y la muerte, el placer y el dolor, la inspiración y espiración en la respiración, la circulación arterial y venosa de la sangre, los procesos anabólicos y catabólicos que integran todo metabolismo. Y, en la amplitud del Cosmos, las dos tendencias centrípeta y centrifuga que producen y sostienen la gravitación, la involución y la evolución, la creación y disolución de todo universo.

Estas son las que expresan en la Palabra —verdaderamente *cósmica, natural y sagrada*— las dos letras iguales que se alternan con las dos desiguales para formarla, así como los dos ángulos y lados laterales del triángulo equilátero que geoméricamente la representan.

LAS TRES CABEZAS

Los mismos cabalistas han tratado de representar geoméricamente el Nombre Sagrado por medio de tres círculos o tres cabezas. Podemos identificar estas últimas con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, o sea las *tres personas* que integran la Divinidad según la teología corriente, formando conjuntamente *un solo Dios*, del que necesitan ser *aspectos, expresiones y cualidades*.

El Padre corresponde así como el Pasado, o con la Eternidad Inmanente y Creadora, Brahma en el Induismo; el Hijo con el Eterno Presente o Visnú, Conservador y Procreador, quien, sentado *a la derecha*, constantemente lo revela en actualidad, haciendo *Su Voluntad*; el Espíritu Santo con el Futuro o Destino y Finalidad inherente en toda cosa, y en la Creación en su conjunto: Siva, el Eterno Destructor y Renovador, o sea la *perfección y cumplimiento* de toda cosa.

Los tres son, pues, efectivamente *uno solo*: la Eternidad Omnipresente, Omnisciente y Omnipotente, representada por el Punto Central, el Yod primigenio, expresándose ciclicamente, según lo muestra ese otro símbolo de la Serpiente mordiéndose la cola y tragándose incesantemente a sí misma. La *unidad* inherente en la Trinidad del Tiempo, así como en el Ternario Causa-Medio-Efecto, y en todos los demás ternarios y trinidades.

Un concepto análogo nos lo presenta la Rueda de Ezequiel, con sus cuatro animales de manifiesto origen zodiacal, formando una Tétrada o *tri-unidad*: la fecundidad taurina, imagen del Pasado Crea-

dor, y la voracidad leonina, representando el Futuro Destructor; el Águila con sus alas extendidas encima de ambos, significando el Presente que se extiende entre uno y otros; y la Cabeza Humana o Angélica, indicando al Ser y a la Eternidad. de los que todo procede en su existencia relativa y actual.

EL PEDESTAL TRIANGULAR

El Cubo de Ágata está sostenido por un pedestal de sección triangular, representando obviamente la misma Trinidad que constituye la base natural de toda manifestación y realización. Cósmicamente podemos ver en ese ternario el de los tres dioses paganos Urano, Saturno y Júpiter, representando respectivamente el Espacio, el Tiempo y la Energía, sobre los cuales el Universo entero, simbolizado por el Cubo, está levantado y descansa, como en sus cimientos naturales.

Desde el punto de vista humano, esa trinidad puede considerarse representativa de la Idea o Pensamiento, de la Voluntad, determinación o propósito que actualiza la Idea, y de la Acción, Actividad o Trabajo que se necesita para su realización. Así como la idea o pensamiento procede necesariamente del pasado y de su experiencia, la voluntad o determinación necesita estar constantemente presente; así, igualmente, toda acción y actividad dará sus frutos realizándose en el futuro.

De la misma manera es cada hombre *hijo* de su propio pasado evolutivo, y a la vez *padre* del porvenir que lo espera, tanto en relación con esta existencia como también con las que la precedieron y las que tienen que seguirle, en una cadena ininterrumpida.

Desde este punto de vista, Saturno es entre las divinidades aquel que más especialmente se relaciona con el *pasado* del hombre, sus herencias y las deudas contraídas en aquél. Júpiter, de la misma manera, representa el juicio y la conciencia que reinan en el presente y lo gobiernan; y Apolo, hijo de Júpiter, es la facultad profética de su porvenir, el que planea, prepara y profetiza.

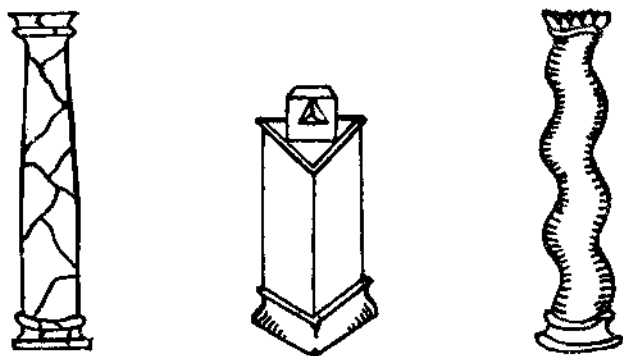
En este mismo orden de ideas, el pedestal triangular sosteniendo la Piedra Cúbica nos recuerda el Trípode Profético, también representativo de la consciente correlación de los tres tiempos, permitiéndonos augurar al porvenir, como hizo de la presente elección, así

como del determinismo, hasta cierto punto inevitable, de nuestro pasado olvidado.

Nuestro poder de elección actual es, pues, teóricamente libre, pero necesariamente limitado por nuestra visión y discernimiento, así como por los deseos e impulsos y por nuestras aspiraciones ideales, que nos empujan en dos distintas direcciones: aquéllos amarrándose al pasado y éstos encaminándose hacia un porvenir de constante renovación y superación.

LAS DOS COLUMNAS

Considerando ese mismo Pedestal como representando el tiempo en la triplicidad de la inmediata experiencia —es decir, como el Ayer, Hoy y Mañana—, el Pasado y el Porvenir, alejándose de aquél, se



hacen las dos Columnas, de mármol la primera, hecha de múltiples pedazos, estando bajo el dominio de Cronos o Saturno; de cobre la segunda, que analógicamente corresponde al señorío del dios solar y musageta.

Desde un punto de vista más profundo, en el pedestal se halla simbolizada nuestra presente existencia terrena —que es como un día en la Eterna Existencia del Ser—, en la que nuestros esfuerzos se

dirigen en progreso vertical hacia el Ideal de Perfección que representa la Piedra Cúbica y la Realización Espiritual significada por el Triángulo con el Nombre del Ser. Y las dos columnas que lo flanquean están allí para recordarnos la una y ofrecernos la otra el miraje profético de nuestras pasadas y futuras existencias.

La *pedra* como material simboliza aquello que no puede ya ser cambiado o modificado, sino únicamente adaptado y aprovechado: así pasa, en efecto, con el conjunto de nuestras experiencias y vidas pasadas, que particularmente representan los distintos pedazos de esa Columna. De ella emana la Ciencia, eminentemente *analítica* en su carácter y naturaleza, descansando sobre el Empirismo, que a su vez se apoya en la diaria experiencia. Representa, por lo tanto, también el conjunto de lo que hemos aprendido y *sabemos*, o cuando menos creemos saber, así como aquello que en nosotros se ha *grabado*, especialmente en el dolor. Es, así, el índice de nuestra interna madurez, del grado de Sabiduría que hemos alcanzado, a raíz de una *saturación* de experiencias. Y también es la *materia prima* indispensable para extraer de ella, con su elaboración en distintas fases sucesivas (que serían las sucesivas existencias), la *piedra filosofal* , cuya proyección pueda convertir en oro (o valores espirituales) nuestras futuras posibilidades.

El *metal* que compone la otra columna analógicamente indica la *plasticidad* del futuro, subrayada por su distorsión espiriforme. En el crisol de nuestra diaria existencia modelamos, pues, continuamente, el fluido metal, que es la *substancia* de nuestro porvenir, extraída con el Fuego de la Vida de la PIEDRA cristalizada por la experiencia pasada, que lo contiene, oculto en su estructura molecular. Las infinitas formas que ese metal puede tomar representan de la misma manera particularmente las futuras existencias, cada una de ellas determinada en su estructura por el molde que forjan nuestros presentes pensamientos y acciones. Cada uno de éstos es un Ángel que despedimos para la acción de la Gran Ley Causativa.

Así como la primera columna corresponde a la Ciencia, que descansa fundamentalmente en la experiencia del pasado, así igualmente la otra representa el Arte, esencialmente dirigida hacia el Porvenir que profetiza, modelando las posibilidades plásticas latentes en nuestro Ser. Ambas son también emblemáticas del Arte Real en sus dos aspectos complementarios, simbólico y filosófico: en la primera se

sintetizan los edificios hechos de piedras labradas y ajustadas, sobrepuestas la una sobre la otra, utilizando para cementarlas la misma Fuerza de Gravedad; y también la Construcción Orgánica hecha de múltiples células y tejidos que se renuevan incesantemente y que, con su esfuerzo coordinado, también se sobreponen a esa Ley, utilizándola para superarla.

En cuanto a la columna metálica, simbólica de las cualidades morales, contiene y funde en una sola substancia el plomo de la Prudencia con el hierro de la Fortaleza, el estaño de la Justicia con el cobre del Amor, amalgamando en el azogue de la Templanza también la plata de la Esperanza con el oro de la Fe.

Así consideradas las dos columnas, nos presentan en forma nueva y nos repiten la alegoría de Jano bifronte: la *puerta* de todo progreso o transición presente del pasado al porvenir. La Tradición del pasado fecundando, inspirando y sosteniendo la actividad presente, sobre la que, a su vez, descansan las áureas posibilidades del porvenir.

EN LA LUZ DE LO ETERNO

La presencia comprensiva de ese Tesoro Iniciático en que se unen y entrelazan íntimamente el Presente con el Pasado y el Porvenir, abre a nuestra conciencia el sentido de la Eternidad, que no es otra cosa sino el Presente mismo magnificado y extendido, y el Tiempo Integral que cesa de ser fraccionado en distintas duraciones sucesivas.

En esa *verdadera luz* percibimos que todo lo pasado permanece actualmente presente en sus multiformes producciones actuales, así como el futuro está potencialmente contenido en el presente: los tres constituyen, en verdad, un mismo Presente Eterno.

Esta Luz de la Eternidad, con la comprensión de su sentido, es, pues, la única que puede aclarar la Cripta o Bóveda Secreta, haciéndonos manifiestos el valor y la portada del Místico Tesoro que en ella se encierra para todas las edades: la herencia incorruptible de todo el pasado, que es a la vez la *potencia* o raíz de todo porvenir.

Todo progreso humano, real como ilusorio, descansa en la experiencia, tanto positiva como negativa, de las generaciones pasadas, así como prepara y allana el camino de las realizaciones futuras. Nuestra misma raza y civilización actual son no sólo producto y resultado de

las razas y civilizaciones humanas que las precedieron, sino también su reencarnación; y, de la misma manera, labran y preparan el porvenir que nos espera.

En la misma Luz de lo Eterno, todo cambia en su aspecto, forma y color, así como en su significado y valor. Lo que con la experiencia y conciencia ordinarias puede parecernos vulgar y baladí, se nos revela como oportunidad espiritual y Esencia Divina. Lo que anteriormente, a raíz de nuestra perspectiva ilusoria, nos parecía de grave y dramática importancia, se resuelve en una pequeñez insignificante, en una pajueta que se lleva la Rueda del Tiempo en su ritmo voraz.

Temores y preocupaciones, dolores y pesares, la infelicidad y el gozo, los placeres, satisfacciones y conquistas que podemos haber anhelado, quedan disueltos y se desintegran en la nada, delante de esa Shekina o Luz Sagrada, que es la misma Presencia o Conciencia de lo Real. En ella, a la vez, olemos y respiramos un perfume sin igual: es el Olor de la Eternidad, el Bálsamo Benéfico de la Inmortalidad, que tiene el poder de sanar milagrosamente todas nuestras heridas y dolencias.

Es, en suma, una experiencia que nos *renueva* en nuestras más íntimas fibras, por cuanto es Comunión íntimamente sentida y realizada con la Vida Eterna del Ser Omnipotente, que nunca tuvo principio y jamás puede fenecer. Ante ella nuestro *metal* se refina y transforma, como si fuera delante del Soplo Vital de su Divino Artífice: casi nos parece que nunca hemos sido realmente, y que tan sólo ahora *somos* de una manera efectiva y real, pues una nueva dimensión se ha abierto en nuestro fuero íntimo.

LA ESCALERA DE CARACOL

Volviendo a la vida ordinaria de los sentidos y de la actividad física, no podemos menos que llevarnos, algo palidecido, el recuerdo de la mística experiencia, que, por otra parte, ha elevado la tonalidad dominante en nuestra personalidad. Esto viene simbolizado en el ritual por el transporte de los objetos sagrados hallados en el penetral más profundo del templo de Henoc.

Providencialmente se encontró allí la escalera de caracol por la cual les es dable subir a los candidatos para esa nueva iniciación hasta

donde les permita la extensión de la cuerda con nudos que hayan traído. La escalera de caracol, que pertenece a este grado mucho más que al de Compañero, es un emblema evidente del progreso evolutivo que constantemente se realiza según la línea espiral que combina el movimiento cíclico con la verticalidad propia de toda ascensión. Todos los seres progresan, efectivamente, según esta línea espiriforme, a la que también obedece el movimiento de los planetas y de las estrellas, combinando su propia *revolución* con la *traslación* del sistema al que pertenecen.

Esa línea denota nuestro progreso en infinitos grados, escalones y encarnaciones, desde la inconsciencia elemental a la Conciencia Divina o Cósmica, pasando por la subconsciencia mineral vegetal, la consciencia animal y la autoconsciencia humana, mental y espiritual. Y según la misma línea también sube, en nuestra organización psicofísica, desde su estado latente, enroscado en el mero centro de gravedad de nuestro vehículo físico, el Fuego Vital y Sagrado depositado en sus profundidades *minerales* o *infernales*, al igual que en la fuerza cohesiva de la estructura atómica.

Llegados en nuestro esfuerzo en busca de la Palabra —*perdida* con el pecado original— al punto más bajo de la materialidad, aquí justamente encontramos la crítica experiencia que nos muestra cuál sería realmente la verdadera Palabra de Vida. Sólo nos resta, pues, subir nuevamente, para traer como precioso tesoro aquello que en esas profundidades hemos hallado.

LA CUERDA CON NUDOS

Además de la escalera de caracol, cabe en este grado un uso especial de la Cuerda con Nudos que no estaba contemplado en los simbólicos.

Se humaniza la misma, al tomar el lugar de la plomada, para indicar el ascenso, por medio del esfuerzo gradual en etapas sucesivas, a través de las Siete Bóvedas o Grandes Iniciaciones, con las que se alcanza la plenitud del Magisterio en el dominio de la Luz.

Donde se termina el alcance de la escalera es donde también acaba la evolución pasiva o semipasiva, obra principal, cuando no exclusiva, de la misma Naturaleza, por medio de las sucesivas Oleadas de Vida. Ese impulso evolutivo, prevalecientemente subconsciente, se

termina en el hombre en la etapa que justamente simboliza el *pecado original*, cuando comienza el dominio de la Autoconciencia, con la capacidad de elegir y el libre albedrío que la acompañan, y que se van manifestando sucesivamente según se desarrolla su Discernimiento

Desde aquí el hombre ha de subir siempre más por sus propios esfuerzos, según crece y se desarrolla con el ejercicio y la madurez del alma su capacidad de hacerlo. Esa subida laboriosa que se efectúa dentro de la misma conciencia, renunciando a todas las ilusiones para buscar lo Real, es muy semejante al ascenso trabajoso de Johaben, Stolkin y Zerbal, con la mera fuerza de sus brazos, hasta la apertura superior y exterior de la bóveda. Únicamente pueden ayudar a ese ascenso aquellos iniciados que ya se encuentran arriba, tirando de la cuerda que los lleva. Así pues, todo Iniciado que suba hará más fácil el esfuerzo para quienes vayan tras él.

También es emblemática esa cuerda con nudos de la *cadena lógica* por la cual nos remontamos de la observación de los efectos visibles a sus causas invisibles, hasta que llegamos a coordinar en la Unidad de nuestro conocimiento, o bien en una Ley Única, nuestras diferentes experiencias. Así como el hilo de Ariadna guió a Teseo a salir del complicado Laberinto, así también el hilo de nuestra comprensión de lo Real nos guía por el camino intrincado que atraviesa las regiones de la Ilusión.

Finalmente, indica esa misma cuerda con nudos el hilo de oro o rayo de nuestra propia Conciencia Individual que atraviesa y une —como Principio Permanente dentro de la Eternidad— las distintas personificaciones o personalidades en las que aparece y se manifiesta sucesivamente, en la contingencia del tiempo, la Inmanente Realidad del Ser.

SÉPTUPLE PURIFICACIÓN

El iniciando de este grado tiene que sufrir una tríplice purificación, en la que entran siete elementos fundamentales y dos accesorios: el Agua y el Fuego, como elementos básicos, a los que se unen como accesorios la Sal y el Incienso; y los cinco que integran la *mezcla*, es decir, el vino, el aceite, la miel, la leche y la harina.

Corresponden los primeros, con sus dos complementos, a los fami-

líares principios herméticos de la Sal y del Azufre: el Principio Solar, Eléctrico y Masculino que produce la Fuerza Centrífuga, y el Principio Lunar, Magnético y Femenino, que se hace manifiesto como Fuerza Centrípetas. En cuanto a la Mezcla, es el Mercurio mismo, o sea el estado todavía indiferenciado *procreador* (Prakriti) de los cinco elementos inferiores, impropriamente llamados *tattwas*, nombre genérico de las Realidades o Esencias que se hallan detrás de toda apariencia y experiencia.

La primera purificación es el bautismo por el Agua, en correspondencia con la ceremonia de inmersión en un río sagrado —como lo fue el Ganges mucho antes que el Jordán—, inmersión que fue después substituida por un simple rocío. Así lo practicaban los antiguos pueblos itálicos, al igual que lo que hizo después la Iglesia Católica, que revistió el espíritu originario del Cristianismo con los usos, costumbres y ceremonias paganos, con los que substituyó la práctica de la circuncisión que prevalecía entre los pueblos semitas.

En relación con la historia de la humanidad y con las tradiciones de este grado, recuerda esta ceremonia los cataclismos hídricos tríplicemente representados por el Diluvio Universal, la submersión de Atlántida y el pasaje del Mar Rojo, que con el Agua y la Sal lavaron la tierra manchada por los pecados de esa Raza Humana que precedió directamente a la nuestra, cuyos supervivientes, semilla de la humanidad venidera, también emergieron purificados por el líquido elemento.

Esa propiedad de limpiar el pecado original que la Iglesia atribuye el bautismo, conectando éste con el de Jesús por Juan, se relaciona más bien con la mancha o pervertimiento que las tradiciones más antiguas atribuyen a la humanidad prediluviana. Y la misma purificación por el Agua que, según el rito esenio, practicaba Juan el Bautista, indica claramente que se trata de una costumbre bien anterior a la ceremonia después monopolizada por las Iglesias Cristianas.

En cuanto a su significado iniciático individual, esta purificación o bautismo por el Agua representa la *negación o detersión de los errores*, así como de las ilusiones y falsas creencias que, como un diluvio que sigue causativamente al pecado de la humanidad primitiva, ahoga a sus descendientes en el olvido de las anteriores civilizaciones, al igual que en la ignorancia de su Divina Esencia.

A semejanza del pasaje del Mar Rojo, de la salvación por medio del Arca Noaquita, así como del Arca Ideal que toda Iglesia quisiera ser para sus fieles, el acto de emerger de las aguas purificadoras —que

pueden igualmente referirse al Leteo como al Mar Rojo y al Ganges como al Jordán— *hace* al verdadero pueblo elegido de los Iniciados, que, sin embargo, deberá demostrar tal cualidad por medio de la sucesiva prueba o bautismo por el fuego.

EL FUEGO VIVIFICANTE

La segunda purificación —el bautismo propiamente crístico— es la del Fuego, o sea del Espíritu Vital y Vivificante de la Verdad, que difunde los aromas de la Santidad Filosófica en el aire mental de la Inteligencia, previamente sometida a la ablución lustral por el elemento femenino y negativo, que representa la *negación de lo irreal*. Únicamente, pues, cuando haya sido anteriormente purificado por las lluvias se nos presenta el aire en su más diáfana claridad, reflejando perfectamente la luz del Sol, a la vez que despejando el horizonte, según aparece especialmente cuando se lo observa desde una altura.

Así como, habiendo atravesado el Mar Rojo, fueron los israelitas conducidos al desierto, en donde la Divinidad se presentó a Moisés como Fuego Sagrado, así también Jesús, después de recibido el bautismo en el Jordán, "fue llevado del Espíritu al desierto", recibiendo, con la preparación conveniente de un ayuno prolongado, aquella iluminación que, "como lenguas de Fuego", descendió después sobre sus discípulos, en los días de Pentecostés. De manera que éstos "fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen".

Aquí se define el significado verdadero de la segunda purificación o Bautismo Crístico del Fuego. Al igual que la precedente purificación por el Agua, este Bautismo Igneo tiene un doble valor: histórico e iniciático-individual. Además de referirse a los acontecimientos de un lejano pasado, como la destrucción de Lemuria —simbolizada en la de Sodoma y Gomorra, como también en el mito de la Gigantomaquia—, por efecto de la perversión del *fuego vital*, que arrastró a la humanidad de entonces fuera del dominio edénico que vio su nacimiento, tiene para nosotros un sentido profético, relacionándose con ese futuro que se encuentra alegóricamente descrito en el Apocalipsis, del que deben esperarse cambios radicales en las condiciones de la vida terrestre y humana.

Iniciáticamente, este mismo Fuego representa la afirmación, el descenso y el establecimiento de la Divina Verdad en nuestra conciencia, que complementa el lavacro anterior *libertador* de sus errores y falsas creencias, que la hacían esclava en el Egipto de la Ilusión. Con la Verdad recibimos el verdadero *bautismo de fuego*, o sea la radical purificación que nos hacía falta, abriéndose nuestra mente a la influencia del Principio Superior, justamente simbolizado por el Fuego, el único que puede manifestar el Reino de los Cielos sobre la tierra.

En el simbolismo pagano, este segundo bautismo nos trae a la mente la Fuente Sagrada de Mnemosina, la que nos brinda el recuerdo divino de nuestro Ser Real —recuerdo éste que se identifica con la justa y perfecta pronunciación de la Palabra Sagrada. Este recuerdo de la Patria Celestial del Ser es también el *fuego* que Prometeo trajo sobre la tierra como testimonio imperecedero de su ascensión al Olimpo, transformándose en el fuego devorador del remordimiento, toda vez que, en el pensamiento o en la acción, nos alejamos de esa Conciencia de lo que *somos* en Realidad y Verdad.

LA MEZCLA

Así como el Agua y el Fuego pertenecen a todas las iniciaciones dignas de este nombre, caracteriza especialmente este grado el uso de una *mezcla* que los complementa, llevando a cabo la tercera ceremonia purificadora. Puede esta mezcla variar, en sus elementos componentes, según los ritos —cuando éstos no la olviden por completo—, pero tratándose de una purificación esencialmente *interior*, necesita estar compuesta de sustancias alimenticias, representando, de una u otra manera, la alimentación básica y familiar del hombre de todos los tiempos. La harina y el vino son sus componentes esenciales, a los que conviene añadir otros tres líquidos muy distintos: el aceite, la miel y la leche.

La primera, sustancia sólida análoga a la cal, representa la materia nutricia que la planta elabora y acumula en la semilla, para el uso del embrión en su germinación y desarrollo, mientras sus hojitas verdes no le permitan producirla directamente. Es el símbolo del Pan de la Verdad, y como tal relaciona nuestras ceremonias con los Misterios de Isis y los de Eleusis, que lo representaban con la espiga de Trigo.

De la misma manera, el vino nos recuerda los Misterios Dionisíacos, a la vez que la tradición noaquita y el *soma* de los arios de la India, representando el *amrita*, la bebida celeste de los inmortales. Es el *espíritu vivificante* de la Vid, emblema de la Vida misma, y particularmente de la Vida Universal de la Naturaleza y del Espíritu que la compenetra y anima, para revelarse en la evolución de la Conciencia. Tanto en los Evangelios como en el mito anterior de Dionisio, y posteriormente entre los místicos del Islam, encontramos muchas alusiones al Vino y a la Vid, representando la Vida Divina y el éxtasis espiritual.

Pero la uva es, además, simbólica del *fruto de los árboles*, base ideal de la alimentación humana, conteniendo los elementos vivificantes de la Naturaleza, con la glucosa substituyendo al almidón de las semillas de los cereales, y por lo tanto en una forma más refinada y asimilable que en los productos de aquéllos.

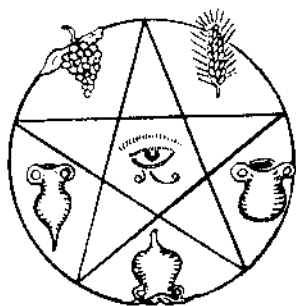
El aceite, usado para condimentar, es a su vez el alimento concentrado que producen algunos frutos y semillas, como la clásica aceituna, y también, en forma de esencia, otras pulpas vegetales, tal que por su cualidad puede conservarse indefinidamente. Es un símbolo de paz y abundancia, además de un elemento de vigor y resistencia, alimentando el Fuego de la Vida, al igual que el de los sacrificios y las lámparas votivas. Se le asocia naturalmente con el cuidado y la vigilancia de las Vírgenes Sabias, así como con la *unción* de los reyes, caballeros y sacerdotes. También nos recuerda la tradición de las vestales, así como favorece el alivio y la curación de las heridas, quemaduras y algunas enfermedades. Es, por tales razones, el *elemento central* de la mezcla.

La miel que las abejas elaboran con el néctar de las flores, en cuya labor sacrifican su entera existencia, es comparable con el aceite, como alimento concentrado y saludable. Simbólicamente podemos ver en ella la Sabiduría que se destila de las muchas experiencias de la vida y es el fruto maduro de la humana existencia: así encontramos nuevamente la Unidad de la Vida Espiritual, que nos parecía haber muerto o haberse perdido en la infinita multiplicidad y diversidad de la existencia o de la creación cósmica. Se relaciona, por lo tanto, con los misterios de Osiris y los de Orfeo, demostrándonos que la vida esencialmente es mucho más *cooperación* que lucha, por cuanto la misma lucha necesita ser sostenida por la cooperación que en ella se desperdicia. Su *dulzura*, que se acompaña con la maduración de

todas las experiencias, es también simbólica de ese íntimo sentimiento de *armonía* con la vida y la naturaleza en sus expresiones constructivas.

Finalmente la leche, como el primer alimento que nos brinda el amor materno, nos recuerda nuestra infancia y nacimiento en estado de completa impotencia, así como también el amor maternal de los Maestros que nos guían en la Senda de la Luz y de la Sabiduría. También simboliza todos los cultos y misterios que tienen como objeto la Madre Divina en sus distintas formas, ya se trate de la Isis egipcia o de la Istar babilónica, de la Astarté o Astaroth semítica, de Venus, Diana o Deméter, la *bona dea*, de la Kali o Durga índica, de la Divina Sophia de los gnósticos o de la Virgen María cristiana.

En ella, pues, se concentran la dulzura de la miel y la mansa fortaleza del aceite, el poder vivificador del fruto de la uva y la substancialidad de la semilla de trigo.



EL CEMENTO UNITIVO

Alegórica del cemento o argamasa, pero a diferencia de éstos compuesta de elementos orgánicos, debido a su aplicación humana, la mezcla representa la síntesis que el discernimiento de la Verdad obra en nuestra mente, sobre la base de las percepciones que provienen de los cinco sentidos.

Entre ellos el *tacto* corresponde evidentemente a la barina, puesto que con él se hace palpable el estado de división o concreción de los distintos cuerpos. El vino corresponde a la *vista*, cuya percepción

es más continua y comprensiva, y como tal se opone a la discontinuidad característica de la percepción táctil y la complementa: por su medio, también, principalmente, reconocemos los frutos en sus especies, cualidad y madurez.

El aceite, de la misma manera, simboliza la percepción auditiva, por ser entre todos el más sensible a las vibraciones sonoras, cuyas olas penetrantes se nos adhieren en forma semejante, sin que podamos rechazarlas, como hacemos con los demás sentidos. La miel representa el *olfato*, dado que por medio de éste principalmente se guían las abejas para buscar y reconocer el néctar de las flores que la componen. En cuanto a la leche, es igualmente evidente su analogía con el sentido del *gusto*, por ser el primer alimento que lo despierta y estimula.

De este complejo de la percepción y recepción de los estímulos sensorios es que nace nuestro conocimiento del mundo que nos rodea, y por medio de la aplicación inteligente de esa Mezcla Filosófica se levanta el edificio individual y colectivo del Saber, en sus tres aspectos: *empírico* o subjetivo, *científico* u objetivo, *trascendente* o metafísico. Son éstos, pues, tres grados sucesivos de SÍNTESIS, que nos dan respectivamente el conocimiento de los hechos y de las razones y relaciones primarias entre las cosas, de las leyes naturales y del mecanismo universal de la causalidad, y por último, de los Principios y Realidades Primeras de los que todo se deriva en su continuidad y correlación universal.

Con esta mezcla, con la que se humedecen la frente, la nariz, las orejas, los labios y las manos —manifiesta alusión a los sentidos y su contacto con el mundo de la percepción—, se nos indica cómo debemos aplicar el Poder de la Síntesis a todas nuestras sensaciones, percepciones, imágenes y pensamientos, con el fin de que nuestra mente pueda realmente acercarse a la Verdad y reconocerla.

El poder *unitivo e integrativo* de la Síntesis es, pues, el análogo en el mundo mental y filosófico a la mezcla o argamasa que cementa las piedras aún sin labrar o sumariamente labradas, en la construcción de los edificios ordinarios, de manera que formen un todo aparentemente homogéneo. O bien un mosaico, en el que se aprovechan los pedacitos de distintos colores para formar un conjunto geométrico agradable a la vista, o bien una expresiva obra de arte, utilizando sabiamente materiales heterogéneos.

Por esta razón, la mezcla se aplica con la llana simbólica de la *Fraternidad* que une a los masones por encima de sus diferencias

individuales, de sus ideales y opiniones distintos, en un mismo anhelo y esfuerzo constructivo, para la finalidad común del progreso individual y colectivo, que es en substancia la Obra Masónica.

La mezcla de los cinco elementos nos recuerda la análoga mezcla de cinco manjares que en el Sikhismo, la religión fundada en la India por Nana Sahib, se le hace beber al neófito, después de haberla amalgamado con un cuchillo de doble filo. A las cinco substancias comestibles, que representan las cinco religiones de la India —Brahmanismo, Mazdeísmo, Budismo, Jainismo e Islamismo—, se les agrega *agua* para disolverlas y *fuego* para cocerlas, o sea los elementos primordiales indiferenciados que hacen de ese conjunto heterogéneo una emulsión homogénea¹.

EL JURAMENTO

Esa mezcla o *cemento unitivo* con la que se ha mojado los labios del recipiendario lo preparan a prestar, en el mismo espíritu, el Juramento, afirmando y reconociendo las obligaciones especiales que son inseparables del grado y de la calidad de Gran Elegido y Perfecto Masón.

El primer punto de esta Obligación es la confirmación solemne de los juramentos prestados en los grados anteriores, que corresponden numéricamente a un total de 24 puntos: 3 para el grado de Aprendiz, 5 para el Compañero, 7 para el Maestro, 9 para los grados de Maestro Secreto y Elegido, o los nueve grados escoceses que van del 4º al 12º.

Viene como segundo punto el deber de *no revelar a profanos y masones* de grado inferior los secretos especiales de este grado y de los trabajos que en el mismo se verifican.

Como tercer punto se le acompaña el cumplimiento de los deberes de su tríplice cualidad de Masón, Venerable o Past Master y miem-

¹ Llevan igualmente los Sikhs cinco distintivos cuyos nombres comienzan por la letra K: *kes* largo cabello, *kaugha* peine, *kripan* espada de doble filo, *kach* pantalón corto, y *kara* brazaletes de acero. Practican cinco virtudes: contento, compasión, piedad, paciencia y moralidad. Cinco son igualmente los puntos esenciales de su religión: sencillez de creencia y de vida, salvación para todos, quedarse en el mundo sin pertenecerle, repetición del Nombre Sagrado y meditación.

bro de la Gran Logia o Bóveda Secreta en cuyo seno ha sido recibido. Ésta ha de ser como el Manantial Oculto en el terreno masónico, que hace idealmente fructíferas las Logias que en ella abundan su raíz.

Cuarto punto ha de ser el respeto de las creencias, y en general la *libertad de conciencia*, que es lo único que puede hacerlas sinceras y genuinas, más bien que puramente convencionales, como suelen serlo en las religiones de la masa, cuyos dogmas obstaculizan el libre esfuerzo y el progreso ideal en la Verdad, a la que ellas mismas ya no pueden conducir.

Por tal razón, el Gran Elegido necesita defender a todo trance y hacerse campeón de la más absoluta Libertad e Igualdad en materia de cultos y religiones, en nombre de la Fraternidad, única que puede unificar a todos los hombres en virtud de su común *origen y destino*, por encima de sus opiniones y creencias.

Quinto y último punto es la afirmación de la libertad política, que sólo puede existir con la más completa libertad de conciencia, o sea la más completa Libertad Individual dentro de la Ley, con la condición de que ésta tenga como fundamento la Justicia, la Igualdad y la Fraternidad.

Masónicamente entendida, la política no puede restringirse a los lugares comunes del sufragio universal y de la libertad de prensa: el primero, pues, se presta a toda clase de manipulaciones, y los partidos, sin sujetarse a un régimen, cuando triunfan coinciden en la supresión de toda libertad efectiva, fomentando cualquier clase de privilegios. En cuanto a la libertad de prensa, significa pura y simplemente su dirección por los intereses económicos que la sostienen. La tiranía puede cambiar de nombre, pero seguirá existiendo mientras los hombres no aprendan a libertarse primero que todo *interiormente* en el fuero secreto de su propia conciencia.

La política masónica ha de ser una política esencialmente *libertadora y constructiva*, libertando primero a los masones mismos y luego a los demás hombres de la esclavitud de los partidos y de los intereses, de la coerción económica, de la sugestión de la prensa, así como de toda clase de intimidación, tanto legal como ilegal. En un clima de libertad necesitan combatirse los abusos y las injusticias, la inobservancia de las leyes, así como igualmente las leyes injustas, que sólo sostienen determinados intereses y privilegios.

Y, por encima de todo, hacer obra genuinamente constructiva, de iluminación que manifiesta la Sabiduría, de la Fuerza que descansa

en la Verdad, como *fidelidad* a los Principios e Ideales más elevados, y de la *armonía* que se realiza con el más alto grado de Igualdad y Fraternidad.

El progreso real, en todos los campos de la vida y de la actividad, sólo puede derivarse de una armónica, consciente y voluntaria *cooperación* de todos los componentes de determinada comunidad —cooperación que necesita ser iluminada para ser también voluntaria y efectiva. Lo que nos parece difícil o imposible de realizar a primera vista, dejará de ser tal en cuanto nos demos cuenta de que se trata primeramente de *realizar el Plan del Gran Arquitecto* en la vida social de los hombres, y particularmente en el medio y en las circunstancias en los que actualmente nos encontramos. La Fuerza que se basa en la Verdad es partícipe de su Omnipotencia.

Mucho más importante que la defensa de los llamados *derechos* es el reconocimiento y cumplimiento universal de los deberes, al hacer hincapié sobre los cuales, lo primero resultaba innecesario. La plena conciencia de los deberes que a cada cual se deriven de la Unidad del Plan de la Vida, obrando de conformidad con este reconocimiento, vale más que la observancia de las menudas reglamentaciones, que con más frecuencia le ponen trabas, más bien que favorecer su expresión en progreso individual.

Alejándose de la simple Ley de la Vida grabada por G.: A.: en el corazón de todo ser consciente, el hombre se pierde en el complejo laberinto de las leyes humanas, que en vano se esfuerzan por sustituirla hasta donde alcancen, tratando de remediar con otra injusticia su inobservancia. Ambas injusticias, la de la Ley como su inobservancia, sólo pueden eliminarse *rectificando* la actitud y acción individual en armonía con la Ley Cósmica, como lo simboliza la unión del Sol y del Compás en la joya del Gran Elegido.

HACHA Y PUÑAL

La antigua asociación de estas dos herramientas con la muerte inferida por el hombre legal o ilegalmente —con la Justicia, respectivamente, o la Venganza— sólo puede tener para nosotros un valor simbólico: la Ley Divina, que sostiene imperturbable a través de los eones la Evolución Cósmica en millones de millones de mundos, nada tiene que hacer con esas creaciones de la humana ignorancia.

Un nuevo crimen que se le añade, legal o ilegalmente, no remedia aquel que se pretende castigar, y menos a la Ignorancia que fue su primer causante.

El simbolismo del hacha, por otra parte, se revela en el estado de *separación* que representa entre las dos partes del hombre, superior e inferior, respectivamente: entre la cabeza y el corazón, entre lo divino y lo animal, entre la Voluntad del Bien y la tentación de su opuesto, entre las aspiraciones constructivas y sus impulsos e instintos destructores. Cuanto más honda sea tal separación, triunfando en un momento dado las tendencias inferiores y negativas, se produce automáticamente el clima psicológico que hace tanto posible el crimen como la injusticia.

Ninguno de nosotros se halla exento de tal dicotomía *potencial*, cuyo único remedio es la INTEGRACIÓN individual: tratar de ser TODO lo que somos en todo lo que pensamos, decimos y actuamos, y nunca permitir a la parte inferior, instintiva y automática de nuestro ser, el alejarse, en pensamiento o acción, de lo que es en nosotros Real y Eterno, cuyas manifestaciones invariables son el Discernimiento y la Buena Voluntad. Necesitamos, pues, aprender a ser y sentirnos constantemente la Unidad Integral que somos y que la Columna simboliza.

El criminal, al igual que el hombre que en un momento dado obedece a sus tendencias inferiores, es en ese momento una columna trunca, un cuerpo sin cabeza: la cabeza está muerta o paralizada, como si se la hubiera separado del cuerpo. Dominado por la Ilusión de la Separación que lo hace creerse independiente en un mundo regido por la Ley de la Unidad, se entrega a ese falso sentimiento, que es en realidad un verdadero suicidio psicológico, puesto que la Integración es la Ley de la Vida y de todo progreso.

En cuanto al puñal, de la misma manera representa el *remordimiento*, o sea el castigo que el alma encuentra en sí misma, al despertarse a la conciencia de ese estado de relativa separación, como lo representan las lamentaciones de los tres malos Compañeros, los que creyeron poderse ocultar en una gruta del Sol de la Verdad y de la Ley. Es la recompensa natural, en términos psicológicos, de todo crimen y acción ilícita, y en parte su remedio, por cuanto indica y abre el camino para la *reintegración* y *regeneración*. La creída satisfacción se vuelve una llaga dolorosa que, como las heridas de Prometeo,

se renueva y se ahonda, mientras no cese y sea superado ese estado de separación y no se busque y encuentre el Camino de la Salvación al amparo de la Ley Suprema del Bien.

SIGNOS Y TOQUES

El signo más en uso en este grado hace patente, en su forma distinta, un grado de dominio de los instintos más completo del que muestra el simple toque de Maestro. De este dominio también es un símbolo la conocida figura caldea, con frecuencia reproducida, que muestra a un hombre sujetando un león, casi sin esfuerzo.



Se trata, evidentemente, del león que duerme en nosotros, o sea de los instintos que hemos heredado de nuestro pasado evolutivo, y más especialmente de las pasiones que hacen latir el corazón, que de la misma manera tenemos que sujetar y encauzar constructivamente, para que su tendencia destructiva de la armonía de la existencia sea transmutada y utilizada para realizar nuestros ideales más elevados.

La constelación del León, que en esa época marcaba el Solsticio de Verano, era también símbolo de esa segunda estación de la existencia, con sus pasiones desbordantes y su natural agresividad, que sin embargo el iniciado debía aprender a dominar y aprovechar, para las finalidades que lo diferencian del hombre ordinario. En el cuaternario de la Esfinge, este dominio de la pasión, que rige a la mayoría de los hombres, sigue justamente al de los instintos más materiales, que se refieren a la conservación del individuo y de la especie, simbolizados por la parte taurina de esa Tétrada Animada, aun cuando constituye la primera de las doce hazañas zodiacales de Hércules, el héroe solar.

El signo del fuego hace alusión al elemento que el mismo león representa en el zodiaco, y con relación a dicho cuaternario, indicando sobre todo la necesidad de proteger la vista, para que no pierda su claridad, como primera condición para dominarlo y eludir la voracidad, que igualmente lo caracteriza. Como el León de Nemea, vencido y desollado por Hércules, sin otra arma que la fuerza de sus brazos, este fuego del alma necesita ser dominado, entrando en su

misma piel, para que sostenga nuestra voluntad en las pruebas de la vida y en sus más difíciles tareas.

El *signo de admiración* muestra la tensión elevadora del Ideal que nos acerca a las más nobles aspiraciones del alma, cuya consecución necesita todos nuestros esfuerzos, a la vez que necesitamos *callarnos* —según lo indica el otro signo— delante de la profanidad que nos rodea, para la cual las conquistas espirituales son locuras y necesidades. La rodilla que debería doblarse a continuación, patentiza nuestra entera devoción al ideal que contemplamos, al que estamos preparando para dedicarle nuestras mejores facultades.

El *signo de adoración* —que con frecuencia se halla reproducido entre las figuras egipcias—, con las manos en la más familiar actitud masónica, demuestra el recto criterio y el discernimiento que nunca nos dejan en el reconocimiento de lo que consideramos trascendente y sagrado. El de *éxtasis* que le sigue (en la integración de este grado con el que lo precede en el Rito Escocés) denota precisamente la conexión de los dos *centros* de nuestro Templo Individual, por cuyo medio la inteligencia y el corazón se abren a la Suprema Verdad, que es la Palabra misma en su más correcta pronunciación o *percepción*.

El *tríplice toque* puede tomarse como símbolo de los tres puntos del Magisterio que siguen al primero, adelantándose sucesivamente el contacto —o sea la relación y capacidad de mutuo reconocimiento— sobre los tres fulcros de la extremidad superior, para así acercarse a la intimidad sagrada del propio fuego interior.

El primero de los toques, que es también el más importante, demuestra y confirma, con las palabras que lo acompañan, el pacto de alianza íntegra que *une* íntima e indisolublemente a todos los que se hallan animados por un mismo ideal espiritual, sosteniéndose mutuamente en sus esfuerzos y protegiéndose recíprocamente de toda caída. Los dos que siguen —o deberían seguirle— hacen más patente la íntima comprensión y la solidaridad fraternal: la *medida del codo*, que caracteriza al Cuarto Grado, se dobla así por dos veces, para indicar el mayor alcance de esta nueva etapa de progreso, que también se demuestra con el conocimiento integral del Tetragrama, en lugar de limitarse a su primera letra.

La Marcha usual de este grado no tiene nada especial, puesto que simplemente repite la de un grado anterior: podemos considerarla como una alusión a los Nueve Maestros, encabezados por Johaben. En el Rito Francés hay la simple recapitulación de los cuatro grados

que lo preceden. La nueva etapa que este grado representa y su intrínseca importancia —dado que es aquel que realmente completa y corona los grados simbólicos— quedan casi únicamente indicadas por la *palabra* que, por primera vez, se revela al entendimiento. La marcha especialmente es la que todavía necesita una expresión adecuada, propia y distinta.

LA MISTICA ALIANZA

Todo Gran Elegido y Perfecto Masón debe llevar, como recuerdo perpetuo de su exaltación en este sublime grado, una sortija simbólica que se le pone en el dedo después de su consagración, haciendo alusión a la *alianza* que contrae, como *miembro* de la Gran Logia o Cripta Capitular —alianza que se establece promoviendo los dos Principios o Columnas Básicas de la Orden: la Verdad hacia la que tiende y expresa la Sabiduría, representada por Salomón, y la Virtud o Fuerza Moral, simbolizada por el Rey de Tiro.

Esta alianza de la Sabiduría y de la Fuerza, del conocimiento de la verdad con la práctica de la Virtud, es, pues, la que colectivamente necesita presidir, dirigir y orientar la actividad de todo Alto Cuerpo Masónico, que de ninguna manera debe imitar la tendencia profana y viciosa —índice de falta de discernimiento— a dejarse guiar por razones exteriores de conveniencia y utilidad. Más bien que personajes histórico-legendarios, Salomón e Hiram son símbolos vivientes que encarnan esos Principios Ideales o Columnas Operativas con los que la Masonería, como Institución Etico-filosófica de Orientación Individual y Social, necesita estar identificada.

La misma alianza de los dos Principios que representan y puntualizan la dirección de todo verdadero *progreso* humano, también la tenemos simbolizada en las dos constelaciones boreales que recibieron el nombre de Osas o Carros, que constantemente se acompañan y pueden observarse todas las noches, dado que nunca traspasan el horizonte en la parte mayor del hemisferio norte.

Ambas están formadas por siete estrellas principales, ocupando el sector que va del polo celeste a la constelación de Leo. Los antiguos hindúes veían en la Osa Mayor o Saptarishis a los Siete Sabios, Videntes o Profetas, evidente alusión a la Sabiduría, que nunca se aleja del Camino de la Virtud, representado por la Osa Menor. Ésta tiene su fulcro en la Estrella Polar o Druva, representando la firmeza de pro-

pósito y la sujeción a los principios morales, que constituyen la base indispensable de toda realización superior.

En el hemisferio sur esta alianza puede verse analógicamente en la majestuosa agrupación estelar formada por el Centauro con la Cruz. Esta constelación adamantina, emblemática de la Piedra Filosofal, evidentemente representa la Sabiduría, con la cual la Virtud, tipificada por el Centauro, siempre se mueve en perfecta consonancia ideal, sin alejarse nunca de ella.

Recuerda el anillo de la Alianza también el aro de bronce por cuyo medio se levanta la escotilla de la Bóveda, que nos permite penetrar en los misterios que para nosotros la Tierra guarda en sus entrañas, esperando nuestro crecimiento en Sabiduría y Virtud. Es el anillo que justamente cada uno de nosotros representa en la transmisión universal de la Tradición Iniciática, que simbólicamente se nos confía con ese objetivo: el mismo anillo que conecta la Piedra Clave del Arco con la Piedra Cúbica del Templo del Profeta de los Días, siendo ésta la Eterna Fundación de la Verdad, sobre la cual aquélla se levanta como Virtud que corona el edificio, asegurando su solidez y permanencia.

La inscripción que trae el anillo hace hincapié en la importancia de esta asociación ideal, que se establece sobre los Principios Eternos que rigen la Evolución Humana, la que nunca se paraliza mientras le seamos fieles. Ni la muerte separa las almas que se asocian en su común afán de progreso para una misma Realización Ideal, sino que el lazo que las une se conserva a través de las edades en sus etapas sucesivas: los anillos de la Cadena Aurea de nuestra Existencia Eterna.

EL AGAPE RITUAL

La sencilla convivencia que marca el final de la recepción en este grado se halla entendida para sellar en un acto de intimidad fraternal la *alianza* que el nuevo Elegido y Perfecto Masón acaba de contraer con sus hermanos ideales.

El Pan y el Vino, la semilla de trigo y el fruto de la Vid —tema familiar que se repite desde las edades más antiguas en distintas formas de iniciación ceremonial y en diferentes grados masónicos— son aquí esencialmente emblemas de Sobriedad y Templanza. Moderación y sencillez en el alimento, entendido para conservar el cuerpo

y sus energías vitales sin sobrecargarlo con preparaciones complicadas, la indulgencia en las cuales mina las fuentes mismas de la vida hasta destruirlo prematuramente. Y una igual moderación en los demás placeres de la existencia, prefiriendo los goces espirituales a los materiales, pues, así como aquéllos elevan el alma y abren la mente a la Verdad, los segundos la ofuscan y la arrastran al vicio y al error.

En este grado, el Pan se relaciona además con el número 12: se trata de los doce *panes de la proposición*, según la costumbre hebrea, manifiesta alusión a los signos zodiacales o distintas modalidades de la Substancia Cósmica, así como los doce distintos tipos de inclinaciones vocacionales que constituyen las doce tribus de la Gran Familia Humana. Y también doce distintos tipos de *experiencias*, representando el pan verdadero que alimenta nuestro crecimiento en sucesivas encarnaciones.

En cuanto al *vino* que se deriva del fruto maduro de la *vid*, es el emblema natural de la VIDA que se manifiesta en la Substancia, la aprovecha, la anima y la mueve en el Ritmo Cíclico de su propio *devenir*, que el mismo zodiaco representa. Por cuanto etimológicamente, aunque las palabras *vino*, *vid* y *vida* tengan distintos orígenes¹, su aparente afinidad las relaciona simbólicamente en un mismo orden de ideas que fácilmente se concatenan.

No de otra manera se relaciona el Vino con *vis* "fuerza", y *vir-tus* "fuerza moral", así como con *vir-go*, "virgen", la que manifiesta su propia virtud natural sin connubios o adulteraciones que la modifiquen o degraden.

Nos recuerdan, por lo tanto, el Pan y el Vino, la Substancia Omnipresente que reviste el Espacio de la Manifestación Cósmica, así como de nuestra propia manifestación individual, y la Vida, directa expresión contingente del Ser Eterno en ese molde proteiforme que a la vez comprende, en sus múltiples octavas, la sutil diafanidad del pensamiento más abstracto y sublime, así como la roca más dura y el más denso de los metales. Todos, sin embargo, proviniendo de alguna forma de vida y manifestándola.

La pluralidad del Pan, relacionada con la *unidad* del Vino, es,

¹ El latín *vinum* es afín al dórico *voinos* y al semítico *yain*, por cuanto se desconoce la derivación primaria de la palabra. *Vi-tis* se relaciona con el verbo *vi-ere*, "enlazar", precisamente como lo hace la *vid* para sostenerse. *Vi-ta*, con el sánscrito *giv-ita* y el griego *bios*, proviene de una raíz verbal GVI, duplicada en *vi-vus*, *vi-v-ere*, de *gvi-gvus*, *gvi-gv-ere*.

de la misma manera, simbólica de nuestras múltiples existencias sucesivas, en distintos cuerpos, épocas y medios, recordándonos que *no vivimos una sola vez*, sino en una milenaria cadena ininterrumpida en la que cada encarnación en la vida objetiva se alterna con un período más largo de introversión subjetiva. En cambio, la Vida, representada por el Vino, permanece inmutable en su esencia, sin solución de continuidad: tan sólo en apariencia nuestro Ser Eterno se halla afectado por su nacimiento y muerte en un cuerpo material y sensible, a los que respectivamente corresponden la muerte y el nacimiento en el estado ultraterrenal.

Habiendo todos bebido *en un mismo cáliz*, o sea en Fuente Una de la existencia, ese cáliz tiene que romperse para que ningún otro labio pueda acercársele y profanarlo. El cáliz, pues, sólo puede contener el Vino o la Vida durante un breve período de tiempo: ninguna forma física y ninguna substancia puede resistir de una manera permanente al impacto de su Ritmo Eterno. Toda nueva expresión exige un nuevo cáliz especialmente apropiado, y así igualmente la ceremonia que la simboliza.

DISTINTIVOS

De acuerdo con el ritual escocés, el color de la banda es rojo carmesí, tanto para el grado 14º como para el 6º, 7º y 13º. Para evitar confusiones con otros grados, y a la vez para mejor caracterizarlo, tal vez sería preferible cambiar el rojo en amarillo bordado de oro y forrado de azul o violeta, éstos indicando simbólicamente la devoción ideal que nos hace progresar en el Camino de la Verdad, y aquéllos la iluminación de la mente que necesita acompañarse con el conocimiento de la Palabra Verdadera.

El mandil puede ser blanco o bien amarillo claro, con ribete del mismo color de la banda, llevando un anillo enlazado con otros dos, o bien una escotilla en el ribete. En la corona de flores que lo adorna deberían distinguirse la rosa, el azafrán, la violeta, el iris, el jacinto y el narciso, recordando estas flores los Misterios de Eleusis. Más bien que repetir en esto la joya, tal vez sea conveniente la representación de la Piedra Clave de la Bóveda, o bien de la Piedra Cúbica de punta.

Una espiga de trigo y un ramito de acacia son los adornos más

convenientes para el collar. La primera nos recuerda el pan compartido con los demás HH., y es a la vez el emblema de la fecundidad de este cuarto punto del Magisterio, que la segunda, por otra parte, representa, con la conciencia de la Inmortalidad de la vida del Ser en nosotros.

La joya del grado hace hincapié sobre la bisección del ángulo recto y la división octagonal del círculo, emblemáticas de las facultades analíticas de la mente. La *perfecta rectitud* representada por el cuarto de círculo —el ángulo de la escuadra— se junta, en el triángulo rectángulo isósceles, con dos ángulos complementarios iguales de 45° , justamente indicados por la abertura del compás, que corresponde a la semicuatratura astrológica: el *ángulo marcial*.

Los números 3, 5, 7 y 9 recuerdan evidentemente las edades respectivas de los grados simbólicos, refiriéndose el último a la *perfección del Magisterio*, la última de las nueve cifras. Son todos números impares o *masculinos* y, con la excepción del último, *primos*, representando las cuatro etapas cruciales de todo progreso cíclico, en correspondencia con las cuatro estaciones y las cuatro edades pitagóricas.

El número 3, que caracteriza el *aprendizaje*, se refiere a la etapa eminentemente asimilativa del desarrollo mental, en correspondencia con la Tercera Casa astrológica y con el signo de Cáncer (*tercero* después de Tauro), representando una escuadra: la letra *gama* del alfabeto griego y *gimel* fenicio-hebrea.

El número 5, emblemático del *compañerismo*, denota la expansión intelectual y la facultad creadora, de la misma manera relacionadas con la Casa V y el signo mercurial de Virgo, que tiene su correspondencia en la letra E, derivada de la *he* semítica.

El número 7 se refiere, naturalmente, al Magisterio del Arte y la madurez de la experiencia, en correspondencia astrológica con la Casa VII y el signo de Escorpio, emblemáticos de Muerte y Regeneración, así como de la natural *asociación entre iguales*. Cabe en este mismo orden de ideas toda Alianza Procreadora, puesto que el signo de Escorpio también representa el sexo en el organismo humano y animal.

En cuanto al número 9, tiene su natural correspondencia con el signo de Capricornio, emblema de *elevación*, y con la Casa IX, naturalmente relacionada con la filosofía, la religión y el progreso espiritual.

Cada uno de estos números se refiere además al correspondiente polígono estelar, comenzando con el Delta o Triángulo, y a los ángu-

los y medidas armónicas que con ellos se relacionan, según lo veremos más adelante.

El Sol que irradia sobre un pentagrama (o un doble cuadrado), en el centro del círculo, representa ese grado elevado de *comprensión* que naturalmente tiene que asociarse con el conocimiento de la Palabra Verdadera. Justamente detrás del Sol se encuentra el mismo Delta de Henoc, que de ella nos indica su *revelación geométrica*. El Sol y la Palabra son, pues, los dos aspectos, respectivamente objetivo-exterior y subjetivo-interior, de una misma Verdad que se hace *luz vivificante*.

La Corona encima del compás subraya una vez más la *excelencia* de este grado, recordándonos esos Reyes simbólicos que presiden la Cámara y lo confieren. Además representa el Poder de la Unidad de la que emanan los dos Principios Eternos entre los cuales el Universo, con toda su complejidad, se halla *entretejido*.

TERCERA PARTE

FILOSOFÍA INICIÁTICA DE ESTE GRADO

La Facultad de Comprensión aplicada al *conocimiento de la Palabra* que la joya simboliza nos indica la necesidad de volver al estudio de los números 3, 5, 7 y 9 —los cuatro números impares de la Década, aparte del Principio Unitario— por medio del nuevo entendimiento que hemos logrado al conocer la Palabra Verdadera, en vano buscada en los grados anteriores. Lo cual nos permitirá progresar ulteriormente del número 12 al 24, símbolos naturales de todo Ciclo Espacial y Temporal.

Por supuesto, este conocimiento aritmético debe hacerse fructífero geoméricamente, para que los trabajos de la Gran Logia —que precisamente se extienden de las 12 a las 24, desde la meridiana madurez, que simboliza la Espiga dirigida hacia el Cenit, hasta cuando el Sol, del otro lado de la Tierra, puntualiza sus profundidades, representadas en nuestro simbolismo tanto por la sepultura hirámica como por el misterioso Templo Subterráneo, en las que tiene su raíz el Árbol de la Vida y de la Verdad.

La comprensión de la Palabra Verdadera, o sea la Unidad en su triple expresión, es el punto de partida, así como la Piedra Cúbica que expresa el número 24 —dado que tiene seis caras cuadriláteras— representa la llegada: el término o finalidad de la labor emprendida. Así nuestra comprensión se extiende sucesivamente a todas las 24 pulgadas de la Regla —medida *masónica* idéntica al Codo Sagrado, o sea exactamente igual a la decimomillonésima parte del rayo polar de nuestro planeta—, dado que el número 24 es precisamente la suma de esos cuatro numerales fatídicos.

LA PALABRA

Ab Jove Principium. Aun cuando sea transcrita con letras hebreas que la explican cabalísticamente, la Palabra se identifica, morfológica y semánticamente, con la forma temática o ablativa latina de Dios Padre o *Júpiter*, igualmente venerado por el romanismo cristiano, así como lo fue anteriormente por el paganismo romano. Esa Palabra, que simboliza el Sol de la Verdad en medio de la Joya, es, pues, el Centro de Gravitación del simbolismo y de la filosofía de este grado, así como lo es el Sol en nuestro sistema planetario.

Para encontrarla hemos descendido simbólicamente hasta el propio Centro de la Tierra, atravesando sucesivamente las nueve bóvedas, que representan las capas estratificadas de nuestro planeta. Allí es donde en realidad se encuentra la Tumba de Hiram u Osiris, en la propia dirección que indican las raíces de todas las plantas que podremos reconocer en su superficie —todas por igual emblemáticas de la ramita simbólica plantada en las faldas del Monte Moria o Meru, o cualquier otro lugar, para reconocerla.

Es, en otras palabras, la raíz de nuestro propio Árbol de la Vida individual —el Merudanda— que corresponde con ese Centro misterioso "*al cual si traggon d'ogni parte i pesi*", y del que proceden todas las funciones orgánicas, al igual que los ríos edénicos.

Este descenso en el mero centro de toda cosa o manifestación es necesario para encontrar la Eterna Palabra, que es la misma en dondequiera: la Verdad o Realidad que es Fulcro Inmóvil y Manantial Inmanente de toda la creación. El Nombre Inefable del G. . A. ., Principio y Punto Geométrico, mística esencia invariable, engendradora de toda forma y existencia contingente y transitoria, la que brota de su seno siempre virgen, como el de la Diosa Madre, en donde tiene su raíz y siempre permanece.

Ego sum qui est — yad asmi tad asti: "Soy quien ES y LO que es". He aquí el Nombre Verdadero e Inefable que la misma Divinidad pronuncia y graba indeleblemente en el corazón comprensivo de todos los Iniciados, ya se llamen Henoc o Noé, Abraham o Moisés, Salomón o Hiram, Hermes o Zoroastro, Budha o Jesús.

La Palabra fue buscada primero exteriormente sobre el pecho de Hiram, y luego en su corazón: el corazón de la Tetrágona Perfección del Ser; simbolizada por la Piedra Cúbica. Ahora, después de haber

destruido en nosotros la Ignorancia y sus dos malos compañeros, la hemos encontrado en el propio corazón de la Tierra —Gea o Deméter, la *Natura Naturans*— que, como Divina Shakti, también se encuentra en el Centro de Gravedad microcósmico.

Así como *sagrado* es el conocimiento de la Palabra, igualmente sagrado es el lugar en que se la encuentra: justamente, por lo tanto, recibió el nombre latino de *sacrum* aquella parte de nuestra arquitectura orgánica en la que se oculta, como una serpiente enroscada, el Fuego Vital o Potencial Latente, que el Querubín armado de espada flamígera custodia simbólicamente.

LA UNIDAD

La Palabra es la Unidad Primera, a la que se llega tanto *subiendo* como bajando por la escalera de nueve cifras que representa su manifestación *exterior* en la Década: la unión del Centro y del Círculo. Desde el número 10, que expresa la letra *yod*, volvemos al *alef* o *Alfa*, la Primera Letra Madre con la que comienza todo alfabeto, representando el sonido vocálico básico y la nota fundamental de la creación.

Esta Unidad es el YO o EL, *Aham* y *Tat*, el Ser Único y Supremo que es todo ser en esencia, por encima de sus diferencias y limitaciones externas; Alfa y Omega, Primero y Último, cabeza y cola a la vez de la serpiente simbólica del Ciclo de su manifestación: todo lo que fue, es y será, en su Eterna e Invariable Inmanencia. En cuanto llegamos a conocerlo, sólo entonces sabemos "lo que somos", y nada nos es extraño o desconocido. Así como individual se ha hecho su manifestación, esparciéndose y derramándose en infinitos seres o distintas unidades, así igualmente individual debe ser su reconocimiento, según lo simboliza este grado, al bajar o subir en las capas sucesivas de las que está revestido, que son a la vez los nueve Cielos y las 9 Bóvedas, los 9 Coros Angélicos y las 9 Musas.

Representada por el centro de la joya, la Unidad se manifiesta exteriormente como un Sol o Centro Luminoso de irradiación vital, así como interiormente se identifica con el Verbo, Logos o Palabra Creadora, que es el mismo G. . A. . en su tetrádica expresión. Por ella llegamos a conocer *lo que es* en todo lo que aparece, y así nos hacemos realmente sus Obreros o cooperadores conscientes en su Obra Diuturna.

Dado que TODO ES UNO, cada uno de nosotros individualmente y todos al mismo tiempo SOMOS AQUEL: nuestro propio reconocimiento —la perfecta pronunciación de la Palabra— nos da el poder de manifestarlo. Esta Unidad Primordial y Cardinal es la que coordina la Gran Obra de la Creación o Evolución, haciendo efectiva la cooperación de infinitos Obreros y Maestros, en el más profundo y silencioso entendimiento, dado que en cada uno de ellos (o sea de nosotros) se oculta, vive y busca su perfecta expresión: la Gran Luz que es el Ser Omnipotente y la Única Realidad.

EL TERNARIO

La Unidad, representada por el Centro del círculo, necesariamente tiene en la periferia una triple manifestación. La Inmanente Eternidad sólo puede aparecer ante la contingencia limitada de nuestra conciencia, como representada por el ternario Pasado-Presente-Futuro, en la Rueda de su constante Devenir, presentándose como una espiral que constantemente se desarrolla desde adentro para afuera, desde su Principio a su final cumplimiento, del Alfa céntrico al Omega, cíclico y periférico.

La meditación sobre el primero de los cuatro números inscritos en el cuarto de Círculo —equivalente angular de la Escuadra— nuevamente nos conduce al estudio del Delta, como representación inimitable de la Trinidad y del mismo G. . A. . Lo cual nos hace, de la misma manera, entender cómo el ternario que simbolizan sus ángulos y lados, en armonía con la Ley de Polaridad, procede de la Unidad y es la misma Unidad Central (el Ojo Luminoso), percibida exterior o periféricamente.

Esto es el sentido real de la Divinidad *una en tres personas*, que el dogmatismo cristiano ha heredado de la Religión Egipcia, de la que el brahmanismo hindú nos presenta una versión distinta y equivalente. Ambas versiones, oriental y occidental, de la misma Divina Trinidad, bien podrían representarse con una cabeza trifacial, sumándose los tres pares de ojos con el de la sumidad de la cabeza, para formar un septenario, a la vez que los oídos se amalgaman en un ternario.

Numéricamente la primera letra del Tetragrama —puesto que los cuatro números del cuarto de círculo substituyen sus letras— cortes-

ponde con el 10, o sea la Unidad Eterna acompañada por el círculo espacial y temporal de su manifestación. La segunda y cuarta representan las dos mitades de éste, subdividiendo la Totalidad Eterna con la línea del presente, a su vez representado por la tercera letra, cuyo valor 6 significa la división igual del círculo por medio del rayo.

Un sentido análogo nos lo da el monosílabo sagrado de los hindúes, AUM, cuya verdadera pronunciación no es menos secreta e inefable que la del Tetragrama hebreo. En éste la Unidad Eterna está ocultada precisamente por su pronunciación secreta, como sonido uniforme, con la boca enteramente cerrada, a la vez que sus tres letras denotan respectivamente el Pasado, Presente y Futuro que se resumen en el PRESENTE, puesto que contiene el pasado como efecto y consecuencia y el futuro como causa potencial.

Las tres letras en su conjunto forman la Rueda o Cisne del Tiempo (*Kalahansa*), cuyas dos alas son el Pasado y el Futuro, que respectivamente indican la primera y tercera letra. Corresponde el Pasado con Brahma, el Padre Creador o Prajapati; el Presente con Hari o Visnú, el Hijo Conservador, quien, por medio del Dharma, sostiene y preserva la creación, encarnándose entre los hombres; y el Futuro con Rudra o Shiva, el Espíritu Destructor y Renovador, en el que el presente constantemente desaparece según se le acerca.

Entre los tres, desde nuestro punto de vista limitado, únicamente del presente podemos decir que es, correspondiendo con el valor individual actual de la Palabra, sobre la Piedra Cúbica de su perfecta expresión tridimensional. El Pasado queda, sin embargo, con nosotros, como la Columna de la Fuerza, habiéndolo producido causativamente; y, de la misma manera, el Futuro siempre está entre nosotros, como fruto potencial del presente y Karma realizador (*Kamadhuk*) de nuestros pensamientos, deseos y esfuerzos.

IAΩ

Entre los gnósticos, ofitas y otras denominaciones místico-religiosas que, en los primeros siglos de nuestra era, abundaban en las costas mediterráneas, se encuentra el mismo Nombre Sagrado representado por las tres letras griegas *iota*, *alfa* y *omega*, es decir, en forma trigramática antes que tetragramática. Es posible que su uso sea muy antiguo, y hasta que el nombre hebreo se derive de ese triptongo significativo.

Tanto la transcripción griega como su equivalente latino IAO, nos dan con el valor numérico de las primeras dos letras la Década y la Unidad, la relación de lo Absoluto con lo Relativo, o de la Divinidad con el Hombre. Por otra parte, las otras dos letras representan el Principio y Término, respectivamente, de un Ciclo, de todo Ciclo, dado que en el alfabeto griego son la primera y la última, a la vez que en el latino representan todo el ciclo zodiacal, comenzando con Tauro (A) y terminando con Aries (O). En la época en que se formó el Alfabeto, el equinoccio primaveral era, pues, en la constelación de Tauro, y *Tauro* era, por lo tanto, el primer signo zodiacal.

Así como la I representa el Primer Principio preantínómico omnipotencial, o la Eternidad del Ser siempre igual a sí mismo en su infinita perfección, la A indica la Unidad derivada —toda y cualquier unidad— que lo representa en el mundo de la relatividad; y la O indica el ciclo completo, el término o cumplimiento de toda cosa, el Abismo como aspecto negativo del Creador, que todo lo traga, en la imagen del Tiempo Voraz. Pero también podemos ver en ese trigrama al Hombre (la letra A) o Hijo, entre el Padre y la Madre, respectivamente simbolizados por la fállica línea vertical, y el círculo yónico de la manifestación, a la vez *campo* y *ciclo*, matriz y tumba, de todo devenir.

Añadiéndole otra *hé* a la transcripción fenicio-hebrea de este trigrama (IHU), obtenemos otra vez el tetragrama familiar. Y adjuntándole una M, tenemos el monosílabo sagrado hindú, precedido por la I o Y, que denota la Unidad Primaria u Omnipotencia del Ser. La Iglesia Católica lo modifica, combinando las letras latinas y griegas, en la conocida forma IHS (derivada de INS), que originariamente significaba *Iesus Nazarenus Salvator*. La N substituyendo a la A representaba también la constelación de Piscis (de acuerdo con su nombre hebreo), en la que estaba entrando el equinoccio en la época de su nacimiento; esa N se mudó en H al sobreponerle la cruz, a la par que la *sigma* griega fue substituida por la S latina¹.

Es fácil ver en el triptongo IAO, al igual que en el monosílabo hindú, la representación del Pasado Creador, del Presente Conservador, así como del Futuro Renovador, por medio de la sucesión de tres vocales que de igual manera proceden a lo largo de la lengua, de atrás para adelante. Y, con relación a los emblemas de este grado

¹ Sin embargo, así como están, esas tres letras corresponden al hebreo *Iehoshúa* o Jesús.

podemos ver en la primera y la última las dos columnas que flanquean el místico tesoro, representado por el delta con el Nombre Sagrado en la A intermedia.

EL TETRAGRAMA

El valor de la Palabra de este grado, que se realiza por medio de su perfecta pronunciación, se nos hará manifiesto cuando sepamos que, según reza la tradición hebrea, en ella se encierran y por su medio se conocen *todas las ciencias divinas y humanas*. Lo cual sólo puede explicarse por verse en ella justamente el ápice o vértice de la tetrágona Pirámide de la Sabiduría.

Es sabido que se veneraba a tal punto esa Palabra o Nombre *secreto y sagrado de la Divinidad*, que estaba prohibido pronunciarla, aparte del hecho de que su *verdadera pronunciación* era desconocida. Y, de la misma manera que se la substituía corrientemente con Adonai, o sea *Mi Señor*, también se substituyó su pronunciación verdadera por medio de una vocalización convencional modelada sobre dicho substituto. Dado que en la lengua hebrea, al igual que en los demás idiomas semíticos, todas las letras se consideraban como consonantes y las vocales no se escribían: sólo en época posterior se trató de indicarlas por medio de signos suplementarios, de preferencia sobrepuestos a las letras respectivas.

También se dice que el Sumo Sacerdote pronunciaba correctamente la Palabra una vez cada año, pero lo hacía en medio de un ruido tal que sólo los que ya la conocían podían darse cuenta de ello. Similares tradiciones, de la misma manera, relatan que quien comunique la Palabra de Poder a otro oído tiene que morir, por lo cual sólo acostumbraba comunicarla en punto de muerte el Iniciador al que consideraba digno de sucederle, asumiendo a la vez la responsabilidad de ese precioso depósito.

Lo cual nos da una idea de la importancia de tan *perfecta pronunciación*, así como de la necesidad de que siga permaneciendo *secreta y sagrada*: secreta, precisamente, en virtud de su carácter sagrado —dado que representa la Suprema Verdad— y sagrada en razón de su secreta veneración. Lo cual, sin embargo, no puede impedirnos de seguir analizándola en los elementos constituyentes que proceden de la división comprensiva de esa Inefable Totalidad.

Podemos, por ejemplo, separarla en sus dos mitades que hacen de ella dos monosílabos bilaterales, a los que atribuimos la pronunciación convencional Yah y Vah, o bien *ye* y *ve*, respectivamente, si alguien así lo prefiere. También podemos alternar esa dos transcripciones acentuando la una o la otra sílaba, con lo cual tendríamos ocho distintos tipos de pronunciación, alguno de los cuales tal vez se acerque a la verdadera.

Tenemos así los nombres secretos de las dos Columnas que representan los dos grandes movimientos cósmicos que tienen su correspondencia en nosotros mismos en los dos aspectos complementarios de la respiración: la *inspiración* y la *espiración*. Esa función orgánica maravillosa, por la cual toda criatura y toda cosa se hallan en contacto constante con la Gran Matriz Universal.

Por supuesto, a la Inspiración Creadora de la Naturaleza corresponde la Espiración Divina que la induce y produce, de la que, en último análisis, procede. Y, de la misma manera, a la Inspiración Divina corresponde la Espiración o Disolución de todo lo que existe. Como se ve, tienen razón las tradiciones que relacionan la Palabra con la Muerte y la Vida, que de igual manera proceden de ella, y cómo resulta peligroso considerar con demasiada ligereza este Misterio del Eterno Devenir.

Esta comprensión, que se identifica con la *respiración consciente*, nos hace ver y sentir en cada nuestra "in-spiración" el Aliento Divino que literalmente SOPLA en nuestra nariz la Vida que nos sostiene; y, de la misma manera, en cada "es-piración", nuestra íntima tensión y abandono hacia Él. Dado que a la Espiración Divina corresponde la inspiración humana, y de la misma manera, a la espiración humana la Inspiración Divina. La perfecta coordinación alternada de ambas es la vida misma: el Ritmo estimulante, conservador y renovador de nuestra existencia.

En la India se usan en la misma forma las sílabas HAN y SAH —cuyo conjunto constituye la palabra *Hansa* o Cisne, entendiéndose el Cisne de la Vida Divina o Brahma— para simbolizar los dos movimientos respiratorios, también indicados por *Ha* y *Tha*, con los que se explica el significado de la palabra Hatha-yoga: el *Yoga de Ha y Tha*, o sea la armonía del ritmo respiratorio. Muy bien podríamos, por lo tanto, substituir el tetragrama hebreo con otro equivalente Nombre Divino, como por ejemplo Brahma, Deus, Zeus, Bios, o con

el invocatorio grito dionisiaco *Eù-Oè* (evohé); cuyo parecido con dicho tetragrama es por demás evidente para que pueda considerarse meramente casual.

HU E HI

Leídos inversamente, o sea de la izquierda a la derecha, tenemos los dos monosílabos HU e HI, o sea Él y Ella: la Divinidad en sus dos aspectos masculino y femenino que se complementan como Padre y Madre, representando las dos Columnas de nuestros Templos simbólicos, o sea la bipolaridad de la Naturaleza que tiene su expresión humana en el Hombre y la Mujer. El primero es el contrario de VAH, la Inspiración Divina que se expresa en el hombre como Poder Creador; el segundo lo es igualmente de YAH, la Espiración Divina que tiene su correspondencia en la función mujeril de concebir y dar a luz.

De la misma manera, si del conjunto unitario del Tetragrama separamos una de las dos letras extremas —lado o costilla— obtenemos las dos palabras paralelas y complementarias IHU o YEHU, HUH o HEVAH. El primero es el Ternario Divino que comprende la Unidad Preantínómica manifestándose como Padre e Hijo: es el verdadero nombre de *Dyaus, Zeus o Júpiter (Jove)*, es decir, la Gloria de la Divinidad que se refleja en el hombre. El segundo representa la Humanidad *femenina*, simbolizada por Heva o Eva (Sánscrito *jiva*, “viviente”, y griego *bios*, “vi-da”), palabra que a la vez indica el verbo “vivir”.

Ya hemos visto ampliamente, en el MANUAL DEL MAESTRO SECRETO, lo que significa la primera letra (Yod o jota), como uno de los nombres de la Divinidad: el Primer Principio y Creador a la vez, simbolizado por la Mano Divina o *aritmética* de diez dedos.

Las tres letras subsiguientes *He-Vau-He*, pueden leerse *He-ve-He*, con el sentido de “El y El”, “Es y Es” o “Vida y Vida”. O sea una Dualidad con su *relación unitiva*. Tenemos otra vez las dos Columnas particularmente relacionadas con la *vida*.

Ahora, dado que *He* significa precisamente ventanilla, es evidente que podemos aplicar esta expresión a las dos ventanas de la nariz primeramente, consideradas como puntos de partida de las dos *corrientes* o *columnas* que son las que realmente sostienen, por medio

de su flujo constante y alternado, la vida de nuestro organismo y sus funciones. Los hindúes les han dado el nombre de Ida o *chandra* a la primera, que parte de la ventana izquierda; y de Pingala o *surya* a la segunda, que parte de la ventana derecha. También se las denomina, simbólicamente, con el nombre de los dos ríos Ganges y Yamuna.

De manera que la *correcta pronunciación* de la Palabra de Vida se identifica prácticamente con la respiración regulada y consciente.

Por otra parte, *Havah* o He-ve-He es también el símbolo de la división de los sexos que, como tales, existen el uno para el otro, o sea en vista de la *relación* (Lingam) que los une. En cuanto llegan a *conocerse*, una vez comido el fruto del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, se hacen *delantales* con las hojas de ese mismo árbol. Pero sólo después del éxodo del Paraíso Terrenal de la Inconsciencia se unen materialmente y llegan a tener descendencia.

Primero es Adán quien concibe y procrea mentalmente, bajo la inspiración de Eva, comiendo el fruto que ésta le brinda, obediendo a la sugestión de la Ilusión Periférica (la Serpiente). Luego Eva llega a concebir y procrear materialmente, en cuanto la semilla fisiológica de su complemento varonil estimula y despierta en ella esa potencialidad latente. El primer fruto de la unión es Caín —el *hombre de la tierra*, apegado a sus frutos— y el segundo Abel, el intelectual que persigue al rebaño de las ideas. El tercer hijo, Seth, restablece el *equilibrio evolutivo* entre las dos opuestas tendencias.

LA PÉNTADA HUMANA

Con la letra *He*, cuyo valor numérico es 5, hemos llegado al dominio humano que este número —el segundo de los cuatro impares que, dentro de la década, siguen a la Unidad— especialmente simboliza.

Así como *divinos* son los números 1 y 3, y *naturales* el 2 y el 4, de la misma manera, eminentemente *humanos* son los números 5 y 6. Dentro del número 5 se encuentra, pues, la Trinidad Divina expresada en una Dualidad Humana, e igualmente ésta que refleja a aquélla en su procreación. Y en el número 6 la misma Trinidad Divina tiene su completa expresión, a la vez natural y humana, así como la Unidad del Ser se refleja en el quinario humano.

Al igual que la *mezcla* de la ceremonia de recepción, el hombre es también integrado por cinco distintos principios que se interpe-

netran y permiten su completa expresión, a la vez que le abren infinitas posibilidades de progreso evolutivo: un ternario divino y un binario natural, aun cuando ambos, desde un punto de vista más elevado, sean a la vez *naturales* y *divinos*. Según lo hemos visto en el grado de Compañero, el ternario está constituido por su Conciencia, Inteligencia y Voluntad, expresándose como Espíritu, Alma y Mente, que también se llaman teosóficamente Atma-Buddhi-Manas. Y el binario resulta del *cuerpo* propiamente dicho y de su *doble astral*.

El Atma o Espíritu, principio del Ser y de la *conciencia*, corresponde con el Vino de la mezcla, por cuanto proviene de la *vid*, símbolo de la Vida Divina o Esencia Madre. En relación con el Tetragrama es el Yod o Centro Creador, cuya luz se refleja como Ojo Divino en el fuero íntimo de la conciencia.

Buddhi o Daimon, principio de la inspiración y discernimiento, es la Sabiduría y la Recta Determinación latentes en el hombre: corresponde al *aceite* de la mezcla, símbolo de la Lámpara Sagrada en la que arde imperativa la Llama del Ser. Está representado por la segunda letra del Tetragrama y el segundo de los Nueve Nombres: Jah o Yah, que corresponde con *Yaho* o Baco.

La Mente o Manas es a la vez Inteligencia y Voluntad en sus aspectos *racionales*, estando representada por la miel, dado que a semejanza de las abejas, el hombre elabora la ciencia recolectando el fruto de sus experiencias sensibles. Corresponde al sonido central *Hu* del Tetragrama, intermedio entre sus dos letras extremas.

El *doble* o cuerpo astral es en el hombre el vehículo del sueño y el principio de la actividad subjetiva: de la emoción y de la pasión. Corresponde con la leche, elemento femenino y animal que muy bien representa esta parte especialmente sensible y receptiva de nuestro ser. En el Tetragrama está representado por la letra *Vau* o *Ve*, que, en la lengua hebrea, llena principalmente el oficio de conjunción.

Luego viene el *cuerpo sensible*, con el cual estamos más familiarizados y con el que acostumbramos identificarnos, y que, sin embargo, es tan sólo la base tetragona de la simbólica Columna de nuestra personalidad, cuyo capitel se apoya directamente *en los cielos* del Ser. Es ésta realmente la *túnica de piel* —representada por el mandil— de los que fueron revestidos el hombre y la mujer a raíz de su caída en la materia (Génesis III-21) para “labrar la tierra”, pasando del estado edénico de inconsciencia instintiva a la plena conciencia en el mundo de la materia.

Corresponde, por lo tanto, a la *harina* de la mezcla, producida "por la hierba del campo y con el sudor del rostro": polvo vegetal que la planta elabora, aprovechando el aire, la luz y la humedad, análoga al polvo mineral de la tierra en que ahonda su raíz. En cuanto a la Palabra, le corresponde evidentemente la última letra, o sea la segunda Hé, que es la primera cuando se lea de izquierda a derecha. Con la letra anterior forma la sílaba VAH, representando al hombre terrenal o animal, así como las primeras dos se refieren al Hombre Celestial, hecho "a la imagen y semejanza" del Espíritu Creador.

ESTADOS DE CONCIENCIA

A los cinco elementos de la mezcla y los cinco principios constitutivos de la personalidad humana corresponden en el Mundo Interior otros tantos estados de conciencia, claramente definidos en la filosofía hindú.

Jagrat, el primero, representa la conciencia vigílica, estrechamente atada a los diez *indriyas* o "sentidos": los instrumentos físicos de la percepción y de la acción. Es la conciencia del hombre *despierto* en el mundo exterior, en el que todas las cosas aparecen separadas y distintas, como justamente lo indica la harina, formada por un sinnúmero de pequeñas partículas.

Svapna (palabra etimológicamente idéntica al latín *somnus* y griego *hypnós*), el segundo estado, es la conciencia de ensueño: un estado subjetivo todavía dominado por las impresiones objetivas, que dejaron sus rastros en la mente y se van paulatinamente despertando y combinando, de una manera más o menos confusa, obedeciendo a la lógica peculiar de la subconsciencia.

Sushupti, el tercer estado, es el sueño profundo definido como "sin ensueños". En esta etapa la conciencia ha dejado de ser impresionada tanto por los sentidos exteriores como por sus reflejos interiores: estando la mente enteramente absorbida en sí misma, goza la tranquila felicidad que directamente procede de su propia naturaleza íntima. Por lo tanto, corresponde este estado a la Miel de la mezcla, así como el estado de ensueño está significado por la Leche, producto de la digestión animal.

Turiya, o sea el "cuarto" estado, representa una etapa más íntima

y profunda de interiorización subjetiva, despierta a la Realidad Espiritual, que trasciende enteramente tanto el mundo objetivo como sus reflejos subjetivos. Está representado por el Aceite de la mezcla, que se obtiene del fruto maduro del olivo, cuyas ramas son simbólicas de paz y serenidad.

Hay, además, un quinto estado llamado *Turiyatita*, "más allá del cuarto", que corresponde a la exaltación samádica. También se lo denomina *unmesha-nimesha*, el "abrir y cerrar los ojos", simbólico de un estado de percepción típicamente trascendente. En la mezcla es el Vino, el licor típico de la exaltación, que, sin embargo, no debe confundirse con la ebriedad.

Los dos primeros estados descansan por igual en la vida exterior; el tercero representa una etapa intermedia de equilibrio, un puente tendido entre la conciencia objetiva y la subjetiva. En los últimos dos se exalta progresivamente la Vida Interior.

LOS CINCO SENTIDOS

Limitándonos a la conciencia objetiva, la misma Mezcla puede considerarse simbólica del conjunto de las percepciones que recibimos del mundo exterior, a través de la avenida de los cinco sentidos ordinarios, cada uno de los cuales corresponde a una distinta categoría perceptiva.

La *harina*, elemento sólido y palpable y al mismo tiempo fraccionado en distintas partículas, nos da el sentido de *cohesión* y *división* que, evidentemente, corresponde al Tacto. La *leche*, que constituye el primer alimento de los mamíferos, de la misma manera representa el sentido del Gusto. La *miel*, en la que se juntan los perfumes de muchas flores, excita en forma particular nuestro Olfato. El *aceite*, que alimenta la lucerna, símbolo de claridad, puede considerarse emblemático del sentido de la Vista. En cuanto al *vino*, podemos relacionarlo con el oído que capta en forma especial, hasta favorecer la percepción de las voces ultrasensibles: los diferentes espíritus que soplan en las orejas, indiscriminadamente la verdad y el error. *In vino veritas*: pero no solamente la Verdad.

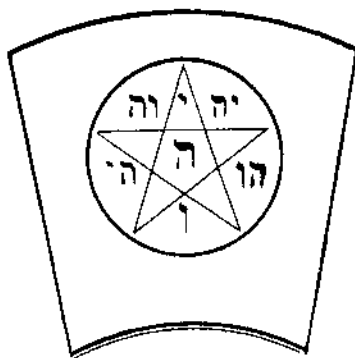
Estos mismos sentidos corresponden a las cinco flores que Proserpina, la hija de Deméter, simbolizando el Alma humana, estaba cogiendo en el Jardín de la Vida: la rosa, el azafrán, la violeta, el iris

y el jacinto. Cuando, empero, quiso coger la sexta flor (el *narciso*), o sea desarrollar el sexto sentido, se le abrieron delante las puertas del más allá, apareciendo Hades, su raptor, que la llevó violentamente a su mundo subterráneo, en el que hubo de familiarizarse con un género distinto de *realidad*, que en un principio la llenó de espanto y asombro.

El *sexto sentido* —el sexto talento que se adquiere por medio del uso más sabio y provechoso de los cinco que nos han sido dados— nos hace, pues, penetrar violentamente en las profundidades ignoradas de las cosas, en el reino que trasciende la realidad física, de la que momentáneamente perdemos el conocimiento: es un estado de conciencia distinto del ordinario, en el que se encuentran las *semillas* o Principios Causativos —simbolizados por la *granada*— de las cosas manifiestas.

LA MARCA DE LA PIEDRA

La Piedra Clave del Arco trae una *marca* especial que la caracteriza como signo distintivo de quien la hizo —que es el mismo recipiendario— y que de ordinario se representa con un sello llevando una inscripción que varía según los ritos, y en el centro otro emblema que, de ordinario, representa al Sol.



Sin embargo, la verdadera Marca de la Piedra Clave es el Signo del Hombre o Pentagrama, emblemático del dominio de la Tríada Divina (el Delta, que se expresa en los tres Principios Superiores del

hombre) sobre la Díada o Binario de sus dos aspectos inferiores: los dos cuerpos y las dos columnas, los dos lados derecho e izquierdo, el hombre y la mujer. Es precisamente esta Marca la que a la vez caracteriza la forma especial de la piedra y sus proporciones.

Así pues, el dominio de la Individualidad y de las aspiraciones superiores e ideales del hombre sobre sus tendencias personales y pasionales inferiores es la verdadera "marca" que tiene que llevar grabada toda la Piedra Clave para que pueda dignamente ocupar el puesto *único* y *central* que le compete, siendo por su misma *gravidad ideal* el sostén indispensable del Arco al que pertenece.

En esta Marca podemos leer el Tetragrama expresado en sus cinco sílabas, según las hemos analizado: la primera letra sobre la punta superior, que corresponde a la cabeza, y las cuatro letras de dos en dos, en sus dos sentidos: Yah-Vah, Hu-Hi.

EL SEPTENARIO

Añadiendo a los tres primeros elementos constitutivos del Tetragrama sus cuatro combinaciones, obtenemos de ellos siete sílabas distintas: *Yod, He, Vau, Yah, Vah, Hu, Hi*. Este primer septenario puede ser ampliado o materializado en un segundo (que debe considerarse "femenino" con relación al primero), por medio de la adjunta de la segunda *hé*. Es decir: *Yah, Hah, Vah, Iha, Uha, Hua, Hia*. Eliminando los dos elementos *Yah, Vah*, que se hallan repetidos, obtenemos la docena: el Círculo Zodiacal, que es el campo de acción de los siete planetas, o Septenario de los Rayos Cósmicos.

Les corresponden los siete colores, las siete notas musicales, las siete luces del candelabro, los siete Elohim y los siete Arcángeles, o sea los siete Espíritus que se sientan delante del Trono, como medidas, modelos y patrones aritmogeométricos de toda octava musical y astronómica en la Arquitectura de la Vida Cósmica.

Los siete pasos de la Marcha hacen alusión al mismo Septenario Clave de la Creación entera, y siete son las etapas de todo *devenir* en cada una de sus distintas fases. Según lo hemos visto precedentemente, la Ley Septenaria es la que también se halla adumbrada en el Sello de Salomón, combinación simétrica de dos ternarios concéntricos, opuestos y complementarios. El Centro Común es el Primer Elemento, la Primera Nota Generadora, que sintetiza, une y rela-

ciona entre sí los dos ternarios, cada uno de los cuales es el reflejo del otro, según la Ley Analógica: *lo que está arriba es como lo que está abajo, y ambos se resuelven en la Unidad.*

En el reino de los colores, las tres primeras tonalidades calientes (rojo, anaranjado, amarillo) y las tres frías (azul, índigo, violeta) tienen su centro de equilibrio en el *verde*, que no es ni caliente ni frío, sino templado, en el que la naturaleza, lo mismo que nuestra vista, parecen descansar. Y entre las notas musicales, de la misma manera, es *fa*, que representa el sonido central entre las tres notas graves o masculinas y las tres notas agudas o femeninas. Así las tres parejas complementarias, los brazos simbólicos de la Naturaleza Divina, recorren constantemente el Círculo del Espacio en el Ciclo del Tiempo.

LOS SIETE PUNTOS DE LA LEY

El candelabro de siete brazos, generalmente emblemático del Septenario y de todas las octavas cósmicas, también indica los *siete puntos de la Ley*, en correspondencia con los siete signos o trazos de pluma que se precisan para escribir la palabra hebrea Thorah o TORA, que justamente significa Ley. Esta palabra es otro tetragrama que cíclicamente puede leerse: *tora, orat, rato, ator, taro, arot, rota, otar*. Constituye, por lo tanto, una completa octava que se termina con la primera nota de la octava siguiente, la que debe considerarse como *cumplimiento* de la octava anterior.

Este cumplimiento es una nueva comprensión de la Ley, el principio de una ética más humana y fraternal, en la que el "Ojo por ojo, diente por diente" de la Ley Antigua es superado por la Nueva Ley del Amor que se expresa con las palabras: "Haz a los demás lo que desearías que te hicieran". Por ello dijo Jesús: "No he venido para cambiar la Ley, mas para cumplirla".

El primer punto de la Ley es el *orden*: todo necesita manifestarse ordenadamente, en su natural secuencia, según lo vemos en la Gran Obra de la Creación. Este orden podemos verlo en las letras Alfa-Beta, que de la misma manera proceden ordenadamente de A a Z, de Alfa a Omega, desde un Principio Ideal hasta la finalidad hacia la cual está dirigido. Esto es lo que expresa el dicho clásico *Natura non facit saltum*: aun cuando esa continuidad no sea rigurosa como

la de una línea recta, siempre se trata de *pasos* más o menos largos, y no de brinco.

La *compensación* es el segundo punto, corolario del precedente: así como al paso que se da con el pie derecho debe seguir otro con el izquierdo, y recíprocamente, todo avance en un sentido necesita ser compensado con su complemento, para mantener y sostener el equilibrio, condición indispensable de todo progreso. Así como al placer sigue el dolor, así igualmente toda pena tiene su compensación en su cesación primero, y luego en el gozo o beneficio que de ella procede. En las palabras evangélicas (Juan, XVI-21): "La mujer cuando pare tiene dolor, porque es venida su hora; mas después que ha parido un niño ya no se acuerda de la angustia por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo". De la misma manera, en el campo de la vida, ningún esfuerzo inteligente puede permanecer improductivo: para toda obra y para todo obrero, el *salario* correspondiente le ha sido preparado por la Ley, y se manifestará infaliblemente con su efectivo cumplimiento.

La *causalidad* es el tercer punto de la Ley, siendo la relación lógica y necesaria entre Causa y Efecto: *no hay efecto sin causa ni causa sin efecto*. Toda acción produce inevitablemente una reacción o resultado, ni pueden éstos existir sin aquéllos. Esta Ley obra en todos los planes: en el del pensamiento al igual que en los de la palabra y de la acción. Por eso se nos dijo que somos responsables por cada una de nuestras palabras, lo cual incluye los pensamientos, dado que ambos actúan en lo invisible hasta producir resultados visibles y tangibles. "Lo que se susurra a la oreja será gritado sobre los techos", pues "tu Padre que ve en secreto te recompensará en público" (Mateo, V-6), aparte de que los pensamientos y las palabras —los primeros más aún que las segundas— suelen atraer las condiciones y circunstancias que favorecen su realización, de acuerdo con su polaridad.

El Ritmo o *vibración* constituye el cuarto punto, sirviendo de eslabón intermediario entre los tres aspectos anteriores de la Ley y los tres siguientes: representa la más elevada y conspicua de las siete luces del candelabro, por lo cual es la Ley más universalmente reconocida por la Ciencia en la naturaleza. Todo lo que aparece en el universo es una forma de actividad rítmica y vibratoria, desde el dominio macrocósmico de los soles y galaxias, hasta el infinitamente pequeño de los átomos y electrones. Intermedia entre ambas, la vida humana y la vida orgánica en general, es un ritmo majestuoso que comprende

infinitos eslabones individuales, cada uno de los cuales es un compuesto de un sinnúmero de ritmos menores que sincronizan armónicamente con los ritmos cósmicos.

Otro aspecto de la Ley es el *equilibrio*, que puede compararse con el corazón que sostiene la continuidad vibratoria. Es la Ley que preside la Arquitectura humana, biológica y cósmica: los edificios se sostienen por cuanto la obedecen, descansando sus distintos componentes uno sobre otro, de manera que la misma Fuerza de Gravedad los sostiene, así como los derrumba cuando cesan de obedecerle. Otro tanto sucede en nuestro organismo, cuya actividad vital se halla sostenida por la misma fuerza que lo destruye, toda vez que se altere en forma irremediable su perfecto equilibrio funcional. La sociedad humana es igualmente sostenida por su más armónico equilibrio, de cuya falta nacen todos los conflictos que amenazan su pacífico y progresivo desarrollo.

Este quinto punto de la Ley se halla íntimamente relacionado con su sexto aspecto, la *polaridad*, debido a la cual todo tiene dos polos que existen el uno para el otro y que, por lo tanto, se compensan y complementan. Así como la Gravitación Universal se halla sostenida por la acción y reacción en sus dos aspectos, que son la fuerza centrífuga y la centrípeta, de la misma manera la evolución biológica utiliza los dos sexos para su progresiva selección y mejor adaptación. Así igualmente los dos polos del imán hacen patente la orientación activa de su latencia energética, y la aplicación de la misma ley nos ha dado la electricidad, presidiendo en forma parecida a todas nuestras actividades vitales.

El ritmo equilibrado y la vibración armónica, actuando dentro de la polaridad universal, manifiestan el séptimo punto de la Ley, o sea la *periodicidad* que, como los demás, se aplica por igual al mundo físico y biológico, a los átomos como a los astros, y a la vida individual, moral y social del hombre. Tal como todo movimiento en el espacio es un círculo o cicloide, así igualmente y a la vez, en el dominio temporal, toda actividad y toda variación son cíclicas: la combinación coordinada de los ciclos menores y mayores, de la misma manera se manifiesta en la forma *espiral* o *serpentina*, debido a lo cual la serpiente es el símbolo clásico de todo devenir progresivo, y a la vez de toda energía y actividad.

La Serpiente tentadora del Edén es, en último análisis, la propia actividad cósmica y el aspecto *exterior* de la Divinidad misma.

LOS NUEVE NOMBRES

Sobre los nueve arcos de la Bóveda —y las nueve piedras del Arco Real— se hallan inscritos los Nueve Nombres o aspectos de la Divinidad, que anteceden al décimo y más verdadero. Los nombres semíticos de la Divinidad son, en realidad, más de nueve —en árabe se cuentan cien— y por lo tanto varían un poco según los rituales. La importancia del número nueve radica en que es prácticamente el equivalente de las nueve Cifras Místicas o *Sephirot*, de cuya década el número 100 representa la potencia.

Podemos considerar como tales: *Yod*, *Yah*, *Yehu*, *Adonai*, *El Hannan*, *El Shaddai*, *Eloah*, *Elohim* y *Sabaoth*.

Los primeros tres resultan, como ya lo hemos visto, de las primeras tres letras del Tetragrama. El cuarto significa "Señor, Mi Señor" y es el sustituto más corriente del Nombre Inefable, que se emplea en reemplazo. Sin embargo, no debe olvidarse que ese nombre se refiere a la Divinidad en general, y particularmente a *Thammuz*, cuyos misterios fueron difundidos entre los pueblos cercanos al judío —de donde se derivó la forma griega *Adonis* y la leyenda que lo relaciona con *Afrodita* o *Istar*.

Los cuatro siguientes tienen como raíz común *AL* o *EL* (de donde proviene también el árabe *Allah* o *Alá*), que significa "Altísimo, Poderoso", equivalente semítico de la raíz indoeuropea *div*. *Eloah* es justamente el equivalente hebreo de *Alá* y hace hincapié sobre la idea de *unidad*, *singularidad*, a la vez que *Elohim* (o *Alahim*) tiene forma plural y significa propiamente "los dioses". Encontramos este nombre al principio del Génesis, que resume las tradiciones sumero-caldeas acerca del origen del mundo y de la creación del hombre.

El *Hannan* y el *Shaddai* le añaden los atributos respectivamente de *Gracia* y *Poder*, refiriéndose por lo tanto al *Amor*, *Bondad* o *Misericordia* y a la *Omnipotencia* divinas. En cuanto al último, *Sabaoth*, es también un nombre plural, que significa "plenitud, abundancia"; también puede leerse *Shebaoth*, significando "los siete, la héptada". Significado parecido tiene la forma similar *El-ceboth*.

En último análisis, los nombres originales y verdaderos se reducen a tres: el Tetragrama, del que se derivan los primeros tres, que representan su primera o primeras letras; la forma vocativa genérica *Adonai*, que lo substituye corrientemente; el nombre *El*, común como el ante-

rior a los demás pueblos semíticos, en sus formas colectiva, singular y plural, con sus diferentes atributos, entre los cuales Hannon, Shaddai y Sabaoth.

De esta tríada primordial procede el Novenario, que a su vez tiene su término natural en la Década, también significada por el primer nombre *Yod* o *Jota*.

LAS NUEVE ESENCIAS

Pasando de la tradición judía a la de la India, encontramos en ésta también un perfecto Novenario en las Nueve Esencias o *Dravias* que toman comunes los seis sistemas o *Dárshanas* de la Filosofía Védica.

La Primera Esencia Fundamental se identifica con la Mónada pitagórica: es el *Atman* (el Ser en sí, uno mismo), *Purusha* (la Persona, el Espíritu) o *Chit* (la Conciencia y su Principio). En cuanto a los otros ocho principios esenciales, podemos resumirlos y comprenderlos sintéticamente en *Prakriti* o *Shakti*, Principio Substancial formativo y Energía Creadora universal.

Tiene ésta tres expresiones subjetivas y cinco objetivas. Las primeras son *Buddhi*, *Ahankara* y *Manas*; las segundas los *Tanmatras*, con los que se relacionan los cinco *Mahabhutas* o elementos y los diez sentidos.

Buddhi, *Ahankara* y *Manas* son los tres aspectos de la mente: Inteligencia discriminativa, Conciencia *personal* o autodeterminación y Voluntad o Deseo. El primero es *sátvico*, el segundo *rajásico* y *tamásico* el tercero: en conjunto forman el Instrumento Interior o *Antaskarana*.

Por medio de *Manas* percibimos, sentimos y queremos; por medio de *Ahankara* nos atribuimos personalmente las distintas experiencias y nos sentimos como individualidades separadas; por medio de *Buddhi* es como llegamos a *discernir* y *elegir*. En otras palabras, *Manas* es en nosotros la *luz de los sentidos*; *Ahankara*, principio de la egolatría y del egoísmo, *Buddhi* la *verdadera luz*, la Inteligencia Divina latente en nosotros, el único Guía interior que está capacitado para dirigirnos rectamente.

Los cinco *tan-matras* (literalmente Medidas o Patrones de lo Real) son los Principios Geométricos de toda realidad o manifestación, hallándose a la vez en correspondencia con los elementos sensibles

(Mahabhutas), los sentidos y las facultades orgánicas (Indriyas). Podemos interpretarlos respectivamente como los principios de la Extensión, el Movimiento, la Irradiación, la Contracción y la Gravedad.

Con ellos se relacionan *Akasha* (la quintaesencia especial) y los cuatro *param-anus*, "átomos" o *mínima*, sustratos indivisibles de toda experiencia sensible, prácticamente idénticos a los Mahabhutas.

Espacio y Tiempo (en sánscrito *Dik* y *Kala*, respectivamente), a veces también considerados como Esencias o Categorías, se identifican en realidad con los principios de la Extensión y del Movimiento: el primero implica diferenciación de localidad, el segundo de posición o estado. En la Inmanencia Omnipresente el Espacio cesa de subsistir, así como en la Eternidad en un Presente Continuo e Ilimitado.

Las ideas de Tiempo y Espacio son, pues, en último análisis, limitaciones de nuestra propia mente, que no sabe concebir la extensión sin diferenciación ni la existencia sin *sucesión*. Ambos desaparecen en lo Absoluto, en donde deja de haber la menor solución de continuidad: todo está siempre igualmente *aquí* como si fuera un punto que todo lo contiene.

Todo se reduce, en fin, a la primera Esencia o Principio que todo lo comprende y ES: el Nombre más verdadero e infalible de lo Real.

LAS NUEVE CAPAS TERRESTRES

En contraposición con las Nueve Esencias, el simbolismo de las Nueve Bóvedas del Templo de Henoc nos conduce a estudiar las nueve capas substanciales que encierran el misterio de nuestro planeta, del que conocemos directamente tan sólo la cáscara exterior.

La imaginación y la tradición antiguas, efectivamente, pueblan el interior de la Tierra de maravillas: no se resignan a ver en ella la misma monótona uniformidad rocosa de la superficie, sino que nos descubren un mundo complejo y lleno de vida, al igual que ignorado por la fría mentalidad que todo lo reduce a la inercia y a la materia, a la vez que lo Real es Espíritu, Vida palpitante y Pensamiento Creador. Siguiendo las tradiciones paganas, Dante puso en las entrañas terrestres un infierno apenas rociado del bautismo cristiano, substituyendo con Lucifer y las cohortes demoníacas la fragua de Vulcano, el reino de Hades y las Potencias Titánicas.

La geología nos ha hecho patente la complejidad de la mera cos-

tra terrestre, que constituye el estrato más superficial, sembrada y entretrejida por los huesos y las cáscaras de la infinidad de las vidas multiformes que la han poblado durante miles de millones de años: en ella los hombres han buscado y siguen buscando los tesoros minerales y metálicos, que luego se disputan ásperamente como símbolos de riqueza y poder.

Más abajo se encuentra el Estigio, río espeso y viscoso, verdadero mar interior de lava derreuida, sobre la cual la masa rocosa y los acéanos que parcialmente la recubren se apoyan como si fuera un cojín. Esta capa semilíquida está comprimida entre las dos presiones, exterior e interior. La presión interior proviene de la densa atmósfera vaporosa del Cocito, en la que gime la vida naciente.

La cuarta capa está formada por la simbólica ribera de Aqueronte, debajo de la cual se halla el dominio de Proserpina, constituyendo el *estrato germinal*, matriz subterránea de la vida terrestre.

Los tres estratos subsecuentes forman el secreto dominio de Hades y su palacio, rodeado de atmósfera luminosa y lleno de indecibles maravillas. Como en el más elevado de los cielos, en lo más profundo de los infiernos se encuentra lo más excelso: el verdadero Shamballa, trono del Rey del Mundo. A pesar de su relativa limitación, el dominio del Júpiter subterráneo puede compararse por su magnificencia con el Olimpo celestial, dado que igualmente trasciende la doble ilusión del Tiempo y del Espacio.

El núcleo metálico, la *tierra* dentro de la Tierra, el sol que calienta y alumbrá sus entrañas, es el mismo Tártaro, refugio inaccesible de los Titanes, situado justamente a *nueve días de distancia* de la superficie, rodeado por el ígneo Flagetón, que puede compararse con la corona solar.

LAS POTENCIAS TITÁNICAS

Habiendo estudiado en los Manuales anteriores los números intermedios, podemos pasar ahora directamente al número 12, que representa las Potencias Titánicas y su cíclico dominio.

Doce son los Titanes, hijos del Océano del Ser y de TAT, Tetis o Titea, la Substantialidad Universal, prototipos de las Potencias Cósmicas emblematizadas en el ciclo zodiacal, seis varones y seis hembras, así como los signos zodiacales se subdividen en masculinos

o diurnos y femeninos o nocturnos. Doce son igualmente las posibles combinaciones de las cuatro letras del Nombre Sagrado: IHVH, IHHV, IVHH, HVHI, HHHV, VHHI, VIHH, VHII, HHHV, HIVH, HHVI.

Podemos estudiarlos en correspondencia con el antiguo zodiaco que comenzaba con Tauro terminando con Aries, con las primeras doce letras del alfabeto semítico y con los doce primeros arcanos.

Corresponde el primero con Tauro, cuyo nombre es el mismo de la primera letra *aleph* o *alfa*, animal de gruesa cabeza, simbólica de todo principio y de Fuerza Inteligente. En el primer arcano la cabeza se halla acentuada por la forma peculiar del sombrero y la postura de las manos repite la disposición equilibrada de la primera letra hebrea. Nuestra misma letra A es una cabeza de toro invertida.

En el segundo arcano vemos representada a la diosa Isis, sentada ante dos columnas que simbolizan el signo de Géminis, y por ende la "casa" significada por el nombre de la segunda letra *beith* o *beta*.

La tercera potencia se halla relacionada con la letra *gama* o *gimel*, que se refiere al signo de Cáncer, al que corresponde el arcano de la Emperadora, Madre Divina de la vida, simbolizada en el cuerpo humano por el pecho y los pulmones.

La cuarta, representada por el signo de Leo, el arcano del Emperador y la letra *dalet* o *delta*, simboliza el centro o potencia vital, la voluntad animadora o directora, que en el hombre es indicada por el corazón.

En la quinta, que corresponde al signo de Virgo, a la letra E y al hierofante o sacerdote, tenemos un emblema de la inteligencia humana y del poder del pensamiento, por cuyo medio el hombre tiene potencialmente "dominio sobre todas las cosas".

La sexta, simbolizada por la letra *vau* o *ypsilon* y por la constelación de Libra, representa el poder de elección y la Ley de Justicia, según puede verse en el sexto arcano, el Enamorado vacilando entre sus impulsos instintivos y sus aspiraciones ideales.

La séptima potencia, representada por el Carro de Triunfo en correspondencia con la letra *zain* o G, y el signo del Escorpión, simboliza el progreso evolutivo de la vida sobre las dos ruedas del sexo que la renueva constantemente perpetuándola.

La octava, relacionada con la letra H o *eta* y con el signo de Sagitario, es emblemática del equilibrio kármico y de la Ley de Causalidad,

que obra a través de la muerte y del renacimiento en sucesivas encarnaciones.

La novena está representada por la letra *teth* y la constelación de Capricornio, correspondiendo al Ermitaño entre los 22 arcanos y a las rodillas en el templo de la vida orgánica. Denota la facultad de la Inspiración que debe gobernar la mente humana, estableciendo la Verdadera Religión identificada con la Ley Moral.

La décima, simbolizada por la letra *yod* y la constelación de Acuario, corresponde a las piernas y a la Rueda de la Vida, representando la Fuerza Motriz de todo progreso, por medio de la acción complementaria y equilibrada de las mismas fuerzas antagónicas, así como en nuestro organismo los dos pares de extremidades trabajan para un mismo fin.

La undécima potencia, simbolizada por la letra *kaph*, la constelación de Piscis y el arcano de la Fuerza, denota el Nuevo Nacimiento con el que se abre toda nueva etapa evolutiva. Su representación alegórica ilumina la leyenda del Arco Real: *In ore leonis verbum inveni*.

La doceava potencia primigenia se halla indicada por la letra *lamed* o *lambda* y por la constelación de Aries, correspondiéndole el Arcano XII, que representa a un hombre suspendido de arriba abajo, en una posición análoga a la de su venida al mundo. Al igual que la serpiente mordiéndose la cola, es un emblema característico de introspección, del descanso cíclico en la perfección relativa que se ha alcanzado, del Pralaya en que se termina el universo, a la vez que otro se prepara para nacer de la semilla latente del que lo ha precedido.

Son éstos tan sólo símbolos indicadores de esas doce Potencias Inefables. Debe notarse, empero, que originariamente la letra K representaba la constelación de Sagitario, la L la de Capricornio, la M la de Acuario, la N la de Piscis, y el *ain* u O la constelación del Ojo, después llamada Aries.

LOS DOCE PANES

Los doce panes de la proposición que las doce tribus ofrecen al Altísimo constituyen una más directa referencia a los doce signos zodiacales, en el orden en que usualmente se los reconoce: las doce divisiones cíclicas del Ritmo Cósmico y Terrestre de la Vida, y a la

vez los doce sectores que diferencian radialmente todo campo energético-vital.

Aries es el primero, denotando el impacto vital del equinoccio vernal en su característica irruente inquietud. El Sol se exalta simbólicamente en esta división, en el punto que exactamente corresponde a la raíz cuadrada del círculo zodiacal, y Marte, su regente, representa su fogosa violencia.

Tauro, símbolo de mansa quietud laboriosa y a la vez de vitalidad y fuerza brutal, representa la fertilidad productora de la naturaleza que se renueva en la estación que manifiesta su más prodigiosa fecundidad. Por esta razón, se lo ha puesto bajo el dominio de Venus en su aspecto más terrenal, y se considera que la Luna en este signo tiene una fuerza equivalente a la de su plenitud.

Géminis, signo humano, aéreo y bicorpóreo, representa la floración multicolor que nos atrae con su agradable variedad y con el encanto de su perfume: es ésta, pues, la época del año que más excita los sentidos y estimula la inquietud mental. Por lo cual se considera que Mercurio tiene aquí su trono y Urano su exaltación.

Cáncer representa el inicio maduro del verano y la estación en que se saborean los primeros frutos de la tierra. El elemento *agua* parece que todo lo penetra con su verde madurez: el astro de la noche que promueve las mareas tiene aquí, por lo tanto, su asiento, a la vez que el Señor del Olimpo derrama en este signo su fértil plenitud.

Leo, en correspondencia con la plenitud y el ardor veraniegos, simboliza la estación más cálida, cuando el Sol parece que todo quiere abrasarlo con su voracidad insaciable. Marte también manifiesta en el calor de la estación estival su más heroica belicosidad.

Virgo, símbolo de naciente madurez, representa la inteligencia práctica que cosecha los frutos más deliciosos de la vida para su mejor utilización, la mente analítica y concreta en su máxima capacidad. Mercurio y Vulcano comparten su dominio.

Libra, emblema de equilibrio y equidad, representa la facultad del juicio que preside a la justicia humana, el amor al orden, el ritmo y la armonía, y las facultades artísticas en su apogeo de refinamiento. Venus tiene aquí su asiento preferido, y el mismo Saturno sombrío sonrío en este signo de su exaltación.

Escorpio, simbolizado también por una serpiente, representa la esta-

ción tentadora que precede el frío invernal, excitando las facultades reproductivas al igual que la belicosidad instintiva y la fecundidad creadora. Marte se oculta en este signo, en compañía del Señor del Hades, por lo cual se hace doblemente peligroso.

Sagitario, representado por un Centauro Arquero, es el símbolo de la perfecta coordinación de los esfuerzos en vista de una determinada finalidad material o espiritual. Júpiter tiene su asiento y Neptuno se halla dignificado en esta región ignea que, en el hemisferio septentrional, corresponde a los últimos destellos del otoño, al año viejo muerto inexorablemente por la flecha del tiempo.

Capricornio, animal anfíbio como el lagarto, representa la transición de la vida acuática a la terrestre, así como su tenacidad, persistencia y poder de adaptación. Saturno el Sembrador rige este signo cardinal y terreno, símbolo de paciencia, prudencia y previsión laboriosa, que corresponde a la cosecha en el hemisferio austral.

Acuario, el Jardinero Celeste que derrama las aguas fertilizantes y las ideas fecundas que renuevan el mundo, es signo eléctrico, aéreo y fijo que inclina a la filosofía y promueve la enseñanza, la cultura y el humanismo. Es el más exaltado entre los signos humanos, asiento de Urano, el Varuna védico, acompañado por Mitra y Aryamán.

Piscis, refigurando dos peces atados por un mismo lazo, que sin embargo se mueven en ángulo recto, el uno hacia el Norte y el otro hacia el Oeste, representa la Dualidad dinámicamente operativa en toda la naturaleza, rigiendo toda la arquitectura cósmica, y en el hombre la coordinación de la mente y del sentimiento, y su natural inclinación hacia la Verdad y la Bondad. Es el trono de Neptuno y la exaltación de Venus, que aquí manifiesta su inagotable fecundidad.

LOS DOCE TRABAJOS

Otra expresión de la dodécada que más de cerca se relaciona con el hombre es la que constituyen los doce trabajos u obras kármicas impuestos a Hércules, prototipo del hombre, *héroe* potencial, por el propio ambiente de su nacimiento, como expiación y purificación de su *locura juvenil*, equivalente pagano del pecado original, de la que el hombre tiene que redimirse en sus encarnaciones subsecuentes. Así y no de otra manera es realmente como los hijos tienen que pagar por las culpas de sus padres.

La Gran Obra, individual y colectiva, se cumple, pues, en el dominio zodiacal de las Potencias Titánicas, y con la cooperación de éstas. Por tal razón comprende justamente doce fases, cada una de las cuales se relaciona con la estancia anual de Júpiter en cada signo. Nuestras encarnaciones, hasta alcanzar la *apoteosis* de la verdadera Maestría, son, naturalmente, muchas más de doce, más que los días del año y los grados zodiacales. Pero, simbólicamente, pueden representarse en esas doce obras que a todos nosotros por igual se refieren individualmente.

Primera entre todas viene la captura y muerte del León de Nemea: la fuerza de los instintos y pasiones incontrolados que todo lo devasta y devora, mientras la razón no logre apoderarse de ella y dominarla, dejando de obedecerle. Como los flechazos no hieren sus partes vitales, es necesario perseguirlo y vencerlo alcanzándole en su propia cueva, en una lucha cuerpo a cuerpo, hasta ahogarlo, y luego apoderarse de su piel. En nuestra lucha para controlarlos, no debemos, empero, realmente *natar* nuestros instintos: todas las fuerzas de la Naturaleza son originariamente *divinas* y pueden y deben utilizarse. Más sabio, por lo tanto, es apoderarnos de su fuerza, por medio de su inteligente transmutación, hasta que esa pasión devoradora se convierta en el entusiasmo sostenido que nos lleva firmemente a la Meta que nos hemos propuesto.

Viene como segundo trabajo la destrucción de la Hidra de Lerna, monstruo fabuloso de origen inmortal, dotado de nueve cabezas amenazantes que se regeneran inmediatamente, amenazando los rebaños al igual que las cosechas. En esta tarea se halla acompañado por Yolao, su auriga e inspirador, cuyo papel es semejante al de Sri Krisna en su relación con Arjuna.

Aun cuando este trabajo puede interpretarse naturalmente como una obra bonificativa en un delta pantanoso como el del Nilo, esa Hidra policéfala es también simbólica de la injuria en sus aspectos más degradantes que acecha al hombre con su hábito envenenado hasta reducirle a la impotencia. Como constelación tiene su parte delantera entre Leo y Cáncer, extendiéndose al Sur hasta los pies de Virgo. Con tizones candentes, Yolao quema las cabezas renacientes, en lugar de las que Hércules aplasta con su maza, después de lo cual, habiendo éste cortado la cabeza inmortal (símbolo del Amor verdadero y como tal impercedero), la sume bajo una roca que hará de Piedra Fundamental de su regenerada vida espiritual.

Después viene la captura de dos animales, suave el uno como veloz, turbulento y amenazador el otro: la Cierva Cerinita y el Jabalí de Erimantea.

Podemos identificar estos cuadrúpedos con las dos constelaciones australes más próximas a las estrellas de Géminis, el Can Menor y el Can Mayor, o bien con el Lobo y Capricornio que se hallan cerca de los dos Centauros, con los que Hércules sostiene una lid sangrienta. En la cierva de pies de bronce y cuernos de oro, sagrada a Diana y disputada por Apolo, se quiere ver una alusión a la facultad de la intuición, muy difícil de alcanzar pero no menos necesaria para el progreso espiritual. Y en el jabalí podemos ver un símbolo de la intemperancia, que produce efectos desastrosos no solamente en el templo orgánico de la vida, sino que también hace enloquecer a los hombres y provoca contiendas tan inútiles como desastrosas.

La siguiente obra es la limpieza de los establos de Augías, rey de la Elida, cuya hija, conocedora de las virtudes de las plantas, componía con ellas mágicos brebajes. En estos establos, que hospedaban a sus innumerables rebaños, y entre ellos doce cándidos toros, se había acumulado la suciedad de varias generaciones, y Hércules debía limpiarlos en un día. Lo logró haciendo un agujero en la pared, y luego desviando el curso de un río para que sus aguas los inundaran. Este trabajo puede, por lo tanto, identificarse con la constelación de Acuario, simbolizando las corrientes vitales que fluyen por la nariz, y a la vez el pensamiento positivo que limpia la mente de las ideas negativas y de los errores que en ella se hayan acumulado.

Su sexto trabajo fue la caza y destrucción de las aves antropófagas que habitaban las lagunas de Estinfal y mataban a los hombres con sus plumas bronceadas que lanzaban a manera de flechas. Esta labor parece debe colocarse en la constelación de Piscis, y las aves identificarse con los temores y preocupaciones humanas, que realmente matan y devoran a los hombres que se dejan dominar por su poder destructor. Representando el pensamiento positivo iluminado por la Verdad, el héroe solar fácilmente las derrota.

Casi contigua a la constelación de Piscis se halla la de Tauro —debido a la relativa insignificancia de la de Aries—, que se relaciona con el séptimo trabajo: la captura del Toro de Creta. Éste había sido enviado a Minos por Neptuno, para que se lo ofreciera, pero el rey codicioso lo retuvo para sí, debido a lo cual el animal se hizo furioso y aterrorizó

el país. Hércules obtuvo así fácilmente el permiso de apoderarse de él, para luego encadenarlo y arrastrarlo por mar hasta Micenas.

Este trabajo, relacionado con el primer signo zodiacal, quiere indicarnos que cada año es un don divino y que debemos, por lo tanto, aprovecharlo, consagrándolo a nuestras aspiraciones más elevadas, y no tan sólo para satisfacer y robustecer el egoísmo y la codicia. De otra manera habremos perdido para siempre esa preciosa oportunidad: el animal, símbolo del trabajo mismo, será llevado a donde haya quien lo aproveche constructivamente.

Algo semejante es la subsecuente captura de las yeguas de *Diomedes*, hijo de Marte y rey del pueblo guerrero de los Bistonios, que mataban y se comían a los náufragos que llegaban a esas costas. Así como el toro simboliza la obra manual, las yeguas representan la actividad intelectual y los intentos que presiden a aquella y guían nuestras acciones: son, por lo tanto, sus propios intentos egoístas los que destruyen a los náufragos de la vida. Hércules y sus compañeros sólo logran apoderarse de ellas después de feroz combate con los Bistonios, quienes, con *Diomedes*, habían acudido a defender sus posesiones, a los que vencen, quedando el rey dado en pasto a esas hembras antropófagas.

Más compleja es su novena aventura: la conquista del *Cinto de Hipólita*, reina de las amazonas, símbolo de las aspiraciones del Alma, que constituye la parte femenina de nuestra propia naturaleza. Embarcándose con otros héroes, tiene que pelear primero con los hijos de *Minos*, luego con los enemigos del rey *Licos* (cuyo nombre nos recuerda la analogía entre *lobo* y *luz*), y finalmente con las amazonas, suscitadas por *Hera*, aun cuando *Hipólita* había consentido cederle su cinto pacíficamente. Debido a lo cual la reina es inútilmente sacrificada por la brutalidad masculina, que pretende apoderarse violentamente de su innata virtud. Ese cinto, análogo al de *Venus* y emblema de la femineidad, pierde todo significado y valor al ser separado de su legítima poseedora: el amor y no la violencia hace, por lo tanto, su conquista realmente significativa y valedera.

Décima hazaña del héroe solar fue la conquista del rebaño de *Gerión*, matando a su poseedor, quien se le enfrentó, después de sus guardianes, los perros *Ortros* y *Euritió*n. Eso aconteció en la isla de *Eritia* (la roja), allende el Océano, lo cual parece referirse a una isla del Océano Atlántico habitada por seres gigantescos, personificados

por el mismo tricépite Gerión, quien pereció bajo sus flechas, después de su vaquero y del perro, abatido por su maza.

La mitología comparada parangona el perro bicépite Ortros, hermano de Cerbero, con Vritra, el genio védico de la tempestad. En su viaje pasa Hércules de Europa al África, para luego atravesar el Océano en la Copa de Oro que le presta Helios, quien se sirve de ella en su viaje nocturno, lo cual significaría que el Sol tuvo que esperarle mientras no regresara, deteniéndose en su solsticio para la conveniencia del héroe, quien pasó con el ganado adquirido en la misma copa, para luego volver por el camino de Europa, en un viaje lleno de peripecias: en esta ocasión levantó Hércules *las dos columnas* sobre el estrecho de Gibraltar, probablemente en agradecimiento a los Dióscuros, quienes lo hicieron salir airoso de la empresa. De regreso a Micenas, las vacas fueron sacrificadas a Juno, para aplacar su enojo, por su hermano Euristeo.

También su siguiente hazaña tuvo lugar en el dominio transatlántico, consistiendo en apropiarse de *las manzanas de las Hespérides*, las ninfas hijas de Héspero, personificación de la estrella vespertina, o más probablemente de los Atlantes. Desconociendo el camino, necesita primeramente adueñarse de Nereo, que todo lo sabe, y luego en África enfrentarse en una lucha cuerpo a cuerpo con el poderoso gigante Anteo, hijo de Poseidón. También se suele relacionar con este viaje la liberación de Prometeo, matando al águila que lo atormenta, así como la substitución temporánea de Atlas, sosteniendo el mundo sobre sus espaldas, para conseguir su ayuda. Finalmente, las simbólicas *manzanas de oro* le son entregadas por las mismas Hespérides, amansado previamente (o matando, según otro relato) al dragón que las guardaba.

Evidentemente, esta hazaña tiene estrecha relación con el relato bíblico de los frutos del Arbol de la Vida, en el jardín edénico, en el que, sin embargo, el dragón está substituido por una serpiente, quien invita a recoger y probar esos frutos maravillosos, que Hércules después entrega a Atenea, la diosa de la Sabiduría y su protectora.

El último trabajo zodiacal que le impuso su hermano fue el de sacar de su dominio plutónico al perro tricépite que lo guardaba. Habiendo entrado en la morada subterránea de los muertos, trata primero de propiciarse al mismo Aidoneo, quien le permite llevarse el perro con la condición de que logre adueñarse de él sin armas, lo cual hace cogiéndolo primero por su cola de dragón y luego por el

cuello hasta casi ahogarle. Hermes le guía en el camino de regreso, y después que Cerbero fue mostrado a Euristeo en Micenas, lo deja libre para que regrese a su residencia, símbolo del *dominio de la sub-consciencia*, morada de las sombras del pasado, del que necesitamos adueñarnos con sabiduría para substraernos a su imperio.

LAS DOCE HORAS INICIÁTICAS

Según una tradición que se hace remontar a Apolonio de Tiana, hay doce horas iniciáticas que se describen en correspondencia simbólica con las doce fases de la Obra Individual. Debe notarse que la palabra *hora*, que proviene del griego, significa originariamente "tiempo, temporada, momento". Y más particularmente, en este caso, las doce horas *dobles* comprendidas entre dos sucesivas apariciones del Sol en el horizonte.

La primera hora indica la fase preparatoria, que consiste en el control de las palabras y pensamientos. En ésta "el Neófito alaba a Dios para que ninguna palabra mala o injuriosa sea causa de dolor". Es el *ahimsa* hindú.

La segunda hora es el Abismo de Fuego con las virtudes de las estrellas formando una corona: es decir, el entrenamiento en las virtudes respectivamente simbolizadas por los siete planetas.

En ese mismo Abismo de Fuego aparecen en la tercera hora "perros y serpientes": las influencias positivas, que simboliza el Fuego, representando el *ardor* del alma, activan las *corrientes vitales* de la organización psicofísica (serpientes), despertando a los *perros* o facultades y poderes dormidos.

En la cuarta hora el recipiendario "vaga por los sepulcros", o sea se halla en relación con el más allá, experimentando visiones y sobreponiéndose al horror que éstas pueden inspirar. El temor a lo desconocido debe, pues, dominarse, como condición indispensable para conocerlo todo.

En la quinta hora se reconocen "las aguas encima del cielo", o sea el efluvio de la Eternidad que desciende como néctar y bálsamo reconfortante y regenerador sobre la personalidad.

En la hora sexta, que corresponde a la que precede a la puesta del sol, debe uno "quedarse inmóvil y quieto", dominando los nervios, de manera que el efluvio espiritual pueda penetrarlo enteramente.

En la hora séptima se despierta "el Fuego que conforta a toda criatura viviente": el bautismo del fuego que desciende sobre la personalidad preparada y purificada para completar su regeneración.

La octava hora hace al Iniciado partícipe de "las virtudes astrales de los elementos, semillas de toda especie". O sea llega al dominio completo de las fuerzas que constituyen y sostienen la manifestación cósmica.

Se nos dice en la hora novena que "nada aquí se termina". La vida y toda existencia consisten, pues, en Ciclos sucesivos, mayores y menores, los primeros comprendiendo los segundos y éstos partes de aquéllos, que se compenetrán recíprocamente, de manera que el fin de todo Ciclo marca invariablemente el inicio de otro análogo "mientras todo no sea cumplido".

En la décima hora, que corresponde al Sol pasando al meridiano inferior, "las Puertas del Cielo están abiertas y el hombre ha nacido otra vez". Representa, pues, la Regeneración en la conciencia de la Vida Eterna e Inmortal del Ser, a la que se llega con la muerte progresiva de lo mortal en nosotros: los errores e ilusiones que son la raíz de todo mal y pecado.

La hora undécima es aquella en que "los ángeles, los querubines y los serafines vuelan con sus alas sonoras y hay gozo en el cielo". Es, pues, la hora que los sabios dedican a la contemplación: la que precede al alba y al amanecer.

Así llegamos a la hora decimosegunda, cuando el alba y la aurora aclaran el horizonte, preparando la salida del Sol: entonces "las cohortes del Cielo descansan" y una nueva Manifestación Divina, un nuevo Día Iniciático, se prepara sobre la tierra.

LAS DOCE "CASAS" ASTROLÓGICAS

Las doce horas iniciáticas nos conducen naturalmente a las Casas astrológicas (en latín *loci* y en griego *topoi*, traduciendo el semítico *baitu* o *beth*), que les corresponden en sentido inverso. Son éstas las doce divisiones del cielo, bipartido por el horizonte, que corresponden a un momento dado en un lugar determinado: seis encima y seis debajo del horizonte, aun cuando más propiamente la primera y la séptima son entrecortadas por aquél.

La Casa Primera es la más importante: el *horo-scopo* en su sen-

tido más propio. Es, pues, la que corresponde más directamente a la personalidad individual y la representa fielmente: en ella se juzga por igual el físico y el carácter de la persona, con sus cualidades, tendencias y aspiraciones dominantes. Es la *suma* de su pasado evolutivo, y como tal la *semilla* o potencia de su porvenir.

La Segunda Casa corresponde a lo que *sostiene* la vida y a sus necesidades: es la Casa de la fortuna o riqueza, representando lo que uno se halla capacitado para ganar o recibir, así como igualmente para *dar*.

La Casa Tercera indica a los hermanos y vecinos: a aquellas personas cuya proximidad no puede evitarse, aun cuando sus ideales e inclinaciones sean muy diferentes de los nuestros, así como los pequeños viajes, escritos y contactos próximos.

La Casa IV es la que propiamente indica la *casa*, hogar o familia, más especialmente la familia originaria y los padres.

La Casa V es la del Amor: en ella se juzgan los afectos y atracciones y todo lo que se relaciona con los hijos, placeres, juego, y con toda forma de esparcimiento y recreación.

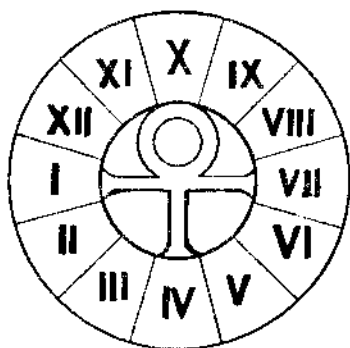
La Casa VI denota los parientes, y más especialmente tíos y tías, así como el trabajo y menesteres que uno hace con sus propias manos, los criados y dependientes, médicos y enfermeras.

La Casa VII es la de la *complementaridad*: indica tanto la propia actitud de uno con los demás como sus asociados, la mujer o el marido, y también los rivales, enemistades abiertas, robos y rateros.

La Casa VIII se refiere a todos los *cambios* que se verifican en el organismo, las enfermedades y procesos regenerativos, la muerte y lo que se relaciona con ella, o nos afecta indirectamente.

La Casa IX es la del Espíritu: en ella se juzgan los ideales y aspiraciones de uno, lo mismo que su educación, la religión y moralidad, los viajes y relaciones lejanas.

La Casa X denota la profesión y posición, los cargos que uno pue-



de desempeñar, el éxito o fracaso, los honores y las fatalidades de la vida. También indica a los superiores y las autoridades, en cuanto le conciernen a uno.

La Casa XI es aquella que significa los amigos, las esperanzas, las simpatías y las condiciones y circunstancias que favorecen.

La última Casa, interpuesta entre ésta y la Primera, cierra el Cielo indicando el Karma, los enemigos ocultos, las desgracias y anti-patías, toda forma de alejamiento, exilio, reclusión u hospitalización.

LAS DOCE PALABRAS

Se usan en este grado, ritualmente, doce palabras, además de la Sagrada o Inefable: 3 de pase, 3 de toque, 3 cubiertas y 3 secretas que confirman la sagrada.

Entre las palabras de pase hay la del segundo grado con la palabra substituta del tercero, acompañando la que significa: *Alabado sea Dios. ¡Nos hemos encontrado!*

Ya tuvimos ocasión de indicar el sentido de las palabras de toque, que se refieren a la simbólica Alianza y la confirman en toda ocasión.

La primera palabra *cubierta* puede ser interpretada como "ser conducido, guiado", y la segunda tiene el sentido de "lugar oculto". La tercera es el Nombre del Señor. En conjunto, por lo tanto, hacen alusión a la ceremonia de recepción, en cuanto ésta reproduce la leyenda del grado.

Las palabras *secretas* o de confirmación se traducen como *nomen-explicatum-pronunciatum*, refiriéndose respectivamente a la interpretación gramatical del Nombre Sagrado o Tetragrama, a su lógica comprensión, y finalmente a su *correcta pronunciación*, que constituye el Supremo Arcano de la Magia Divina, por cuyo medio sus infinitas potencialidades pueden hacerse operativas.

EL DODECALOGO

Así como la Década se extiende naturalmente en la Dodécada, además de los familiares diez Mandamientos del Decálogo mosaico, que hemos estudiado en el MANUAL DEL MAESTRO SECRETO, existen

otros dos, *esotéricos* con respecto a los anteriores, de los que constituyen un complemento iniciático.

El primero —o sea el onzavo— tiene su clásica expresión en el sánscrito *Dharmam chara* y la moderna en inglés *Mind thy business*. Es decir: ¡Haz tu deber! Ocupate de lo que justa y precisamente te concierne, independientemente de lo que los demás puedan o no puedan hacer. Haz tu parte en el Plan Cósmico, según lo dictado por tu propia Conciencia y tu propio discernimiento, dejando a los otros la plena libertad que igualmente necesitan para su crecimiento. Sobre todo ten cuidado de no mezclarte indebidamente en el deber ajeno.

Lo cual no significa que se debe ser indiferente al bien de los demás y a las desgracias del prójimo: el deber de uno puede ser también *ayudar* hasta lo posible, siempre que su ayuda sea realmente necesaria y provechosa. Dar *útilmente* es un deber elemental de solidaridad humana, y en todo caso más eficaz que dar consejos a quien no los desca, o que no estén de acuerdo con su punto de vista y manera de pensar. Sobre todo es necio, y bajo todo concepto injustificable, tratar de imponer a otra persona determinada línea de acción, desconociendo que cada cual tiene que actuar a su vez según su propia conciencia y discernimiento.

El Iniciado en los Misterios de la Verdad debe concentrar toda su atención *en su propio deber*: el Deber Real que íntimamente reconoce como fundamental y que raramente coincide con los deberes ilusorios que se derivan de consideraciones puramente exteriores, o que otros trataran de imponernos. Sin descuidar los deberes externos y las justas peticiones relacionadas con nuestra posición social y familiar, no debemos, sin embargo, permitirles alejarnos de nuestro deber más verdadero y real, que es aquel que nos abre el camino para una siempre más plena y perfecta expresión de la Luz Interior.

El Arcano XI del Taro ilumina este deber: la Fuerza que puede dominar y sujetar a los leones de la adversidad es esencialmente espiritual. Por esta razón está representada por una mujer que lo hace sin esfuerzo aparente. Siempre es un error tratar de forzar las cosas, con lo cual nunca se obtienen resultados satisfactorios, sino que necesitamos esperar su perfecta maduración: los trabajos masónicos deben abrirse en la hora circunstancial apropiada. Como lo dice el Eclesiastés, *hay un tiempo para cada cosa*.

Con el undécimo se relaciona y se entrelaza el duodécimo manda-

miento, de la misma manera ilustrado por el Arcano XII: ¡Haz que tu Luz brille!

Para que la Luz, que constituye la esencia de nuestro Ser Real, pueda realmente brillar y derramarse libremente, nuestra mente y nuestra alma necesitan hacerse perfectamente transparentes, librándose de sus escorias, errores y pasiones, hasta lograr un estado de permanente imperturbable serenidad. El orgullo y la vanidad, al igual que el egoísmo, son, como todas las demás pasiones y vicios, otros tantos velos que infaliblemente la oscurecen.

El Arcano XII justamente simboliza esa actitud de calma y serena *no resistencia*: la tranquilidad inalterable que sabe aprovechar toda circunstancia, aun las más difíciles y oscuras, como *oportunidades*. Dado que tales son realmente. De la misma manera que el sol, con su luz y calor serenos, despeja las sombras y tinieblas de la noche y, con el tiempo, dispersa todas las nubes, así también la Luz Divina *latente* en nosotros tiene un poder igual sobre nuestro medio y las condiciones y circunstancias en que vivimos.



Así como el Imperio del Mundo pertenece de derecho, impersonalmente, a la Luz, de la misma manera es nuestro deber esencial trabajar para su triunfo y establecimiento, tanto en nosotros como fuera de nosotros.

EL ARCANO XIII

El Arcano XIII, que se acostumbra relacionar con la letra M, representa la Muerte, cuyo simbolismo forma el tema fundamental del grado de Maestro. Superando la docena, alegórica de todo Ciclo o Esfera de manifestación, y por lo tanto la conclusión del anterior, el número 13 representa el nuevo Ciclo que se inicia, y todo *pasaje* necesario de una a otra fase, de una a otra etapa de existencia. Lo cual es precisamente la Muerte, como lo es parcialmente el Sueño, por cuyo medio la conciencia pasa de la vida exterior u objetiva a una forma de existencia en la que el factor subjetivo predomina de una manera siempre más completa y exclusiva.

Así como la vida representa un proceso de gradual y siempre más completa *exteriorización*, o extraversion, igualmente la muerte es un proceso de *interiorización* también gradual, en el que la conciencia individual se despoja sucesivamente de sus vestimentas —al igual que Istar en su simbólico descenso— hasta quedar *enteramente desnuda* frente a sí misma, en contacto con la Suprema Realidad.

Cesando la vida orgánica, de ninguna manera se acaba la existencia del Ser que expresa la Palabra Sagrada de este grado —la *verdadera palabra*, substituida o articulada imperfectamente en los grados anteriores—, sino que pasa de una forma de expresión comparativamente trabajosa en el mundo de la materia (desbastamiento de la *piedra bruta*) a su más plena realización en el mundo de la Mente y del Espíritu. Conciencia y Vida son, pues, los dos aspectos complementarios, *interior* y *exterior*, respectivamente, de la Manifestación de lo Real: en donde se encuentre la una también tiene que estar la otra, en alguna de sus formas. En donde hay conciencia hay una forma de vida, así como en donde hay vida siempre existe en ella una forma de conciencia.

Por otra parte, la misma muerte orgánica es un proceso natural que diariamente se verifica en nuestro vehículo fisiológico. Todas las partículas que, en nuestro cuerpo y en sus células componentes, dejan de *responder* a la Vida que las anima, son progresivamente desechadas, destruidas y eliminadas. Ésta es la verdadera esencia del llamado Metabolismo, en el que erróneamente se ha comparado el organismo a una máquina que consume materia para desarrollar sus energías: en el siglo del vapor y de la termodinámica no había otra explicación

de los procesos vitales, comparándose la función del alimento a la del carbón de una locomotora.

Digestión y asimilación son, en realidad, procesos secundarios y subordinados en la Obra de la Vida, cuya función central y esencial es la *respiración*. De ninguna manera se limita ésta a ser un proceso de combustión, sino que constituye la soberana función vital que, mucho mejor que a un motor de combustión, debería compararse a una dinamo o a una central atómica, siendo la fuente más verdadera de nuestras energías y la función *directora* por excelencia.

La muerte, por lo general, sobreviene cuando se haya alterado en forma irremediable el delicado equilibrio vital, o sea por un lado la simple sustitución del material que la vida desgasta, y por el otro la capacidad productora de la energía vital. A diferencia de la *muerte natural*, comparativamente rara en nuestros medios esa ruptura de equilibrio, casi siempre prematura, es debida a la preeminencia indebida de la función digestiva, que disminuye las demás funciones vitales hasta impedirles su normal desarrollo.

No se puede impunemente, por toda la duración de la existencia terrenal, comer de dos a cinco veces más de lo necesario sin que el organismo se resienta con las enfermedades que lo acechan, y lo manifieste en sus mismas alteraciones anatómicas, además de abreviar o cortar repentinamente la duración de su ciclo natural. De aquí la gran lección de la *templanza*, figurativamente representada por el Arcano siguiente.

EL ARCANO XIV

El licor que se vierte de una a otra ánfora tiene muchos sentidos: el primero y fundamental, la *justa medida* aparejada con el discernimiento en lo relativo a la comida y bebida, o sea la introducción de las substancias vitales más apropiadas para preservar la salud y el vigor, favoreciendo la longevidad. En otras palabras, evitar todo exceso y descartar como impropio todo lo que proviene de la Muerte y manifiesta el sello de la actividad destructora que en ella prevalece.

La alimentación cadavérica, que, con la antropofagia, es hoy la herencia y la superstición de las épocas glaciales y cavernícolas, es indigna del Perfecto Masón, así como es para la humanidad en general la imprescindible necesidad del porvenir. El hombre es natural-

mente *frugívoro*, como su misma constitución anatómica lo demuestre y sus hábitos necrófagos son manifiestamente de origen degenerativo. Muy lejos de ser, por lo tanto, la inocente manía de unos pocos, el vegetarianismo es, por consiguiente, un retorno evolutivo necesario, como factor de progreso real, para la humanidad en su conjunto.



Pero no son sólo el alimento y la bebida, como factores, respectivamente, de *degeneración* y *regeneración*, que representan esas dos ánforas, sino también el alternarse de la vida objetiva y subjetiva, así como las encarnaciones sucesivas, por cuyo medio se realiza, a través de los milenios y millones de años, y de innumerables experiencias, el progreso del individuo en conciencia, Sabiduría y Verdad.

La Muerte, desde este punto de vista, es tan sólo el *pasaje* necesario --sin que necesite ser prematuro-- de uno a otro estado, de una a otra etapa, de una a otra forma de vida y de cada encarnación a la subsecuente. En ella, constantemente, la Vida se vierte y pasa, con la Conciencia, de una a otra ánfora, de uno a otro cuerpo, sin perderse jamás: en cuanto se vacía o se quiebra un ánfora, por haber cumplido su función, otra se prepara para sustituirla; una *nueva* ánfora o personalidad para el Vino Nuevo de una existencia renovada interior y exteriormente.

El Ángel de la Muerte es, así, a un mismo tiempo, el Ángel de la Vida, puesto que al lado del ánfora quebrada de la existencia, que es lo único que vemos con nuestra visión limitada, siempre se halla otra nueva lista para recibir el místico vino de la Vid Externa, sin que se pierda una sola gota de ese precioso licor, o sea ninguna de las

anteriores experiencias que destilan la innata Sabiduría y el punto de partida en cada nueva encarnación.

Pero también podemos interpretar este *pasaje* de una a otra ánfora como el proceso de regeneración, a la vez física y moral, que constantemente se verifica en nuestra existencia, por cuanto nuestra constitución psicofísica se va renovando, diaria y paulatinamente, con el mismo diuturno trabajo renovador de la vida orgánica, hasta que la vieja ánfora se ha deshecho prácticamente y una *nueva* o renovada ha tomado su lugar: es en este sentido que *morimos* y *renacemos* diariamente.

Otro aspecto de la Vida que se vierte de uno a otro vaso es la comunión sexual psicofísica de las almas y de sus envolturas: la *mezcla* fisiológica de distintas líneas de ascendencia y herencia, por cuyo medio se prepara la nueva ánfora; un cuerpo nuevo para un alma que se ha renovado durante una larga pausa de interiorización. En realidad, por lo general, con el matrimonio monógamo prevaleciente, son *dos vidas* enteras que se vierten la una en la otra, en una forma más o menos completa y fructífera, lo cual está entendido para el progreso de ambos participantes.

Así pues, tanto la *generación* como la degeneración y la regeneración se hallan representadas a la vez en este místico Arcano.

DOBLE SEPTENARIO

Como *doble septenario*, el número 14, además, nos indica, en su relación con las dos ánforas, que para que la mezcla a la que se refiere pueda efectuarse integralmente, necesita cada una de ellas haber alcanzado la *perfección relativa* que el mismo septenario representa. De manera que el Arcano XIV especialmente simboliza *la perfecta unión* que tiene que verificarse no solamente en los planos físico y emocional, como mezcla corporal e intercambio afectivo, sino comprendiendo toda la integridad del ser.

Toda vez que no se pueda realizar este desideratum ideal, la unión será indicada por uno de los números anteriores, los superiores constituyendo evidentemente etapas progresivas con relación a los inferiores. Así como los números pares representan, por lo general, un mismo grado evolutivo en el hombre y la mujer que participan en la unión, de la misma manera los impares denotan el mayor adelanto

relativo de uno de ellos que no tiene en el otro su correspondiente, pero que, sin embargo, puede constituir un poderoso incentivo, aun cuando con frecuencia constituye una razón de falta de armonía e incompatibilidad, tanto mayor cuanto menos elevada sea la cifra que corresponda con la unión que se considera.

Por supuesto, cuando la diferencia entre ambos fuera más de una cifra, la unión sería intolerable para ambos, y por lo tanto inestable aun cuando llegara a verificarse. Sólo puede haber tolerancia y comparativa utilidad en la unión de dos vidas cuando, de no haber equivalencia, no sea excesiva la diferencia entre ambos en cuanto a la edad espiritual, no menos importante que la corporal. Es ésta también la razón de la antigua prohibición del matrimonio entre distintas castas, así como de su indeseabilidad entre razas distintas. En todo caso la diferencia originaria debe ser tal que pueda con el tiempo nivelarse.

La unión que representa el número 10 es la que puede considerarse más frecuente, siendo simbolizada por las dos manos que, diferentemente equivalentes, se completan naturalmente. Es el matrimonio de la razón que rebasa el plano puramente emocional: aun cuando los intereses intelectuales puedan ser algo distintos, la *comprensión* recíproca hace posible la armonía que favorece el progreso de ambos. Lo cual sería muy difícil si la unión fuera indicada por el número 9.

Equivaliendo a la suma de 5 y 6, el número 11 denota la intuición espiritual que sólo se ha despertado en uno de los cónyuges, ya sea el hombre o la mujer. Esta unión es la que muy bien simboliza el Arcano XI, en el que la mujer representa el factor espiritual que necesariamente domina y somete la voluntad personal.

Más elevada, completa y satisfactoria es la unión que representa el número 12, o sea la paridad de desarrollo intelectual como espiritual: la comunión de ideales y aspiraciones denota el matrimonio o la unión que más fácilmente se traduce en fecunda cooperación. Es la *perfección natural* del zodiaco, así como de la Gran Obra.

El número 13 acarrea necesariamente alguna diferencia: no se trata en este caso de real incompatibilidad, pero la cooperación puede ser más difícil mientras no haya completa sumisión de la Intuición al Imperativo Categórico de la Voluntad Espiritual que necesariamente la trasciende.

Se trata, sin embargo, de una etapa necesariamente transitoria

que, toda vez que no sea suspendida por la muerte física, y frecuentemente a pesar de ésta, constituye un camino derecho hacia la Perfecta Unión que simboliza la paridad del mismo Doble Septenario.

EL ATAÚD DE OSIRIS

El número 14 también corresponde a los pedazos en que se decía fue cortado el cuerpo de Osiris por Tifón, representando éste al Genio del Mal que nace de la Ilusión de Separación. Su esposa viuda Isis los fue buscando cuidadosamente, logrando reunir sólo 13, el número de la Regeneración y de la Muerte, pues le faltaba el elemento vital simbolizado por los órganos generativos.

Estos catorce pedazos naturalmente corresponden a los doce signos zodiacales que rigen la segmentación metamérica humana, separándose en sus dos mitades los signos *dobles* de Géminis y Piscis, que respectivamente presiden a las extremidades superiores y a los pies. Estos dos signos, eminentemente bicorpóreos, correspondían entonces a los números 2 y 14 en la serie zodiacal que comenzaba con Tauro, terminándose con el Ojo Divino, que luego se llamó Aries, con el que también muy probablemente se conecta el Delta Masónico.

Este último corresponde, por lo tanto, al número 16 y a la letra *Ain* del alfabeto hebreo-fenicio, de la que ha venido nuestra O, que, aun mejor que la letra hebrea, refleja en su forma el símbolo que le da su nombre, al igual que la letra N, que representa los dos Peces de la constelación homónima, junto con el lazo que los une.

La disposición de los signos zodiacales en el ataúd simbólico de la Vida Divina subdividida y repartida en toda la Naturaleza, es también significativa de la Evolución de la Vida orgánica, con especial referencia a los vertebrados. Entre éstos, los peces, evidentemente, representan el primer grado o nivel, seguido por una forma intermedia entre aquéllos y los anfibios, simbolizada por el Acuario, que primitivamente tenía la apariencia de un pez con cabeza de hombre.

Capricornio, representando originariamente un lagarto, nos indica la vida anfibia, de la cual proceden los cuadrúpedos, refigurados en el símbolo hipoantrópico de Sagitario. Luego viene Escorpio, o sea la Serpiente, que proviene de los reptiles provistos de cuatro extremidades que debía denotar el mismo Sagitario.

La Libra o Balanza parece referirse a la subdivisión o diferenciación de los sexos, o más propiamente del sexo masculino, con la que se termina la primitiva etapa partenogénica, que de ahora en adelante será la excepción, más bien que la regla. El signo de Virgo caracteriza la fase prehumana de la evolución de los vertebrados, de la cual hubo de proceder el hombre en línea directa, y los primates como producto secundario, comparativamente involutivo.

Como rey de los animales, el león o Leo indica una nueva etapa evolutiva, distinta de los mamíferos primitivos, que son los que más directamente se relacionan con el hombre. En cuanto al signo de Cáncer, más que al cangrejo parece referirse a los mamíferos, que, como la ballena y el delfín, volvieron a la vida acuática, probablemente para substraerse a la amenaza de los grandes carnívoros.

El signo de los Gemelos, que los hindúes figuran como hombre y mujer, representa la etapa propiamente humana, o sea el lado derecho de la evolución de los primates. En la misma serie de los mamíferos, los cuadrúpedos herbívoros, de los cuales los rumiantes constituyen el prototipo, representan otra forma evolutiva distinta de la de los mamíferos primitivos, que incluye al hombre con el mono y los marsupiales; por esta razón, los signos Tauro y Aries siguen en este orden invertido al signo humano de Géminis, y a la vez indican dos etapas ulteriores que la evolución humana tiene que alcanzar en el porvenir.

EL PEZ

La forma del ataúd de Osiris llama naturalmente a la memoria, por su semejanza y significado iniciático, a otro pez, representado en el alfabeto semita por la letra Samek, que ocupa el decimoquinto lugar en dicho alfabeto, la que probablemente figuraba en un principio la constelación de la Ballena.

Este Pez Divino u Oan, que tiene un papel importante en las tradiciones mesopotámicas, puede tal vez identificarse con el Levintán, que, según el libro de Henoc, mora "en las profundidades del Océano, por encima del manantial de las aguas", al que también se refiere el Libro de Job, al decir: "¿Sacarás tú al Levintán con el anzuelo, o con la cuerda que le echares en su lengua?"

Es la misma Ballena que se relaciona con la leyenda de Jonás,

quien estuvo en su vientre tres días, para volver nuevamente a la luz del sol; milagro (o ceremonia iniciática) al que aludía Jesús, preparándose a repetirlo con sus tres días en el sepulcro, al decir: "La generación mala y adúltera demanda señal, mas señal no le será dada sino la de Jonás profeta. Porque, como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en la tierra tres días y tres noches" (Mateo, XII, 39-40).

El relato algo confuso del Libro de Jonás parece tener como base una ceremonia simbólica que consistía en dejar al iniciado durante tres días y tres noches en una cueva o penitral que refiguraba exteriormente a un pez. Las profundidades de la tierra como las de los mares tienen, pues, un significado análogo: ambas son imágenes de las profundidades del Ser, en las que debe buscarse y hallarse la Realidad, o sea el "templo de Jehová".

Es otra versión del relato del Arca de Noé, cuya misión salvadora de la "ira de Jehová" (las sanciones kármicas) nos ofrece la manera de aprovechar y utilizar las mismas experiencias negativas, inducidas y producidas por nuestros errores, como oportunidades de progreso y superación. Tanto el Agua como la Tierra, elementos pasivos o negativos, representan la purificación preliminar y la base de todo proceso regenerativo, que luego tiene que hacerse efectivo, por medio de los elementos superiores y activos, el Aire y el Fuego, respectivamente simbólicos del Espíritu y de la Suprema Realidad.

DE 15 A 20

En el número 15 una nueva unidad aparece, añadiéndose al Doble Septenario, resolviéndose el conjunto en un ternario superior o Divino, rigiendo la dodecádica manifestación zodiacal y cósmica. En la Biblia este ternario primigenio se encuentra *humanizado* y personificado por Abraham, Isaac y Jacob, del que proceden las doce tribus. Y en la religión cristiana se convierte en la trinidad del Padre (el Dios de Abraham, Padre de las alturas), el Hijo (Jesús o Yehoshua, el Salvador), y el Espíritu Santo (la Palabra o Inspiración que procede de la Verdad), quien ilumina a los doce apóstoles y los envía a consagrarse a su misión.

En la religión pagana es el conocido ternario Urano-Cronos-Zeus el que produce y gobierna a las deidades inferiores: sus doce atributos.

En la religión hindú son Brahma, Visnú y Shiva quienes presiden la creación, procreación y renovación de todos los seres y cosas en la Cíclica Manifestación Cósmica; cada uno de ellos tiene cuatro brazos que, sumados, reproducen la dodecada zodiacal, en sus tres modalidades *cardinal, sucedente y cadente*.

En nuestro simbolismo, son la Sabiduría que concibe la Obra, la Fuerza que la realiza y la Belleza que procede de su perfecta ejecución, aparte de las doce columnas representando a los Obreros, con sus distintas capacidades y tareas. Y 15 son, por lo tanto, generalmente, los funcionarios de una Logia *justa, perfecta y completa*.

Resulta, además, el número 15 de la suma de las edades de los tres grados simbólicos, que a su vez son los tres números primos dentro de la década, aparte de la Unidad que es el Todo: la Triada Divina, humanizada en la Péntada, buscando la Perfección que se realiza en todas las octavas cósmicas. Como *triple quinario* representa la multiplicación de los esfuerzos combinados de los Aprendices y Compañeros, o sea de los *talentos* con las facultades básicas. Y también la estrecha cooperación de los sentidos con los órganos activos, bajo la supervisión de las cinco facultades mentales.

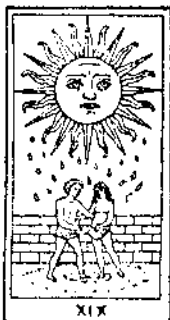
Por fin, 15 es el número triangular de 5, de la misma manera que 25 representa su cuadrado: en este sentido es análogo al número 10 con relación al número 4. Así como 10 es divisible sólo por 2 y 5, 15 lo es de la misma manera por 3 y 5, aparte de sí mismo y la Unidad Madre. En último análisis, por lo tanto, la relación de 10 a 15 es la de la Dualidad con la Trinidad, por cuanto ambas se hallan expresadas en términos humanos (número 5).

A su vez el 16, como cuadrado del número 4 y cuarta potencia de 2, representa una etapa intermedia entre 9 y 25. A diferencia de éstos y del 15, que sólo son divisibles por los números impares, el 16 es sólo divisible por 2 y sus potencias: como éstos, es emblemático de la solidez tangible de la manifestación objetiva, que sin embargo descansa fundamentalmente *en la ilusión de la Dualidad*, puesto que TODO ES UNO en Esencia y Realidad. Desde el punto de vista de la base decimal, es la unión del Padre (1 o 10) con el Hijo (6), que manifiesta la Perfección Encarnada ($6 \div 1 = 7\frac{1}{3}$) y se expresa en la Victoria (el Carro, Arcano VII).

Su misma solidez tetrágona, sin embargo, representa la falsa seguridad de la base materialista de la vida —toda vez que le falte a ésta la conciencia de la *esencia espiritual* o divina de todo lo existente— y

le hace resistir la necesidad universal de *renovación* a la que nada ni nadie pueden substraerse. Esta *vulnerabilidad* se halla justamente expresada por el Arcano XVI, en el que la Unidad Divina se ha convertido en fuego destructor.

Así como el número 15 corresponde a la letra hebrea *Samek* —cuyo signo parece haber representado originariamente la constelación de la Ballena o Cetus, intermediaria entre Piscis y Aries—, de la misma manera la letra *Ain*, que significa "ojo", representando la constelación de Aries, corresponde al número 16 con el valor numérico de 70. Igualmente la letra P corresponde ordinalmente al número 17, con el valor numérico de 70, y por su forma se relaciona naturalmente con la constelación cercana de Casiopea.



A diferencia del 16, el número 17 es *indivisible*: pero podemos considerarlo como la suma de 10 y 7, o bien como una nueva Unidad Divina —la Estrella— que se añade al anterior. 10 y 7 son dos *perfecciones*, natural y divina respectivamente, que se integran y complementan, puesto que el número 10, por ser un doble quinario, representa a la humanidad, compuesta de hombres y mujeres, así como en el número 7 tenemos la unión perfecta de la Trinidad Divina y de la Cuadruplicidad Natural.

La Estrella es la *verdadera luz* masónica: aquella "que guía a todo hombre que viene a este mundo", resplandeciendo sobre el Ara o Piedra Cúbica de la Perfección Individual, representada por el número 16. Esa Luz es, a la vez, la Inspiración que debe presidir a la obra de todo Constructor Ideal, para que pueda realizarse el Plan

Divino en el mundo de la vida y de los hombres, con la cooperación de los Iniciados en el Arte.

Eminentemente femenina, el número 18 nos muestra la unión de la Década con el Octenario, a la par que el doble novenario y el triple senario. En cuanto suma de 10 x 8, es la irradiación octonaria de la Estrella sobre la Senda de la evolución humana. El Doble Novenario hace hincapié en la Perfección Iniciática, cuando sea igualmente alcanzada por el hombre y la mujer, a diferencia del triple senario que equivale a 666, el número apocalíptico de la Bestia, o sea el concepto material de la vida en la ciencia como en la religión y en la política de los hombres.

La letra *Tzadi*, decimoctava en el orden del alfabeto semítico, que le corresponde con el valor numérico 90, representa la constelación polar del Dragón, que antiguamente marcaba el Norte. *Tzadi* quiere decir literalmente "anzuelo", pero su nombre originario significaba "eje" o "fulcro", cuyo sanscrito equivalente es *Dhruva*, nombre y personificación de la Estrella Polar. El Arcano XVIII que le corresponde nos muestra el cielo estrellado con la Luna —simbólica de la Noche— y de la Ilusión Fenoménica, que marca la Senda de la Vida, en la que nos perderíamos si no fijáramos nuestra mirada en esa Estrella que siempre nos indica la justa orientación.

19 Y 20

19 es el Número Aureo del Cielo Metónico, emblemático de la Piedra Filosofal: indivisible como el 17, nos muestra la íntima unión de la Década y del Novenario —de la Perfección Divina y Humana, respectivamente—, así como el Doble Novenario de la humanidad regenerada, por encima de la cual resplandece la Luz de la Unidad.

La letra semítica *Qoph* que le corresponde, con el valor numérico 100, es la séptima y más fuerte de la serie gutural, como último término de la progresión que comienza con Aleph, al que siguen Hé y Heth, Kaph o Keph, Guimel y Ain. Su nombre equivale al latín *caput*, significando la "cabeza" o craneo, o sea su parte superior y posterior. En cuanto a la letra misma, parece haber indicado primitivamente la Osa Menor, de cuyo jeroglífico fue luego adaptada al uso fonético, olvidándose después su significado originario.

Así como el Arcano XVIII nos presenta la Luna en su propio

signo de Cáncer, el Arcano XIX tiene como símbolo el Sol, que resplandece sobre la constelación de Géminis, precisamente la que, en la actualidad, corresponde al solsticio y a la división trópica de Cáncer. Los Gemelos están representados a la manera hindú, por un hombre y una mujer; podemos, por consiguiente, considerar este número como significativo del Matrimonio Perfecto, y a la vez de la humanidad regenerada, alumbrada por la Luz del Espíritu, siendo este último la nueva Unidad que se añade al doble novenario de la Perfección Iniciática.

En el 20, la Perfección Divina, significada por la Década, se halla naturalmente duplicada por su reflejo. Representa, por lo tanto, este número a la Divinidad inefable en unión con su aspecto personal: al Dios Trascendente y al Inmanente, Brahma y Brahman, o bien la Divinidad y Su Poder, el Yang y el Yin de los taoístas. La vigésima letra del alfabeto semítico, *raish* o *resh*, tenía originariamente — como la *ro* griega que de ella se deriva— una forma parecida a la de nuestra P, simbolizando la Osa Mayor. Su nombre significa "cabeza, cara", evidente alusión al Macroprosopus, la Magna Cara del Hombre Celestial, a cuya *imagen* y *semejanza* fue formado el Hombre Terrenal.

Parece, pues, natural poner el asiento de la Divinidad, en su doble aspecto, que todo lo ve y lo observa a todas las horas del día y de la noche, en el mero Fulcro del Cielo, en cuyo alrededor se mueven, aparecen y desaparecen las demás constelaciones, como si fuera rindiéndole homenaje, con su movimiento diurno y diuturno: ese Norte que sirve de base para toda correcta orientación.

Desde el punto de vista humano, por otra parte, el mismo número 20 representa el cuádruple quinario de los dedos de ambas extremidades: no debemos, por consiguiente, maravillarnos de que en muchos pueblos, hasta la época actual, haya sido bastante extendido el sistema de numeración vigesimal, cuya divisibilidad por 4, además que por 5 y 2, lo hace apropiado como medida de valores. Aun hoy los dos sistemas, vigesimal y duodecimal, se combinan para fraccionar la Unidad Monetaria inglesa, y dentro del mismo sistema decimal se ha encontrado conveniente una análoga subdivisión vigesimal, representada por la familiar moneda de cinco céntimos o centavos: el *quinto*.

Por cuanto representa una doble década y la unión del Octonario con la Dodécada, el número 20 se halla refigurado por el Arcano del Juicio o Resurrección, y de la misma manera indica la Ley de Reencarnación o Renacimiento.

21 Y 22

Así como el número 20 es eminentemente *humano* y relacionado con la Humanidad, por ser el cuádruplo de 5, así igualmente el número 21, resultado de 3 por 7, representa la Perfección Divina que se expresa en la Naturaleza. Además, como potencia triangular de 6, el número 21 caracteriza la Sabiduría que se acumula y eleva sobre la base de las múltiples y variadas experiencias humanas (número 6).

También indica este número 21 la Perfección que se realiza en los Tres Mundos —Objetivo, Subjetivo y Trascendente, o bien Físico, Volitivo y Mental—, cada uno de los cuales es una Octava de progresiva ascensión: la Triple Escalera con siete gradas por cada tramo. En este místico y altamente significativo número 21 tenemos, por consiguiente, la *edad* simbólica más apropiada para este grado, por cuanto combina multiplicándolas la Perfección Ternaria con la Septenaria.

La vigésima primera y penúltima letra del alfabeto semítico, *Shin*, difícilmente puede explicarse con el significado corriente de ese nombre, “diente o muela”. Su forma hebrea tiene parecido con la parte superior de la constelación de Orión, pero igualmente puede significar Sierra o Cadena de Montañas. De ella se ha derivado la letra griega *Sigma*, que mejor conserva su forma originaria, aun cuando su nombre proviene de la letra *Samek*, con la que fue evidentemente confundida.

El Arcano del Mundo que le corresponde, representa a la Naturaleza *desnuda*, despojada de los velos que corresponden a las percepciones de los sentidos, o sea como es en realidad, identificándose con el Poder del Ser, que se expresa como Perfección Progresiva en el dominio de la relatividad. El valor numérico 300, relacionado con la letra *Shin*, es analógicamente equivalente al triple septenario.

Como suma de las perfecciones cíclicas que representan respectivamente la Década y la Dodécada, que también constituyen dos sistemas numerales ampliamente usados en la larga historia de la humanidad, el número 22 es a la vez límite y compendio de los conocimientos humanos. Representa, pues, a la vez los diez *sephiroth* o Potencias Titánicas, como las familiares deidades que presiden sobre el Ciclo Zodiacal: la Década aritmósófica de los Principios Divinos y la Dodécada que reina soberana en toda la Naturaleza.

A su vez la Década se descompone en un Ternario y un Septena-

rio, representados en el alfabeto hebreo por las tres *letras madres* (Aleph, Mem, Shin) y las siete *letras dobles* o bivalentes (Bet, Gimel, Dalet, Caph, Phe, Resh y Tau). De la misma manera, tanto el septenario como la dodécada (representada por las *letras simples*, que son las restantes) provienen de los números 3 y 4, por adición y multiplicación respectivamente. De aquí la correspondencia cabalística de las letras hebreas con los signos zodiacales (letras simples) y los planetas (letras dobles), que sin embargo es muy posterior al origen del alfabeto mismo, ignorando la más antigua y original correspondencia de todas las letras con las constelaciones boreales.

Empero, si consideramos el mismo número 22 como suma de dos 11 —el *punte* tendido sobre el abismo que separa la década de la dodécada— llegamos a comprender la razón de su refiguración en el Arcano Mayor, que representa la *locura* humana y divina a la vez: el místico, según unos, que abandonándolo todo se encamina por la Senda del Ideal, y el tonto, según otros, que marcha inconscientemente hacia el abismo de la Perdición o Destrucción.

La vigésima segunda y última letra del alfabeto semítico, *Tau*, parece haber representado originariamente la constelación del Cisne o Cruz Boreal. Su valor numérico 400, por otra parte, la relaciona estrechamente con el número 4, que la misma Cruz objetiva, junto con el Cuadrado. Desde este punto de vista, que corresponde con sus dos cifras componentes, el mismo número 22 es emblemático de la Ley Dual en su doble expresión —*oposición polar y complementaridad*— que justamente produce el cuaternario: Masculino-Femenino y Positivo-Negativo, o bien Electricidad-Magnetismo y Atracción-Repulsión, Calor y Frío, Húmedo y Seco, Día y Noche, Mañana y Tarde, y así sucesivamente.

23 Y 24

El 23 tiene con el 22 la misma relación que el 11 con el 10: representa la superación tanto de la Década como de la Dodécada, así como *el esfuerzo humano*, iniciático y heroico, para llenar la laguna entre ambas en una nueva etapa de progreso. Como suma de 11 y 12, masculino y femenino respectivamente, nos presenta en su conjunto, eminentemente positivo y dinámico, un nuevo aspecto de

las dos Columnas: la Fuerza, significada por el número 11, que supone un estado de equilibrio inestable, un trabajo, labor o transición; y la Armonía de la Perfección que se realiza en el Ciclo Perenne y en el Devenir de todas las cosas, que simboliza el número 12.

La doble década que contiene, por otra parte, se reduce a la Dualidad que representa su primera cifra, a la que se sobrepone el Ternario indicado por la segunda. El conjunto es el Quinario del Hombre, que comprende y compendia en sí la Dualidad Polar de la Naturaleza y la Divina Trinidad de su Conciencia-Inteligencia-Voluntad: el Mundo Interior que representa ésta, y el Mundo Exterior indicado por aquella, cuya suma nos da los Cinco Sentidos, por cuyo medio ambos entran en contacto, actuando y reaccionando el uno sobre el otro.

Arquitectónicamente el número 23 simboliza la Puerta o Pasaje, por cuanto la Dualidad de sus Columnas sostiene el arquitecónico triangular que asegura su mayor estabilidad. En fin, la hora vigésima tercera es la del amanecer: la que inmediatamente precede al nuevo día, que comienza con la salida del Sol y que a la vez cierra el anterior. La hora de transición cuando la Luz que anuncia el nuevo día se sobrepone a la noche —el aspecto negativo y magnético que lo ha precedido.

De la misma manera, en el número 24, eminentemente *femenino*, tenemos la doble docena de las horas del Día y de la Noche, incluyendo esta última las de los dos crepúsculos, puesto que el día naturalmente coincide con la presencia del astro mayor sobre el horizonte. Noche y Día, electricidad y magnetismo, luz y sombra, calor y frío, constituyen el Ritmo Diurno de la Naturaleza, en perpetua rotación con la de nuestro planeta, pasando su faz de la región central o solar a la periférica o estelar, que de esta manera se nos revela con sus maravillas, como ventana abierta al Misterio del Cosmos o Gran Mundo, del que nuestro Universo Solar es un pequeño fragmento: una de los millones de millones de Células Espaciales que lo constituyen, las que reconocemos por el Mensaje Luminoso y Sonoro a la vez que nos transmiten de sus remotas lejanías.

Las 24 pulgadas de la Regla precisamente representan esta *medida cíclica* del día, que el Masón necesita tener siempre presente en toda su vida y en toda obra. Hay, pues, un tiempo apropiado para toda cosa, y toda cosa debe hacerse *en su tiempo*, sin robarles nada a las

demás: no podemos salirnos de esas 24 pulgadas que siempre se renuevan, así como debemos evitar desperdiciarlas. En esto, precisamente, se diferencia el *orden* del *desorden*, que consiste en hacer las cosas fuera de su tiempo, fomentando y creando la confusión y la desarmonía en la vida individual y colectiva.

En el *tiempo* que tenemos a nuestra disposición, todos somos absolutamente *iguales*: sólo nos diferenciamos por la distinta manera de aprovecharlo y utilizarlo inteligentemente, o sea por el uso más o menos sabio de la Regla para su más apropiada distribución. Evitemos, por lo tanto, desperdiciarlo en el juego y en los llamados *pasatiempos* o *perditiempos* que no llenan ninguna finalidad constructiva, robándonos ese tiempo que precisamente nos hace falta.

LA MEDIDA IDEAL

Esa Regla de 24 pulgadas, que mide a la vez el Tiempo y el Espacio, muy lejos de ser un arcaísmo anacrónico, en comparación con el Sistema Métrico Decimal que hoy día se considera más científico, constituye una *medida ideal*, insuperable y difícilmente sustituible en sus variadas aplicaciones. Primero que todo, su división, de ninguna manera arbitraria, resulta de la multiplicación de los primeros cuatro números, cuya suma nos da también la Década.

En lugar de basarse, como el Sistema Métrico Decimal, en la *cuenta de los dedos* —por cuanto ésta también tiene su lugar e importancia—, utiliza los cuatro números primarios, sobre los cuales el Universo tiene su más sólida Fundación. Se trata, por lo tanto, de un sistema o base numeraria eminentemente filosófica, que, sin tener que substituir la base o sistema decimal, representa su necesario complemento.

Multiplicando 24 por 5 (o sea los primeros cinco números), obtenemos el número 120, que combina idealmente la Década y la Dodécada: el más apropiado para la división y medición del círculo, dado que ésta se hace primeramente con el compás, que permite mucho más fácilmente la división regular por 2, 3 y 4 que por 5. En la práctica, al número 120 —que corresponde a la subdivisión del año en tres estaciones— se lo ha encontrado conveniente multiplicarlo por 3, para que coincida con el número de días de las doce lunaciones

anuales: esto es el origen de la división del círculo en 360° , que permite la más perfecta *cuadratura* del mismo, siendo divisible por todos los primeros números, con la excepción del 7, y además por 12, 15, 24, 30 y 36. La excepción del 7 es tan significativa como inevitable, puesto que representa otro ciclo aparte y otro sistema de numeración, que se halla en la base de todas las Octavas Cósmicas.

Los siete planetas y los siete días de la semana se adaptan, sin embargo, perfectamente a la Dodécada por medio de la bivalencia de los cinco planetas propiamente dichos, formando dos series iguales de 6 y acompañándose, respectivamente, con los Luminares en sus aspectos *diurno* y *nocturno*.

Por otra parte, la misma Regla Masónica se identifica con el Codo Sagrado de los Egipcios, la medida que sirvió de base a la construcción de la Gran Pirámide, igual a la diezmillonésima parte del Rayo Polar de nuestro planeta; una unidad de medida más acertada que nuestro *metro* decimal. Además que por las consideraciones anteriores, sobre la divisibilidad del número 24, su subdivisión en la medida humana de la *pulgada* obedece a la analogía con la división de la unidad de tiempo (el día) en 24 horas, con lo cual se logra la identificación de la medida lineal con la temporal, o sea otra forma de la Cuadratura del Círculo.

LA MEDIDA DEL HOMBRE

Ahora, si sumamos estas dos medidas, la antigua y la moderna respectivamente —o sea la diezmillonésima parte del rayo de la Tierra y la diezmillonésima parte del cuarto de su circunferencia—, obtenemos la estatura media del hombre: prácticamente m. 1,636.

Es ésta, pues, la medida del mitológico Lecho de Procusto: la que nos indica, al igual que la escuadra con relación a la *pedra* por trabajar, lo que a cada cual le falta o le sobra, con relación a lo que es idealmente *justo* y *perfecto*.

La división novenaria de esta Medida Humana es lo que en arte se ha llamado el *módulo*, correspondiendo a la longitud de la mano, y sirviendo así para determinar las proporciones más armónicas del Templo de la Vida. Por medio de este Módulo, por ejemplo, la parte

frontal del tronco, desde la base del cuello al pubis, se subdivide en tres partes iguales.

Es ésta, sin embargo, una medida *unidimensional* que sólo puede aplicarse al hombre físico o exterior. Las otras dos dimensiones que la complementan son respectivamente *moral e intelectual*, y cuando éstas sean iguales tenemos el desarrollo más perfectamente equilibrado que simboliza la Piedra Cúbica, ideal del Masón.

Así como la Regla de 24 pulgadas es la más apropiada para medir y repartir inteligentemente la vida exterior, igualmente por medio de la Escuadra, símbolo de Constancia y Rectitud, nos es dado medir el lado moral de nuestra naturaleza: aplicándola a todas nuestras intenciones, y a todos nuestros proyectos y acciones, aseguramos a nuestra vida la integridad que protege su más armónico devenir.

En cuanto a la dimensión o desarrollo intelectual, obviamente sólo puede medirse por medio del Compás y de su alcance: sus dos puntas simbolizan respectivamente el Mundo Interior de la Conciencia y el Mundo Exterior de la Sensación y de los fenómenos; el Sujeto y el Objeto, el Conocedor y lo Conocido, la Mente o Medio Interior y el Medio Ambiente en que nos encontramos y vivimos. La perfecta y ajustada aplicación del Compás nos hará capaces de aprenderlo todo, de manera que nada nos sea desconocido, y reconocer así que *la multiforme variedad del Mundo tiene su raíz en la Unidad*, de la que también procede nuestro Ser Intimo.

Con este reconocimiento, que se identifica con la misma Palabra Sagrada, nos damos cuenta de nuestra Cuarta Dimensión, que se refiere a nuestra Vida y Ser Espiritual, a la que no se puede aplicar ningún instrumento exterior. Debido a ello, justamente, nuestra Piedra Cúbica Individual adquiere progresivamente un grado siempre mayor de transparencia y luminosidad, por cuyo medio la Palabra *se hará carne* en nosotros.

LA HORA DE CLAUSURA

Los trabajos que se han abierto en la Plenitud Apolínea del día, cuando justamente el Sol alcanza el Cenit, sólo pueden cerrarse a la Medianoche, cuando el astro del día ha alcanzado el Nadir y Artemis

reina soberana en el cielo, que con sus estrellas nos revela las inmensidades cósmicas.

La mística Bóveda se abre sobre la mitad de la Regla para cerrar sus labores cuando llegamos al término de su alcance. La primera mitad de la Regla, que corresponde a media rotación de la Tierra, pasando ésta del lado opuesto al Sol, hasta alcanzar su perfecto alineamiento meridiano, es la que debemos consagrar a nuestras tareas y labores individuales. De la misma manera, la segunda mitad, que corresponde a la otra media rotación de nuestro planeta, cuando el día comienza a declinar y se cierra progresivamente, abriéndose con la noche la ventana del Infinito, es la más apropiada para dedicarse a la vida social y al trabajo colectivo en sus diferentes aspectos.

Por otra parte, también representa el Mediodía la *madurez* de la existencia, que ha comenzado con el día, después de la noche de la vida subjetiva; y también la Maestría o Magisterio que sigue a las etapas preliminares simbolizadas por los dos primeros grados. Las horas declinantes del día corresponden analógicamente a la estación más fructífera de la existencia, así como al progreso que resulta de la acumulación de sus experiencias. La puesta del Sol y las horas de la noche, en fin, son las que más favorecen la meditación sobre los problemas y misterios de la existencia, su origen y su término inevitable, la muerte y el más allá, la Eternidad del Ser y su Perenne Devenir.

En ese místico número 24, que para nosotros se identifica con la Medianoche, cuando se cierra un día o Ciclo de existencia y se abre a la vez el siguiente, tenemos la suma de los cuatro números impares de la Década: 3, 5, 7 y 9. Sintetizan éstos toda la Carrera Masónica hasta la plenitud del Magisterio.

En esta hora, por lo tanto, toda labor debe terminarse, puesto que de otra manera le robaríamos al Nuevo Ciclo Diario su mayor y mejor eficiencia. La Regla nos indica el extremo límite que por ningún concepto debería superarse. La *intemperancia* y la *intempestividad* se dan la mano: constituyen ambas un vicio que de ninguna manera puede conciliarse con la finalidad educativa e iniciática de nuestra Orden Augusta: todo tiene su tiempo y todo tiempo sus limitaciones, las que no podemos descuidar sin que la finalidad de ORDEN se convierta efectivamente en *desorden*.

CUARTA PARTE

APLICACIÓN MORAL Y OPERATIVA DEL SIMBOLISMO INICIÁTICO DEL GRADO DE GRAN ELEGIDO Y PERFECTO MASÓN

El complejo simbolismo de este grado, que relaciona la Masonería Salomónica o Fenicia, y en general la Tradición Iniciática comparativamente reciente con las reliquias de una legendaria Civilización Antediluviana, tiene sus enseñanzas morales y prácticas, no menos que filosóficas. La más amplia perspectiva que nos abre, con relación al pasado, se manifiesta, en cuanto al presente y al porvenir, en la aspiración hacia el más alto grado de Perfección que su mismo nombre simbólicamente implica.

Los números 12, 13 y 14, que se asocian con este grado en el Rito Escocés, manifiestamente indican la transición o pasaje de uno a otro Ciclo de Progreso y Superación: la plenitud decádica y dodecádica, que representan el alcance filosófico de los dos grados anteriores, se enfrentan con el elemento perturbador indicado por el número 13, emblema fatídico de la Gran Transición, de una puerta que se abre hacia lo nuevo y desconocido. En este caso el *descubrimiento* de una Cripta que nos revela la Sabiduría del Pasado, que es la misma Religión Eterna de la Verdad, cuyas actuales enseñanzas pueden iluminar el Porvenir. Esto se halla representado por el número 14, que nos recuerda la Piedra Cúbica (4) con su Centro Inefable (1 ó 10), y a la vez las dos Columnas proféticas de una REALIZACIÓN Superior.

Por consiguiente, la enseñanza básica nos la da como siempre la Piedra, cuyo centro es la Palabra: la Palabra Viviente que es la Verdad Eterna, expresando la Vida Omnipresente del Ser. Aun cuando

la Piedra Cúbica tiene seis caras, 12 aristas y ocho ángulos triedros, sumando en todo 24 ángulos rectos, su símbolo sigue siendo el número 4 que la representa con cada una de sus caras, emblema de todo *equilibrio estable*, así como de toda FUNDACIÓN duradera: la base de la Pirámide que se eleva sobre ella como *aspiración unitaria*, como para juntar la Tierra con el Cielo.

Empero, todos estos números tienen igualmente su significado y enseñanza en este grado en que se completa la tradición salomónica, reanudándola con la patriarcal antediluviana: el 4 nos recuerda, con el Tetragrama y la Palabra de Poder, el Cuadrinomio Mágico *Saber-Querer-Atreverse-Callar*. El 6, las virtudes que se relacionan con las seis caras de la Piedra: *Percepción, Prontitud, Prudencia, Paciencia, Perseverancia y Perfección*. El 12, los *panes* emblemáticos de los signos zodiacales y sus características experiencias y cualidades. En fin, el 24 nos recuerda la *perfecta medida* constituida por la Regla de 24 pulgadas —el Codo Sagrado de los antiguos constructores—, así como las 24 horas del día y su mejor utilización, para llevar a cabo la Obra que el G. A. nos ha encomendado.

Nos hemos detenido suficientemente en el MANUAL DEL MAESTRO SECRETO sobre los cuatro puntos del Cuadrinomio Mágico, que se aplican a cada una de las caras de la Piedra indistintamente. Pasamos, por lo tanto, directamente a las virtudes singularmente relacionadas con cada cara de la Piedra, o sean los 6 P, cuyo premio será nuestro progreso en el Arte, y a la vez la *Perfecta Paz Interior* que descansa en el cumplimiento de la Ley

PERCEPCIÓN

La *percepción* proviene, naturalmente, de la capacidad de enfocar debidamente la Conciencia, y con ella la atención de la mente sobre un determinado objeto o experiencia. Por su medio se graba en la Piedra el sello jupiteriano del Águila, que corresponde a Micael, el ángel de la Luz y de la Visión.

La clara percepción, que relaciona la perfección del conjunto con la de cada una de sus partes, es una cualidad eminentemente necesaria para el Arquitecto, al dirigir los trabajos o presidir una Obra de cualquier naturaleza, moral o material. Sólo por medio de esta cualidad nos es posible juzgar tanto la atinada concepción unitaria

de la Obra como la cualidad intrínseca y la equilibrada armonía de los diferentes elementos y partes que han de componerla.

Es de la mayor importancia percibir con clara exactitud lo bueno y lo malo de cada uno de los elementos o partes de la obra que se lleva a cabo, así como su más ajustada proporción, de la que ha de resultar su belleza a la par que su utilidad. En la justa percepción, el análisis y la síntesis han de estar, pues, igualmente presentes.

La visión unitaria del conjunto necesita abarcar a la vez sus tres dimensiones, y de ninguna manera limitarse a la fachada, sino prestar igual atención a las partes laterales y trasera, que si bien *distintas*, necesitan ser *simétricas* y *armónicas*. El ejemplo mejor de esta diferenciación complementaria y orgánica lo tenemos en el propio cuerpo humano: éste nos presenta un aspecto distinto, según el ángulo o punto de vista desde el que se lo mire, sin dejar de ser por eso *una unidad* y *un todo* orgánicamente perfectos.

PRONTITUD

La *prontitud* o presteza es otra cualidad no menos indispensable para presidir toda construcción material o simbólica, ya se trate de una simple asamblea o de una labor más importante y duradera. Es ésta la Fuerza, significada por Gabriel o por el León, que necesita acompañar la claridad despejada de una misión multilateral.

Las decisiones y deliberaciones más convenientes han de ser tempestivas: para cada una de ellas hay un *momento justo*, que no es preciso adelantar ni tampoco demorarlo, pues una palabra o resolución oportuna no causan el mismo efecto cuando vienen después, pasado el momento apropiado, y así se evitarán los inconvenientes y dilaciones, y no necesitaremos volver atrás y deshacer lo que ya se haya hecho. Sin ser demasiado impulsivas e irreflexivas, la pronta decisión y la acción deben seguir a la clara percepción, así como el pie derecho sigue al izquierdo al dar cada paso.

Quien quiera cumplir algo no puede permitirse dudar o vacilar, aplazar o adelantar. Por supuesto, necesita primeramente estar seguro, y nunca será excesiva la reflexión preliminar, también, para evitar la posibilidad de arrepentirse después.

Lejos de excluir la reflexión, la prontitud ha de ser, por lo tanto, su fruto maduro, con lo cual se diferencia netamente de la impulsiva

vidad. Hay que notar, además, a este propósito, que, como lo dice el Eclesiastés, *hay un tiempo apropiado para cada cosa*: por consiguiente, todo debe hacerse prontamente *en su momento justo y favorable*, única forma de obtener éxito en la empresa y recoger los frutos deseados.

A esto precisamente se refiere la pregunta ritual familiar: *¿Qué hora es?*, al iniciarse los trabajos, y la contestación que se recibe como un eco tiene que confirmar más o menos que se trata del momento justo y conveniente para ese objeto, labor u obra.

Hacerlo todo justamente a su tiempo, *en el momento adecuado*, con la seguridad y firmeza que excluyen toda posible vacilación o incertidumbre, en la meridiana claridad que simboliza el *mediodía* —el momento preciso para actuar—, cuando el sol alcanza el cenit de la plenitud: he aquí la *prontitud* a la que nos referimos, representada por una de las caras verticales de la Piedra, conectando la cara inferior de la Percepción con la cara superior de la Perfección, sin olvidar la Prudencia, la Paciencia y la Perseverancia que necesitan complementarla.

PRUDENCIA

Así como la *Prontitud* no debe confundirse con la impulsividad y la irreflexión, no debe la *Prudencia* asociarse con el miedo o la irresolución. Por su etimología esta palabra se relaciona con *prever* y *proveer*, y por lo tanto significa la capacidad de darse cuenta previamente de las posibles dificultades y obstáculos que es dable encontrar en una determinada línea de acción y actuación, y hasta estar preparado para afrontar lo imprevisto y lo inesperado.

Significa también saber esperar el momento justo para actuar *oportunamente* con la necesaria presteza, según las circunstancias lo requieran o exijan, evitando empero cuidadosamente todo lo que sea prematuro, inoportuno o intempestivo. Supone necesariamente *estar precavido*, pero sin el temor que suele asociarse con la cautela, puesto que la prudencia ha de encauzar y guiar sabiamente la acción, más que refrenarla.

Necesitamos, por supuesto, hacer y actuar, siendo ésta la Ley natural de la vida, pero debemos evitar equivocarnos, absteniéndonos de lo que podría resultarnos contraproducente. Vigilancia y reflexión

son, por lo tanto, sus principales factores. Vigilar significa estar despierto, ver y darnos cuenta, con objeto de poder elegir con discernimiento lo que la reflexión nos indique.

Así como el Primer Vigilante indica *la hora oportuna*, el Maestro Venerable simboliza la prudente reflexión que guía sabiamente la acción adecuada a ese momento y conjunto de circunstancias, utilizando a la vez el tiempo y las energías sin desperdiciarlos, puesto que el tiempo nunca vuelve, así como las circunstancias son constantemente diferentes.

PACIENCIA

Aun cuando sea comparativamente una virtud pasiva, la *Paciencia* es una virtud necesaria para recibir los frutos que nos corresponden de todo trabajo, actividad o empresa.

En ningún campo de actividad, y menos aún en las obras de largo alcance, podemos esperar resultados inmediatos. Debido a la inercia que en dondequiera prevalece, y que siempre tiene que ser vencida por medio de un esfuerzo sostenido, en la Naturaleza todo crece y progresa con relativa lentitud, y mucho más tiempo exige lo que tiene que perdurar. Sólo ciertos hongos, que poco o nada valen, crecen de la noche a la mañana, para luego decaer con igual rapidez. En cuanto a las flores, representan, al igual que los placeres de la vida, el esparcimiento momentáneo para producir el fruto o la semilla en la que se cifran las esperanzas para el porvenir de la especie.

La paciencia es la que sostiene y permite el crecimiento hasta la madurez o plenitud: con ella se hacen posibles las obras más excelsas y las labores más valiosas. Es con infinita paciencia que la abeja liba y transporta las gotitas de néctar que producen las flores y las que sumadas a millones nos brindan la deliciosa miel. Con una labor no menos paciente nos es dado alcanzar tanto la Sabiduría como la Virtud.

Complementa esta virtud la prudencia al igual que la presteza: todo puede lograrse con la paciencia que acompaña a la clara percepción y la firme determinación, a la vez que sin ella todas las conquistas son efímeras, puesto que carecen de estabilidad. Con la energía y la prontitud puede conquistarse un imperio, pero sólo con la paciencia y la firmeza se lo puede conservar y hacerlo prosperar.

PERSEVERANCIA

A las tres caras laterales de la Piedra Cúbica, significadas respectivamente por la Prontitud, la Prudencia y la Paciencia, necesitamos agregar la cuarta, que es la *Perseverancia*, por cuyo medio las anteriores encuentran su expresión más completa y adecuada. Sólo perseverando se hacen, pues, adquisiciones estables y se forjan virtudes permanentes.

Divina, más que humana, es la Perseverancia, por cuanto trae consigo el sello de la Eternidad: es una virtud que tampoco la muerte puede vencer, puesto que los esfuerzos de una existencia, al igual que sus resultados, nos acompañarán en la siguiente.

Más que las otras virtudes, la Perseverancia demuestra implícitamente la Fe en los ideales que nos animan, y nos permite alcanzarlos. Sólo la Luz que de adentro nos alumbra es, por otra parte, capaz de sostenerla, cualesquiera sean los obstáculos y las dificultades que haya en el camino de su realización.

El tiempo y sus limitaciones dejan de tener la importancia que de ordinario se les atribuyen, para quien ha reconocido en su fuero íntimo la Luz de la Eternidad: pertenece, pues, el tiempo al dominio relativo de la ilusión, en el que las cosas sólo aparentemente se originan y desaparecen. Pero quien ha encontrado y reconocido en sí mismo el Centro Divino del Ser no puede dejar de persistir y perseverar, y nada puede alejarlo o detenerlo en la tarea o fin que se ha propuesto, y en la senda que alumbra la Luz de lo Real.

Puede tropezar y caer cien o mil veces sobre las piedras kármicas del destino, los inevitables obstáculos, pero, si persiste, otras tantas veces se levantará y reanudará la marcha o la tarea con el ardor y el entusiasmo que siempre se renuevan.

Nuestra capacidad de perseverar en determinado camino, por otra parte, prueba y nos prueba que poseemos la justa orientación: mientras podamos *orientarnos* en el mar de la existencia, podremos seguir sin temor nuestra ruta ideal, con la seguridad de que cada esfuerzo es una etapa que nos acerca al puerto que nos espera.

PERFECCIÓN

Es ésta la sexta cara, la cara superior de la piedra simbólica que corona y completa su cuatro facetas laterales: en su centro el artista puede grabar la *marca* que indica el carácter que con su labor tenaz y perseverante se ha venido formando, que de ahora en adelante ha de servirle de contraseña distintiva para todas su obras.

Sin ser absoluto, el grado de perfección que podemos alcanzar es precisamente lo que nos caracteriza, representando nuestra actual etapa de progreso en un camino que, por supuesto, no puede tener límite alguno. Constituye, por lo tanto, la cristalización de nuestros ideales, según hemos sabido concebirlos y atenernos a ellos. Y, a la vez, es la huella que necesitamos dejar atrás en las arenas ilimitadas del Tiempo.

Representa así mismo una nueva oportunidad y una nueva necesidad de *superación*, dado que todo ha de ser sucesivamente alcanzado y superado. La obra que podemos haber cumplido representa tan sólo una de las infinitas tareas que en el curso de esta y de otras existencias nos han sido asignadas: cada una apropiada a una etapa distinta y constantemente *actual*. El hecho de haberla cumplido nos proporciona el descanso merecido de su contemplación, para que reconozcamos sus defectos y nos preparemos así, al igual que Hércules, para cumplir la nueva tarea que inmediatamente nos espera.

El puerto al que podemos haber llegado no representa nuestro destino final, y sólo será dable detenernos en él mientras nos preparamos para el nuevo rumbo que nos espera: una nueva etapa de progreso en un viaje cuyo inicio hemos olvidado y cuyo término está mucho más allá de nuestra limitada visión actual.

No existe perfección *estática*: la perfección consiste realmente en el constante *DEVENIR* que la realiza en sus infinitas etapas relativas, que tan sólo marcan nuestros pasos en una senda infinita.

Así son las obras de todos los artistas, grandes y pequeños: sus pasos y las huellas que dejan atrás, recogiendo el salario que les pertenece, principalmente bajo la forma de los *talentos* que por su medio afinan y desarrollan. Por esta razón, es esta cara superior de la piedra cúbica la que se eleva simbólicamente en la Pirámide que une la Tierra con el Cielo, el dominio de la gravedad con la atracción de lo sublime y trascendente.

LA MARCA INDIVIDUAL

Mucha importancia tenía, en la antigua Masonería Operativa, la marca especial que cada masón dedicado al corte y pulido de las piedras grababa en ellas al final, como distintivo especial de su trabajo. Conocemos algunas de estas *marcas* encontradas en Palestina, que datan aproximadamente de la época que se le asigna a la construcción del Templo Salomónico, aun cuando se trata de una costumbre que debe considerarse prehistórica.

Originariamente parecen haber consistido en combinaciones de círculos, rayas y puntos, pero después prevaleció el uso de letras alfabéticas, probablemente la inicial del nombre del obrero. En la misma época se encuentra el Tetragrama, grabado en vasijas de barro, pero abreviado, que consiste en una, dos o tres letras.

Son éstas evidentes simplificaciones de los complicados sellos usados en todas partes en la antigüedad, principalmente por reyes, dignatarios y demás personas eminentes por su riqueza y poder, los que, por otra parte, se hallan ampliamente mencionados en la literatura. Eran éstos el equivalente de la firma que prevalece hoy día.

Dichos signos tienen de común el objetivo de distinguirse con un símbolo manifiesto de la propia individualidad, tal que todos los componentes pudieran reconocerlo. De uso tan ampliamente difundido nos ha venido la misma palabra *carácter*, que originariamente indicaba esta impresión distintiva individual.

El carácter que nos hemos formado, por medio de nuestras convicciones, hábitos, costumbres y forma de actuar, es precisamente lo que nos diferencia y hace patente a los demás nuestra *personalidad*.

Desde un punto de vista más elevado, esa Marca se identifica con la Palabra o Nombre Divino individualmente pronunciado, por cuanto cada individualidad es una directa expresión o emanación del Ser que Nombre o Palabra significan. Y es a la vez el Ideal a cuya imagen y semejanza nos emula, por cuanto nos indica *a donde vamos*, a la vez que el carácter exterior expresa igualmente *lo que somos y de donde venimos*.

LIBERTAD Y LEY

La *libertad* que este grado proclama, como derecho natural de todo hombre, es la Divina Herencia que, al igual que Hércules, necesitamos conquistar heroicamente por medio de un *esfuerzo individual* aplicado a las variadas experiencias y circunstancias que la vida nos presenta, y que a menudo tratan de coartarnos, limitando nuestra más completa expresión.

Es la *Libertad en la Ley*, de la que podemos alejarnos y perderla toda vez que, obcecados por la pasión, también nos alejamos de nuestro sentido íntimo, de nuestro discernimiento y de la Voluntad Divina en nosotros, que es la Ley de nuestro Ser. La única Ley y la Ley más verdadera que siempre necesitamos observar es, pues, la Ley de nuestro Ser, nuestra propia Intima Ley, que infaliblemente nos indica en toda circunstancia una línea de acción *recta, justa y digna*.

Rectamente entendida, la Libertad no debe confundirse con el capricho, y menos con la supina obediencia al vicio y la pasión, sino que emana de la Ley misma, de la que constituye el complemento natural: es la Libertad que se hace manifiesta en toda actividad *constructiva*, iluminada por la Sabiduría, sostenida por la Fe y dirigida hacia una finalidad armónica de Elevación y Progreso. Es la *Libertad de hacer el Bien*, según lo concebimos y entendemos en nuestro fuero íntimo, en forma tal que no esté viciado por la ostentación ni por la esperanza de premio, reconocimiento o agradecimiento.

Leyes y Reglamentos —las *leyes* que la sociedad nos impone y las *reglas* de conducta que podemos acatar— son, en realidad, simples *expedientes* y *substitutos*, casi siempre imperfectos y deficientes, cuando no contraproducentes, que tratan de suplir con sus elásticas sanciones al deficiente reconocimiento de la Ley Intima: la Ley del Bien que emana directamente de la conciencia de la Verdad. El conocimiento que se adquiere de ellos sirve generalmente más para buscar su evasión que para su mejor cumplimiento.

Muy raramente, por otra parte, los que se hallan especialmente encargados de vigilar el cumplimiento de las Leyes son los primeros en observarlas: por lo general se consideran exentos de su observancia, al igual que de las sanciones pertinentes, cuidándose en todo caso más de la apariencia formal que de la intrínseca rectitud de los móviles y las acciones.

Infinitas, infinitamente variadas y volubles son las leyes humanas y las disposiciones que se dictan para su cumplimiento, a la vez que la Ley Intima y la Senda de la Rectitud permanecen invariables, dado que sobre ellas, como la Tierra en su Eje, descansan la Vida, el Universo, las cosas todas y toda forma de existencia. En esa Ley se encuentra, pues, la Divina Libertad que necesitamos conquistar *obediéndola*.

En lo que tienen de justo y justificable, todas las leyes humanas se hallan comprendidas en la Ley Divina. En cuanto a los que le añaden o alteran o suprimen, se hacen instrumentos de injusticia y prepotencia. Si bien es cierto que la perfecta y fiel observancia de la Ley Divina puede no ser suficiente para hallarnos al abrigo de las sanciones de las leyes humanas, más vale estar en armonía con la Ley Inalterable del Universo que con las efímeras disposiciones que implícitamente no la reconocen y la desvirtúan. Puesto que nada que esté en contra de la Ley Suprema puede permanecer para siempre.

JUSTICIA

Es ineludible deber de los Grandes Elegidos y Perfectos Maesones atenerse a lo justo y promoverlo. Cabe, pues, la pregunta: ¿Qué es lo que debemos considerar *justo*, desde el punto de vista más profundo y real? y ¿qué es lo que debe considerarse *injusto* efectivamente?

Si bien el sentimiento de la *justicia* es innato en el hombre y constituye la base necesaria de toda asociación humana, la manera de concebirlo y practicarlo es algo elástica y varía con el tiempo, el lugar, las condiciones y circunstancias, además que con el discernimiento individual. Hasta una misma decisión o línea de acción puede ser a la vez justa e injusta según desde el punto de vista que se la considere. Es invariablemente injusto, por lo tanto, lo que no sea o no pueda considerarse tal *desde todos los puntos de vista*.

Podemos definir como "justo" todo lo que cumple la Ley y se halla en armonía con el Orden Cósmico, y de la misma manera "injusto" todo lo que sea factor de discordancia y desorden, y produzca miseria y dolor.

En esta definición se comprende como *injusto* también mucho de lo que, desde el punto de vista humano ordinario, es habitualmente considerado *justo*. Es injusto, pues, todo lo que sea inhumano, así

como todo lo que efectivamente perjudique a uno o a muchos. Es injusta, por ejemplo, y es una forma de robo hacia una determinada clase o colectividad, toda especulación indebida. Es injusta, en toda circunstancia, la pena de muerte, y mas aun por un crimen que sólo puede ser considerado tal desde determinado punto de vista: si matar es un crimen, no deja de serlo cuando aun se lo comete bajo el amparo de la legalidad.

En último análisis, la Ley, el Deber y el sentido de lo Justo se confunden en uno solo, y en algunas lenguas como el sánscrito, a pesar de ser una de las más ricas en vocablos y formas distintas, se designan los tres con la única palabra DHARMA, que literalmente significa *base* o *sostén*, por considerársela la base de la vida y el sostén del Orden Cósmico.

Puesto que el masón necesita especialmente distinguirse por un discernimiento más profundo de la Ley Humana y Cósmica —comenzando por reconocer la *unidad* de ambas en la Ley Divina—, le incumbe naturalmente el deber de practicar la Justicia desde este punto de vista más elevado y comprensivo, y por ende *constructivo*, según admirablemente lo expresa el Salmo Primero:

"Bienaventurado el hombre quien... en la Ley Divina pone su delicia, y en ella medita día y noche.

"Será como el árbol plantado junto a los manantiales, que da su fruto en su estación y cuya hoja no cae, y todo lo que hace prosperará...

"Porque Dios está en la senda de los justos, mas la senda de los malos perecerá."

BENEVOLENCIA

Si la Justicia más real y verdadera se identifica con la Benevolencia, no puede decirse lo mismo de sus contrahechuras humanas, entre las cuales se halla en primer lugar la Justicia como institución social y legal, fundada en el Derecho, cuya principal función es el castigo de los culpables y la aplicación de las penalidades correspondientes.

Aun cuando la utilidad y la necesidad de la Justicia como institución civil son innegables, el espíritu y los medios con los que se administra dejan mucho que desear. Afortunadamente, cuando menos en teoría, el viejo concepto de castigo o penalidad que le ha

servido de base casi universal, particularmente en el caso de la pena capital, se va paulatinamente superando, substituyéndoselo con la finalidad *educativa*, que se halla en armonía con la ley de Evolución, así como con el Plan Divino para la vida individual y colectiva, y con la propia finalidad de la sociedad misma.

En último análisis, el objetivo real de la Justicia es el BIEN: el Bien individual como colectivo, este último manifestándose esencialmente como Armonía, Cooperación y Fraternidad. Por consiguiente, lo que los jueces deberían preguntarse en cualquier caso es, sobre todo, *qué sería mejor* intrínsecamente para todos y para cada una de las personas que se hallan envueltas en las circunstancias sobre las que tienen el deber de dictaminar. En el fondo, pues, todo mal es un error que no puede de ninguna manera remediarse o subsanarse con otro mal o error, sino únicamente con una mejor comprensión del Bien y de la Verdad.

Así como la Luz automáticamente disipa las tinieblas, que sería locura tratar de combatir como si fueran otra cosa que la simple ausencia de luz, igualmente lo negativo no se vence con otro negativo, sino únicamente con la Positiva Plenitud que lo hace desaparecer en la nada.

Raramente el llamado *delincuente* es un deficiente congénito, sino en la mayoría de los casos un ser inadaptado al medio que necesita la educación moral, civil, intelectual y espiritual, cuya falta precisamente ha demostrado, y que por lo tanto la sociedad le *debe*, como a cada uno de sus miembros, a la vez que ofrecerle la manera de vivir útil y honradamente.

Es difícil, por otra parte, inculcar el respeto por la vida ajena, y más aún un respeto universal por la vida en todas sus formas, cuando la misma sociedad se considera autorizada a suprimirla. Igualmente, el respeto de la propiedad sólo puede tener una base legítima cuando a ninguno le esté cerrada la puerta y no le falten los medios para proveer a sus vitales necesidades. Así como la propia libertad sólo puede gozarse respetándola en los demás, así también los derechos sólo pueden asegurarse con el cumplimiento de los deberes que constantemente los acompañan.

En cuanto a los llamados crímenes políticos, sólo son tales unilateralmente, toda vez que el respeto a la vida y la propiedad ajena no esté envuelto en ellos. En todo caso, su castigo con la pena capital es una forma de venganza tan innecesaria como injustificable.

AMOR

Por supuesto, la Benevolencia sólo puede ser expresión del Amor, que es el natural cumplimiento de la Ley en todos sus aspectos y la Ley Suprema del Universo y de la Vida.

Tiene esta mágica palabra muchos sentidos, y a menudo se la confunde e identifica con la expresión humana (y animal) del instinto de conservación de la especie. Ese sentimiento que nace de la diferencia de los sexos y de su finalidad tanto reproductiva como evolutiva, por medio de la *selección y atracción simpática*, es naturalmente también una forma de amor, que rara vez se limita a la pura y simple satisfacción de una necesidad fisiológica, sino que también comprende la exigencia de cooperar en el cuidado de la progenie, a la vez que se esfuerza por hacer de dos vidas *un conjunto integral y armónico*.

Sin embargo, en cuanto sea capaz de elevarse hacia alturas trascendentes y demostrarse una fuente inagotable de inspiración artística, el amor natural entre el hombre y la mujer es tan sólo una expresión particular de la Ley de Amor, que directamente procede del Principio Uno y Universal de la Vida, que ES y sostiene *desde adentro* a todos los seres y cosas.

En su más simple expresión el Amor es *simpatía*: ver y considerar bien dispuestos a los demás, lo cual es, por supuesto, más fácil cuando haya comunidad ya sea de gustos, ideas, intereses, hábitos, ideales y principios. Más difícil se hace esa simpatía, aun cuando pueda ser más necesaria para la finalidad armónica de la existencia, en razón de no haber tales afinidades y contactos, y más aún cuando éstos difieran profundamente. En este caso el Amor tiene su natural expresión en el sentimiento de *tolerancia*, que nos hace abstener de toda crítica inútil y contraproducente, o cuando menos de manifestarla.

Reconociendo a cada cual la Libertad que consideramos nuestro derecho inalienable, y viendo en él, al igual que en todo otro ser viviente, *una directa expresión divina*, es como nos es dado superar esas diferencias, tratando de comprenderlas. Aprenderemos así la tolerancia que trasciende la crítica y que nos ayuda paulatinamente a comulgar en la expresión de una simpatía verdaderamente universal, que, como la luz y el calor del sol y la lluvia benéfica, se extiende a todos sin diferencias, independientemente de sus respectivas virtudes.

Un grado más elevado de amor que la simple simpatía y tolerancia es, por supuesto, la *amistad*, dado que *amor y amigo* son dos

substantivos que se derivan de la misma raíz del verbo *amar*. Amigo y amante son, por definición, las personas que profesamos *querer*, según el sexo respectivo y la intimidad de dicha relación. En todo caso se trata de una relación simpática que cultivamos, con los pensamientos, palabras y obras correspondientes, faltando la cual dicha relación podría terminar con una desilusión.

Amigos se consideraban entre sí los discípulos de Pitágoras, quien les enseñaba a elegir especialmente como tal *al amigo de la Virtud*, cuidando de no alejarse de él y romper la relación "por una falta pequeña". La verdadera amistad es, pues, siempre preciosa, aunque a veces sumamente frágil, por lo cual no debe tampoco aprovecharse indebidamente.

"Amigo, ¿a qué vienes?", le dijo Jesús a Judas, al acercársele éste con su beso traicionero. Esa acogida bondadosa por quien bien conocía su traición fue tal vez la causa principal del remordimiento de ese discípulo desilusionado en sus esperanzas, que había de seguirlo como la noche al día.

FRATERNIDAD

La Masonería nos enseña a cultivar la *fraternidad*, que debería ser un lazo más íntimo y profundo que la simple amistad, y a la vez su extensión más amplia, por cuanto abarca o debería abarcar a todos quienes la reconocen y profesan, compartiendo la comunidad de sus ideales, objetivos y aspiraciones, por cuanto su cultura y sus ideas pueden ser muy diferentes.

Por tal razón se le hace despojar a uno previamente de sus errores, ilusiones y falsas creencias, y por medio de la iniciación se le enseña el Camino de la Verdad, cuyo precioso conocimiento se le indica simbólicamente por medio de la *Palabra Sagrada*, significando su propio *grado de comprensión*. Con ésta y con sus signos, tocamientos y palabras —cuyo conjunto constituye la *actitud masonica*— estará capacitado para hacerse reconocer universalmente como *hermano*, puesto que sólo podemos encontrar la fraternidad en la misma medida y grado en los que la reconocemos y practicamos.

Como Escuela de Fraternidad y Moralidad, más aún que de Verdad, la Masonería necesariamente se limita a presentar a sus miembros esos ideales, a la vez que despierta en ellos la conciencia de los deberes que los mismos imponen y que son los únicos que pueden

hacer efectiva su realización, en la senda estrecha y rectilínea que marca la Regla, con el auxilio de la Escuadra, que representa la *recta actitud*, acompañada por el compás de una visión y un discernimiento cada vez más amplios y comprensivos.

Debería tal fraternidad poderse extender a todos los hombres indistintamente, constituyendo la base de todas las relaciones humanas. Pero, por el hecho de que exige *comprensión y reciprocidad*, y dado también que éstas, al igual que las demás cualidades y actitudes humanas, sólo pueden manifestarse y desarrollarse gradualmente, a la fraternidad no le es dable existir sino en medios y sociedades de tipo masónico que prudentemente la limitan a su mismo grado de comprensión.

Entre el *homo homini lupus* y el *homo homini frater*, que resumen la actitud respectiva del delincuente y del iniciado, cabe toda una gama de sentimientos y actitudes, una verdadera escala como la simbólica de Jacob que une la tierra con el cielo. Cain y Abel existen potencialmente en todos los hombres, el primero como residuo subhumano que necesita superarse, el segundo como cualidad divina, buscando su natural expresión en la medida en que el hombre sabe sobreponerse a sus instintos inferiores.

Convertir el uno en el otro sin que éste llegue a ser víctima de aquél, por medio de la educación y del ejemplo, es un proceso que necesita tiempo y que también puede medirse precisamente en siglos y milenios. Un ejemplo luminoso como el de San Francisco, que consideraba *hermanas* a todas las criaturas y a las mismas fuerzas de la naturaleza, queda necesariamente aislado y apenas si permanece como el ideal de aquellos mismos que habiendo ingresado en su Orden se califican como sus discípulos. Dentro de la misma Iglesia se le contraponen San Ignacio, quien, con espíritu más conservador, se atiene a la vieja máxima bastarda de que "el fin justifica los medios". Así pues, al lado de la seráfica actitud de un verdadero discípulo de Jesús, se han encendido las hogueras y se ha perseguido y torturado a todos aquellos que se atrevieron a pensar sincera y libremente.

Hablar de fraternidad en un mundo todavía dominado por el temor y la codicia, en el que la guerra es aún una hipótesis posible, y se encuentran y desarrollan los medios para prepararla en la forma más espantosa, a la vez que a muchos seres humanos les faltan la vivienda y los medios de subsistencia, puede parecer una ironía. Por esta razón, los términos intermedios, como *amigo, compañero,*

colega y *camarada* son tal vez más comprendidos y prácticos, así que pueden usarse indiscriminadamente para con todos los hombres.

En cuanto a la verdadera *hermandad*, es mucho si logramos conseguirla y cimentarla entre los que hemos ingresado en ella con su reconocimiento más íntimo: sólo pueden ser *verdaderos hermanos* los iniciados, los que de igual manera aprecian la Verdad y la Virtud. No por el hecho de que éstos puedan apartarse de los demás, sino porque son los únicos que pueden *reconocerse* entre sí como tales. La fraternidad puede así extenderse sin que llegue a vulgarizarse, dado que sólo los *verdaderos hermanos* se hallan capacitados para practicarla.

Como último término del trinomio que tuvo como divisa la Revolución Francesa, la Fraternidad mal se acordaba con la Libertad y la Igualdad, pero sobre todo tenía su flagrante antítesis en la guillotina. ¡Extraña *fraternidad* la que pudo y puede tolerar a su lado la pena de muerte!

Por esta razón, para que la misma no sea irrisible y pisoteada en su afirmación hipócrita, debemos guardar en el corazón la Fraternidad como nuestro tesoro más preciado. Al intentar vulgarizarla sólo lograríamos devirtuarla y transformarla en una mentira, dado que en la comprensión profana, alejada igualmente de la Verdad y de la virtud, todo se pervierte inevitablemente.

Por otra parte, más bien que hablar de ella, la Fraternidad verdadera se demuestra y se afirma *practicándola*: tratemos de ser verdaderos hermanos, según nos sea posible y a la vez deseable, primero entre nosotros y luego para los demás. Así llegaremos a ser conocidos *como tales* y haremos nuestra mejor aportación para el logro de un Mundo Mejor.

CONCLUSIÓN

Ya en otro lugar hemos tenido la ocasión, en esta Serie de Manuales Interpretativos, de indicar la conveniencia de una integración de los grados superiores, que se acostumbra llamar filosóficos¹, con los tres simbólicos, que siguen constituyendo la base necesaria y el presupuesto indispensable de los segundos. Es, pues, nuestra profunda creencia que la Masonería es UNA en esencia y en espíritu, y que, por consiguiente, necesita hacer efectiva esa Unidad en una administración y gobierno unitarios, en lugar de la actual escisión, como *modus vivendi* entre esos dos aspectos que mutuamente se necesitan y que constituyen actualmente una Dualidad inconsistente con la Esencia Una de la Institución.

Conocemos de sobra las razones que, en tiempos recientes, han inducido a proclamar y afirmar en las constituciones y hasta en los juramentos la independencia respectiva, para evitar una interferencia necesariamente indebida e indeseable. Pero esta interferencia era en sí un resultado inevitable de la misma dualidad administrativa, descansado en el error que somete a la Masonería Simbólica, por un lado, y a la Escocesa, por el otro, a regímenes distintos. Lo cual, en último análisis, se reduce a la forma algo arbitraria en que se ha introducido el Rito erróneamente llamado *escocés*², con carácter monopolista sobre los grados complementarios de los tres primeros.

En los dos Manuales que preceden al presente hemos visto con

¹ Indistintamente todos los grados masonicos son a la vez *simbólicos* y *filosóficos*, puesto que todos descansan en un conjunto simbólico que se interpreta filosóficamente. Más atinada es, por lo tanto, la distinción de *primeros tres grados* y *grados superiores* o *complementarios*, lo que, por otra parte, implica la Unidad de la Orden.

² Ya vimos cómo el apelativo de *escocés* al Rito, que de esa manera ha llegado a diferenciarse de la Orden en que descansa, provino del nombre de un cuarto grado llamado Maestro Escocés, como sinónimo de Maestro Perfecto.

suficiente claridad cómo todos los grados que llevan el nombre de Maestro Secreto, Perfecto y Elegido son en esencia complementarios de los primeros tres, completando la Leyenda de Hiram y el simbolismo general del grado de Maestro. Al igual que el presente, su objeto fundamental es educar a los Maestros en forma tal que puedan entender mejor su propio grado y llenar dentro de la Logia Azul las propias funciones que de ese grado se esperan.

En cuanto al grado cuyo estudio es el objeto de las páginas anteriores, resulta evidente por su nombre, como por las demás características, su íntima conexión con el Gobierno de la Institución, y de manera especial con la organización que se llama *Gran Logia*. La identificación de la Gran Logia con la Logia Capitular de Perfección es todo lo que se necesita, tanto para dignificar a la primera como para restituir la segunda a su natural función directiva, a la vez que de esta manera se da el primer paso básico para la integración efectiva de la Orden en un solo Rito Simbólico.

El principio democrático envuelto en la identificación de la Gran Logia con la Asamblea de los Maestros, de ninguna manera asegura el pleno control de la primera por todos y cada uno de los segundos. Llevado al extremo, se convierte en un factor de ineficiencia que entorpece el funcionamiento más satisfactorio del Gobierno de la Orden.

Por otra parte, los Maestros que componen una Logia tienen dentro de la misma, así como en las que visiten, un campo suficientemente amplio para ejercer y llenar bien sus funciones. Basta, por lo tanto, que dentro de la Gran Logia, cada Logia esté representada por su Venerable, Past master y Vigilantes, lo cual, al mismo tiempo, hará más ágil y eficiente al Alto Cuerpo. En su calidad de *elegidos*, estos últimos llegarán automáticamente a ser miembros de la Logia Capitular, identificada con la Gran Logia. Además, coincidiendo en un único Alto Cuerpo, superpuesto al Gobierno de la Institución, tanto la Gran Logia como la Logia Capitular ganarían en prestigio y utilidad.

La proclamada *independencia* de los grados simbólicos de los "filosóficos" o superiores es, en realidad, tan sólo un *modus vivendi* que no puede durar indefinidamente. Esa independencia es, pues, sinónimo de división y, mientras dure, una fuente de dificultades, puesto que cada Maestro Masón que pertenezca a ambas —lo cual es inevitable para cada miembro del Rito— se siente, por una parte,

siempre algo *superior* a sus iguales, y por la otra se hallará antes o después frente al bivio de deber elegir entre los dos patrones que trata de servir.

Aun cuando la Orden sea la Puerta necesaria para ingresar en el Rito, éste tiene la ventaja no solamente de tener más grados, sino de su mayor inclusividad, puesto que descansa sobre los tres grados azules que considera como parte inseparable de su Jerarquía. Debido a la misma independencia entre la Orden y el Rito, los grados *extra* de esto se acostumbra conferirlos con mayor libertad y con criterio menos estricto que en la primera, de modo que en un grado algo menor que en ésta corresponde el ascenso a un *progreso* real y efectivo en comprensión y capacidad de actuación.

Por cuanto la mayoría de los Maestros, al ingresar en el Rito, no dejan de ser miembros de sus respectivas Cámaras Simbólicas, es inevitable que tengan que descuidar uno de ellos, de manera temporal o permanente, lo cual sería más difícil que sucediese si ambos fueran partes de un solo organismo.

Así como los grados superiores son comparativamente fútiles al no ser reconocidos y tener parte activa en la Organización Simbólica a la que por su propia naturaleza intrínseca deberían aplicarse, igualmente la Jerarquía Directiva y Administrativa de la segunda queda privada del prestigio natural de los primeros, de manera que su elección, en cuanto *libre*, queda generalmente sujeta a criterios profanos de prestigio exterior.

Sin embargo, la razón principal por la cual la Orden y el Rito vitalmente necesitan *unificarse* en un todo orgánico, es que, mientras subsistan separados, la Masonería queda naturalmente *dividida* entre ambos, el uno y la otra con igual derecho arrogándose el título de genuino representante. Y "una casa dividida no puede subsistir", por más esfuerzos que se hagan para conciliar las diferencias.

Los grados superiores no dejan de existir y prosperar *dentro* de la Orden, que no puede hacer a menos que aceptarlos en la práctica, aun cuando no lo reconozca y los invalide teóricamente. Remeda la actitud del avestruz, que mete la cabeza en la arena, creyendo así ocultarse enteramente y librarse de los peligros que pueden amenazarlo.

Se suele decir que los tres primeros grados son más antiguos y genuinos, y los demás comparativamente *espurios*, cuando no arbitrarios. Sin embargo, si vamos al origen de la Institución, permanece

históricamente dudoso el origen tanto del segundo como del tercer grado, que después han venido diferenciándose claramente, aun cuando la función del segundo queda prácticamente restringida a su calidad de intermediario entre los otros dos.

De igual manera, un cuarto, un quinto y eventualmente otros dos o más grados, bien podrían aprovecharse e *integrarse* en la misma Organización Simbólica, completándose con ellos la compleja Leyenda Hirámico-Salomónica. La experiencia que de ellos se ha venido ganando en las distintas Cámaras, bajo la tutela provisional del Rito, los ha definido con suficiente claridad como para poder formar con ellos un Conjunto Armónico *simbólico* y *filosófico* a la vez, sobre el cual bien puede establecerse firmemente una Masonería Integral *renovada* en su mejor comprensión para el Tercer Milenio. Es lo menos que puede y debe esperarse de ella si quiere sobrevivir al fermento de los Nuevos Tiempos que rápidamente se acercan.

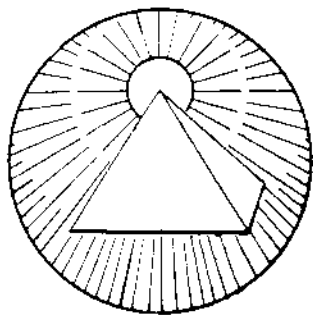
La Masonería es, pues, por su característica naturaleza, una Institución y Organización *operativa* y *especulativa* a la vez: su original carácter operativo de ninguna manera se ha perdido con su transformación de Corporación de oficio a Institución Moral y Social. Su tarea operativa se ha trasladado simplemente al plano más elevado de la Construcción Ideal del Progreso Humano y Social, buscando su inspiración en los Planes Arquetípicos de la Inteligencia Constructora que ha creado el universo y lo sostiene en su perpetua renovación.

Para esa tarea necesita la Jerarquía Educativa que la caracteriza, transformando gradualmente la Piedra Bruta de la mentalidad profana, apegada al dominio de la apariencia exterior, en la Piedra Labrada y Perfecta, diáfana y luminosa, en cuyo corazón se manifiesta y resplandece la Gran Palabra Sagrada que constituye su máximo Secreto simbólico: el discernimiento y el conocimiento de lo Real que de todas las cosas constituye la Esencia, la Vida y el Poder Animador.

Con sus primeros tres grados, nuestra Orden Augusta se queda efectivamente en el estado que simboliza la Pirámide Truncada, imagen de la Torre de Babel, muestra del debilitamiento que siempre produce toda división. Necesita vitalmente, para completar la organización que la misma Pirámide representa, como emblema de la Gran Luz y del Templo Perfecto, buscar su integración bajo la forma de una Sociedad Internacional dedicada al Progreso Humano, por medio de los grados que el Rito impropriamente llamado *escocés* y los

que lo precedieron han venido experimentando durante estos dos siglos.

La Masonería Simbólica, restringida a los tres grados azules, es como un cuerpo sin cabeza, constantemente abierto a las divisiones, así como el Rito Escocés, separado de sus tres primeros grados, es una cabeza sin el cuerpo indispensable para realizar sus ideales. Necesita esto renovarse, reduciéndose a sus grados efectivamente útiles para la mayor eficiencia educativa de la primera, y ambos formar un único Cuerpo, una sola Organización, una sola Alma Ideal y Vital animada por el Espíritu Hirámico levantado con los esfuerzos unidos de todos.



INDICE

	Págs.
<i>Prefacio</i>	7
<i>Al Gran Elegido, Excelente y Perfecto Masón</i>	9

PRIMERA PARTE

<i>El grado de Gran Elegido y Perfecto Masón y su importancia como "piedra clave" de la Orden</i>	13
La Bóveda Sagrada	14
Gran Elegido y Perfecto Masón	15
Gran Maestro Escocés	16
El Grado XIII	18
Real Arco	19
Real Arco Inglés	20
Maestro de Marca	21
Maestro Pasado	22
Muy Excelente Maestro	23
Perfecto y Sublime Masón	25
Gran Elegido Escocés	27
En el Rito Egipcio	29
La Masonería de Cagliostro	31
Otro Rito Egipcio	34
Logia Real y Gran Logia	36

SEGUNDA PARTE

<i>La recepción del Gran Elegido, Excelente y Perfecto Masón</i>	39
La Piedra Clave	40
Profesión de Fe	43
Camino de la Verdad	45

	Págs.
El Anillo de Bronce	46
El Patriarca Iniciado	47
El Templo Subterráneo	49
La Piedra Cúbica	51
El Delta Sagrado	52
Las Tres Cabezas	54
El Pedestal Triangular	55
Las dos Columnas	56
En la Luz de lo Eterno	58
La Escalera de Caracol	59
La Cuerda con Nudos	60
Séptuple Purificación	61
El Fuego Vivificante	63
La Mezcla	64
El Cemento Uritivo	66
El Juramento	68
Hacha y Puñal	70
Signos y Toques	72
La Mística Alianza	74
El Ágape Ritual	75
Distintivos	77

TERCERA PARTE

<i>Filosofía Iniciática de este grado</i>	81
La Palabra	82
La Unidad	83
El Ternario	84
IA Ω	85
El Tetragrama	87
HU e HI	89
La Péntada Humana	90
Estados de Conciencia	92
Los Cinco Sentidos	93
La Marca de la Piedra	94
El Septenario	95
Los Siete Puntos de la Ley	96
Los Nueve Hombres	99
Las Nueve Esencias	100
Las Nueve Capas Terrestres	101
Las Potencias Titánicas	102
Los Doce Panes	104
Los Doce Trabajos	106

	Págs.
Las Doce Horas Iniciáticas	111
Las Doce "Casas" Astrologicas	112
Las Doce Palabras	114
El Dodecálogo	114
El Arcano XIII	117
El Arcano XIV	118
Doble Septenario	120
El Ataud de Osiris	122
El Pez	123
De 15 a 20	124
19 y 20	127
21 y 22	129
23 y 24	130
La Medida Ideal	132
La Medida del Hombre	133
La Hora de Clausura	134

CUARTA PARTE

<i>Aplicación moral y operativa del simbolismo iniciático del grado de Gran</i>	
<i>Elegido y Perfecto Masón</i>	137
Percepción	138
Prontitud	139
Prudencia	140
Paciencia	141
Perseverancia	142
Perfección	143
La Marca Individual	144
Libertad y Ley	145
Justicia	146
Benevolencia	147
Amor	149
Fraternidad	150
<i>Conclusión</i>	153

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de **Industria Gráfica del Libro**, Av. Warnes 2383, Capital Federal, en el mes de
septiembre de 1984

Tirada: 2000